Un italiano rebelde
Lucy gordon



Protagonista: Ruggiero Rinicci y Polly Hanson

¿Podría una chica sencilla domar el corazón de aquel italiano?
Polly Hanson debía ir a Nápoles a buscar a Ruggiero Rinucci para decirle algo que seguramente pusiera fin a sus días de soltero… ¡tenía un hijo! El bebé era el resultado de una aventura que Ruggiero había tenido con la difunta prima de Polly. Polly jamás habría imaginado cuál sería la reacción de Ruggiero…
Por fuera era un mujeriego despreocupado, pero por dentro… Una vez se había enamorado tanto que la intensidad de sus sentimientos había estado a punto de acabar con él. Polly deseaba ayudarlo, pero sentía que la sombra de su prima los acompañaría siempre…



YO, Carlo, te tomo a ti, Della, por legítima esposa y prometo serte fiel en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Te amaré y respetaré todos los días de mi vida.
Carlo dijo esas palabras un resplandeciente día de verano en la iglesia de Todos los Santos y Angeles de Nápoles. Lo dijo sin apartar la mirada de la novia que tanto le había costado conseguir y se oyó un murmullo de todos los asistentes. Ruggiero, su gemelo y testigo, permaneció en silencio mientras esperaba que terminara la ceremonia. Esa boda era un acto que lo inquietaba. Durante treinta y un años, los gemelos se habían peleado, se habían ido de juerga y habían perseguido chicas juntos. Pensaban que había que disfrutar la vida al máximo y se habían comportado como lo que eran: dos jóvenes solteros, atractivos y con el mundo a sus pies.
Sin embargo, Carlo estaba entregándose a una mujer de salud maltrecha y siete años mayor que él. Además, lo hacía con el tono de un hombre que por fin había encontrado el sitio que su corazón estaba buscando.
Ruggiero representó perfectamente su papel en la iglesia y luego se fue al festejo en Villa Rinucci para comer y beber, coquetear y hacer las bromas típicas de las bodas.
Todos los Rinucci eran atractivos, pero Ruggiero tenía algo especial que lo convertía en el trofeo de todas las bodas. Todas las mujeres sentían una mezcla de fascinación e indignación porque ningún hombre como aquél tenía derecho a estar suelto.
Su seña de identidad había sido siempre la belleza y el encanto, pero con un toque bárbaro que hacía que las cabezas se giraran a su paso. Sabía que todo el mundo decía que podía conseguir cualquier mujer que quisiera y él

lo aceptaba como un honor. Sin embargo, había una mujer que no podía conseguir.
—Sólo quedáis Francesco y tú —le dijo alguien—. Me imagino que vuestra madre estará haciendo planes.
-A mí no van a atraparme —replicó Ruggiero entre risas.
-Dices lo mismo en cada boda —comentó su hermano Luke que pasaba por allí.
—Tú también decías lo mismo en cada boda —le recordó Ruggiero—. La diferencia es que yo he resistido. Soy todo un ejemplo.
Luke saludó con la mano a Minnie, su esposa desde hacía dos años, que le contestó mientras daba un sorbo de champán.
—Ándate con ojo —le recomendó Luke—. A lo mejor un día ese ejemplo se convierte en un viejo solitario. Ya voy, cariño.
Ruggiero sonrió y lo tomó como una de esas cosas que los hermanos se sienten obligados a decir en la bodas y, cuando llegó el momento de los discursos, lo hizo maravillosamente y se mereció una mirada de agradecimiento de Carlo y Della, así como una sonrisa de satisfacción de su madre.
—Eres un magnífico testigo —lo alabó ella más tarde.
—¿En contra de lo que podías imaginarte? —bromeó él.
—Lo único que me sorprende —respondió su madre— es que no lleves a una jovencita colgada del brazo.
—No quería que nada me distrajera de mis obligaciones —le explicó sin alterarse.
—Ya...
—No seas cínica, mamá.
—¿No? Tengo seis hijos, ¿te sorprende que sea cínica?
Hope sonrió y se alejó para atender a la tía abuela Rinucci.
—No seas dura con él —le pidió Evie, que se había acercado a ella.
Era la mujer de Justin, el hijo mayor de Hope. Antes de casarse había sido una auténtica rebelde que sólo se preocupaba por su motocicleta. Dos gemelos y un

matrimonio feliz la habían aplacado un poco, pero no le habían borrado el brillo burlón de los ojos.
-Es normal que Ruggiero quiera concentrarse en su obligaciones —siguió Evie.
—¿Normal? —repitió Hope—. Estamos hablando de Ruggiero.
-Sé lo que quieres decir —Evie se rió.
—¿Cuándo ha sido normal al hacer algo? Siempre hace todo en exceso; el trabajo, la comida, la bebida, esas chicas despampanantes...
-Seguro que no todas sus amigas son despampanantes.
—No me deja que conozca a la mayoría. Por eso lo digo —Hope suspiró—. Es una pena que no puedas partirte en dos; una para Justin y otra para Ruggiero.
—A lo mejor no congeniaba con Ruggiero.
—Imposible. Te gustan las motos tanto como a él.
—¿Es verdad que es propietario de una fábrica de motos?
-Es propietario de la mitad.
—A lo mejor voy a tener que hablar con él —Evie soltó una carcajada y se alejó.
A última hora de la tarde se acercó a Ruggiero. Los invitados se habían ido y los familiares habían formado pequeños grupos para charlar. Justin estaba enfrascado en una conversación con su madre y Evie encontró a Ruggiero en el porche. Se dejó caer en una butaca, suspiró y se quitó los zapatos de una patada.
—Las bodas son agotadoras —comentó ella.
—Y mañana por la noche hay otra fiesta. Mamá disfruta como una loca organizando reuniones descomunales. Voy a pasar el día tranquilamente probando una moto.
—Es verdad... Háblame de tu fábrica.
El se sirvió una copa de vino y se sentó en el muro bajo que cerraba el porche.
—Hace un par de años la encontré en las últimas. Conocía un poco a Piero Fantone, el dueño, y compré una participación. Las cosas han ido bien. La fuente de ingresos son las motos normales que compra la gente normal, pero las especiales son

las motos de carreras que sólo quieren los chalados. Hemos empezado a ganar carreras. Vamos a sacar una moto de carreras nueva y mañana voy a probarla.
—¡La moto más rápida, moderna y alucinante del país! —exclamó Evie con aire teatral.
—Del mundo, si no te importa —la rectificó Ruggiero con un falso tono ofendido.
—Perdona. ¿No tienes probadores profesionales? ¿Tiene que jugársela el jefe? —Evie se dio una palmada en la cabeza—. ¡Qué tonta! Quieres jugártela. Si no, no tiene gracia.
—Efectivamente —él sonrió—. Eres la única mujer que lo entendería. Mañana deberías venir a verlo.
—Me encantaría —Evie dio un sorbo de vino—. La gente lleva todo el día hablando de ti.
—Lo sé. Es el destino de los solteros en las bodas. «Él será el siguiente, ya lo verás» —imitó Ruggiero con un tono de conspiración.
—¿Por eso no has traído a ninguna chica? —preguntó Evie entre risas.
—Es un motivo. Mi madre se queja de las chicas que traigo a casa y se queja más todavía si no las traigo.
—Creo que son despampanantes...
Él torció el gesto y ella se puso seria.
—Creo que no acabas de encontrar lo que ha encontrado Carlo —añadió ella.
—Hay muy pocos hombres que encuentran lo que ha encontrado Carlo o lo que tenéis Justin y tú.
Ella lo miró un rato en silencio y con afecto.
—También te agradezco que no me hayas dicho que ya me llegará el turno —añadió él.
—¿Crees que no va a llegarte? —preguntó ella al notar la pesadumbre de su tono.
—Quizá. Quizá llegó y se me pasó.
Evie se quedó atónita. Siempre había pensado que su cuñado no era sólo el hombre rudo y temerario que parecía, pero era

la primera vez que él le dejaba vislumbrar su parte más íntima y reflexiva.
—¿Estás seguro de que ha pasado definitivamente? —le preguntó su cuñada con cautela.
-Casi seguro. No sé casi nada de ella. Es inglesa, se llama Sapphire y pasamos dos semanas juntos. Eso es todo.
Ella sabía que no era todo.
-¿Quieres hablar de ello?
—La conocí en Londres hace dos años y medio. Fui a visitar a unos amigos, pero tuvieron una crisis familiar, así que los dejé solos y recorrí Londres por mi cuenta. Nos conocimos en el bar de mi hotel. Ella había ido para encontrarse con una amiga que no apareció. Empezamos a hablar y...
—¿Cómo era?
—Parecía de otro mundo. Era tan frágil que casi me daba miedo tocarla. A las dos semanas desapareció.
—¿Desapareció? ¿Adónde fue?
—Ni idea. No volví a verla. Quizá sólo fuera una alucinación.
Evie no salía de su asombro. ¿Quién iba a imaginarse que Ruggiero el obstinado podría hablar así? Se preguntó si se daba cuenta de lo que había desvelado. El miraba al infinito con los ojos fijos en su mundo interior. Ella contuvo el aliento y esperó que siguiera.
Sin embargo, Ruggiero dejó escapar un ruido parecido a una risa nerviosa y volvió a la realidad.
—¿Qué más da? —preguntó con tono nervioso—. Estas cosas pasan. Se van como llegan.
—Me parece que no fue tan sencillo —replicó Evie—. Creo que significó algo más para ti.
—Fue una aventura de verano —él se encogió de hombros—. ¿Qué puede significar?
—Ruggiero...
—¿Quieres acompañarme mañana o no?
—Sí, claro, pero...
—Muy bien, estate preparada para salir temprano.

Se despidió y se fue a su cuarto. Se despreció por salir corriendo como un cobarde, pero no pudo evitarlo. Esa conversación podría haberlo vuelto loco. Se desnudó y se metió en la ducha con la esperanza de quitarse todo el día de encima, pero nada pudo borrar los pensamientos que lo habían asediado desde que llegó a la iglesia con Carlo. Carlo, su gemelo una hora más joven que él, con el que había compartido los placeres desenfrenados de la juventud, se había convertido en un hombre que resplandecía con una potente felicidad interior. Esa visión lo había alterado porque había despertado una voz que creía haber sofocado hacía mucho tiempo.

«Olvídate del resto del mundo; sólo tenemos nuestro mundo. ¿Qué más podemos necesitar?».

Los recuerdos se le agolparon en la mente. Ella se presentó como la primera vez que la había visto, con un vestido rojo y ceñido de escote bajo que permitía adivinar sus deliciosos pechos y tan corto que mostraba sus interminables piernas. Era la vestimenta de una mujer que podía atraer fácilmente la mirada de los hombres, que disfrutaba haciéndolo y que no tenía escrúpulos en hacerlo siempre que le apetecía. Al cabo de unas horas de conocerla, la tuvo desnuda entre los brazos. Todo en ella fue arrebatador; su cuerpo, su voz susurrante, su risa... Recordó otras imágenes: un día fueron a un parque de atracciones y se hicieron fotos en una cabina con los brazos entrelazados y las cabezas muy juntas. Cada uno se quedó con una de las fotos.

—Sapphire... —susurró él.

Fue el único nombre que le dijo. Nunca le dijo el apellido e incluso eso fue parte de su hechizo. Hechizo. Se resistió a la idea. Era un hombre pragmático y estaba orgulloso de serlo. Sin embargo, Sapphire lo había deslumbrado con su energía erótica, lo había arrastrado a un horno del que había salido renacido. Había sido una amante desinhibida que no lo había esperado mansamente en la cama, sino que había ido a por él con avidez. Aparecía en la ducha y lo abrazaba mientras el

agua caía sobre ellos. ¡Cuántas veces había visto su sombra a través del cristal empañado para tenerla inmediatamente junto a él...!
Todavía intentaba alejar el último recuerdo. Habían hecho el amor por la tarde y ella se había marchado por la noche después de prometerle que volvería a la mañana siguiente. Él se había quedado despierto y se había prometido que al día siguiente encauzaría las cosas. Sin embargo, al día siguiente no supo nada de ella. Esperó, pero ella no apareció. No volvió a verla.
En ese momento, estaba en la ducha con los ojos cerrados. Los abrió y cerró el grifo.
Se puso en tensión. Ella estaba allí. Vio el contorno de su sombra en el cristal. Estaba esperándolo. Abrió el panel con tanta fuerza que casi lo rompió. Alargó los brazos, pero sólo encontró el vacío. Había sido una ensoñación, quizá siempre lo hubiera sido. Se estremeció por la crudeza de los recuerdos. Se secó mecánicamente e intentó serenarse. Le avergonzaba perder el dominio de sí mismo.
Era una letanía que se había repetido desde que ella se había esfumado en el aire. Tenía que dominarse. No podía permitir que nadie sospechara el torbellino de gozo y desdicha que lo había aniquilado y lo había transformado.
Al volver a Italia en apariencia seguía siendo el mismo hombre de siempre y había mantenido en secreto sus recuerdos... hasta esa noche.
Con Evie había estado muy cerca de confesar, pero no le gustaba hablar de sus sentimientos; en general, casi ni siquiera sabía cuáles eran esos sentimientos. Había llegado hasta ese punto antes de enclaustrarse en el silencio.
Ese día, en la boda de su hermano, tuvo la sensación de que Carlo había encontrado una puerta secreta, la había cruzado y la había cerrado. El había estado ante la puerta entreabierta, pero se la habían cerrado en las narices y lo habían dejado abandonado en un paraje desolado.
***

El vuelo de Londres se había retrasado y cuando Polly aterrizó en Nápoles se sentía molida. Tanto tiempo le dio la oportunidad de pensar en lo que estaba haciendo y de lamentar haberlo aceptado. Había una fila muy larga para pasar el control de pasaportes e intentó no perder la paciencia. Se vio reflejada en un espejo que cubría toda la pared y habría preferido ahorrárselo. Su aspecto no le gustó en absoluto. Era injusto que teniendo el mismo físico que su prima Freda, fuera tan distinta. Freda había sido alta, esbelta y flexible, como si al caminar flotara con elegancia. Ella también era alta y esbelta, pero sus movimientos transmitían más eficiencia que elegancia.

—Soy enfermera —le había dicho una vez a su prima—. ¿Quién pretende que sea grácil cuando entro en una habitación para llevar la cuña? Entro corriendo y vuelvo a salir corriendo porque alguien ha llamado al timbre. Además, cuando he terminado, no me dejo caer en un sofá tapizado de satén. Me derrumbo agotada y hecha un amasijo.

Freda, que oía con regocijo ese arrebato, se rió con delicadeza.

—Es una descripción genial, cariño. Creo que eres maravillosa. Yo no podría hacer lo que tú haces.

Freda era así; siempre tenía la palabra adecuada, aunque no significara nada para ella. Polly, una chica normal y corriente, había visto cómo derretía a los hombres con esa sonrisa lánguida y misteriosa. Para ella no había habido misterio. Había hecho y dicho siempre lo que ablandaba a sus oyentes y eso le había proporcionado multitud de admiradores y un marido muy rico. Incluso le había arrebatado un novio sin parpadear. Ella nunca se lo había reprochado a él ni a Freda. Habría sido como reprocharle al sol que brillara.

El rostro almendrado de Freda había sido hermoso. A Polly, con un rostro de forma muy parecida, le faltaba la belleza por un milímetro crucial. El pelo de Freda había sido deslumbrantemente rubio. El de Polly también era rubio y, seguramente, podría haber sido deslumbrante si se lo hubiera cuidado igual, pero la vida de una enfermera veterana en un

hospital no le dejaba tiempo ni dinero para ocuparse del pelo. Su única concesión a la vanidad era llevarlo largo y limpio.
Atrapada en un fila tan lenta, tuvo tiempo de sobra para pensar en el asunto y llegar a la deprimente conclusión de siempre. Parecía abandonada en medio de la lluvia, pero eso no podía extrañarle después del año que había pasado.
Por fin salió y buscó un taxi que la llevara al hotel barato donde había reservado una habitación. Era muy sencillo, pero limpio y cómodo y con un servicio simpático. Le pareció que era tarde para empezar su búsqueda y cenó unos espaguetis maravillosos en el diminuto jardín. Después, se duchó, se tumbó en la cama y miró la fotografía que había sacado del bolso. Era una fotografía pequeña, de las que hacían las cabinas callejeras. Se veía a Freda, impresionante como siempre, y a un hombre de veintimuchos años. El tenía el pelo moreno y levemente rizado, una cara delgada y una boca con gesto obstinado. Freda estaba reclinada sobre él, que la rodeaba con el brazo posesivamente. El hombre tenía la mejilla sobre la cabeza de Freda y sonreía un poco; era evidente que el resto del mundo no existía para él.
Polly lo miró con detenimiento e intentó adivinar por qué, pese a parecer contento, tenía un aire bárbaro imposible de comprender. Parecía como si quisiera decir que Freda era suya y que defendería esa posesión hasta el último aliento. Sin embargo, no había sido así. La había perdido para siempre y pronto lo sabría.
Polly se quedó un buen rato mirando al techo. ¿Qué hacía allí? No quería ver a Ruggiero Rinucci y estaba segura de que él tampoco querría verla. Quizá hubiera debido escribirle antes. Pero no tenía su dirección exacta. Además, los hombres eran tan cobardes que, si hubiera sabido que iba a ir, habría desaparecido.
***
A las afueras de Nápoles estaba La Pista Grande, un circuito donde se corrían muchas carreras de motos. Allí Fantone & Rinucci probaban sus motos. Ruggiero se empeñó en hacer

todas las pruebas personalmente y llevó todas las máquinas al límite.
—Si no están a punto de matarlo, cree que hay algo que funciona mal —comentó uno de los mecánicos con cierta admiración.
Ruggiero le había dado a Evie unos impresos con datos técnicos de las motos y le había enseñado el mejor sitio para ver las pruebas: un recodo donde la pista daba tres curvas muy cerradas en muy poco espacio.
—Si me rompo la crisma, seguramente sea allí —le dijo mientras señalaba a los mecánicos, que también estaban en ese punto—. Por eso se ponen allí... con la esperanza...
Evie se rió. Había unas cuantas mujeres entre los mecánicos y dudó que ellas esperaran que tuviera un accidente. Era más probable que quisieran ver a Ruggiero enfundado en el mono de cuero negro que resaltaba cada músculo de su figura alta y delgada.
El se alejó con una sonrisa adusta. Evie tomó asiento en primera fila y se fijó en una joven que estaba de pie a un par metros. Era delgada, tenía el pelo rubio y parecía algo nerviosa. Sonrió ligeramente y se sentó, como si quisiera pasar desapercibida.
—¿Trabajas en la fábrica? —le preguntó Evie con amabilidad.
—No... ¿y tú?
—No. He venido a ver a Ruggiero. Es mi cuñado.
Intercambiaron algunas palabras, la desconocida esbozó una sonrisa distante y pareció como si no tuviera ganas de seguir hablando. Evie se embebió en los fascinantes datos mecánicos de las motos. Cuando la prueba estaba a punto de empezar, miró a la joven y se dio cuenta de que estaba sentada rígida como un palo y con la mirada clavada en la pista, como si lo que fuera a ver fuese vital.
Ruggiero se dirigió hacia la moto con una sonrisa. Una sonrisa que usaba para ocultarse detrás de ella. Ese día, el esfuerzo sería mayor porque había dormido poco. Sapphire lo había obsesionado toda la noche hasta que había conseguido

conciliar un sueño agitado y se había despertado al cabo de una hora. Lo sensato habría sido posponer la prueba hasta el día siguiente, pero era incapaz de reconocer que no se sentía a punto. Además, se negaba a ceder ante las fantasías. Podía erradicar a Sapphire de su mente si se lo proponía.
Se puso el casco negro y arrancó la moto, haciendo rugir el motor.
Dio la primera vuelta a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, una velocidad moderada, y se inclinó en las curvas hasta casi rozar el suelo con las rodillas. Entonces, empezó a acelerar hasta alcanzar los doscientos cuarenta kilómetros por hora, la velocidad máxima. Él, sin embargo, sabía que siempre quedaba algo más allá del límite oficial y fue exigiendo más y más. Sabía que, si corría lo bastante, podría distanciar al fantasma que lo perseguía. Aun así, la tenía pegada a los talones, le decía que no podría escaparse. Estaba dentro del casco, le decía que lo acompañaría toda la vida. También estaba en la pista, delante de él, con el pelo rubio y largo agitado por el viento, esperándolo. Las imágenes se arremolinaron y dejó de ver lo que tenía delante. Giró la rueda delantera para esquivar algo que podía estar allí o no. Salió volando y aterrizó con tanta violencia que se quedó sin respiración y todo le dio vueltas en medio del caos.

CAPÍTULO 2

FREDA sólo llegó a saber que Ruggiero vivía en Villa Rinucci y Polly habría ido allí a la mañana siguiente de llegar a Nápoles, pero la casualidad quiso que el recepcionista del hotel dejara un periódico abierto justo donde se veía una foto de Ruggiero. Le pidió que le tradujera la noticia y se enteró de la boda de Carlo y de algunas cosas de la familia, como lo de la fábrica de motos. Decidió ir allí primero y el recepcionista le llamó un taxi. Una vez en la fábrica, volvió a encontrarse con el problema del idioma, pero consiguió enterarse de que el signor Rinucci había ido a la pista de pruebas. Pidió al taxista que la llevara allí y se alegró de poder verlo sin que él la viera. El circuito estaba cerrado al público, pero llegó a la vez que

unos empleados de la fábrica y consiguió colarse entre ellos. Lo vio nada más llegar a las gradas. Estaba con una joven en la primera fila. Polly se preguntó quién sería. El sonrió y ella se estremeció al captar algo gélido, casi lobuno. Entonces, él se alejó y ella pudo acercarse a la primera fila. La joven le sonrió.

—¿Trabajas en la fábrica?

—No... —contestó Polly con cautela—. ¿Y tú?

—No. He venido a ver a Ruggiero. Es mi cuñado.

—¿Quieres decir que está casado con tu hermana? —preguntó Polly con preocupación.

—No. Yo estoy casada con su hermano —ella se rió—. No me imagino a Ruggiero casado. Disfruta de muchas mujeres, sin ataduras.

Polly suspiró de alivio. Una esposa o novia habría complicado su cometido. Se sentó para mirar a Ruggiero, que se montaba en la moto, aceleraba y salía disparado como un cohete. Lo miró vuelta tras vuelta y admiró su destreza ante el peligro. La pista se retorcía como una serpiente y él tomaba una curva, se enderezaba un instante y volvía a inclinarse hacia el lado contrario. Realizaba los movimientos con una indiferencia muy elegante y sin aspavientos.

En un punto, la pista lo colocó de frente a ella, de tal forma que pareció como si se dirigiera hacia ella. Entonces, se inclinó para trazar una curva muy cerrada y desapareció. Pero sucedió algo muy extraño. Se sintió dominada por un miedo muy intenso. Algo le dijo que las cosas no iban bien. No sabía nada de motos, pero sabía mucho de mentes atribuladas y su instinto le decía que aquel hombre estaba acercándose al límite. Se levantó y se apoyó contra la barandilla para intentar entender lo que le transmitía el instinto. Ruggiero volvió a aparecer de frente a ella y volvió a trazar la curva. Pero se inclinó demasiado, la rueda delantera giró, la moto bandeó violentamente y él salió volando. Se oyeron gritos de espanto, pero Polly se puso en movimiento automáticamente. Saltó la valla, cruzó la pista y llegó la primera hasta a la moto caída junto a Ruggiero.

—¡No se mueva! —exclamó, aunque no sabía si la oiría.
-¡Eh! —Piero Fantone había llegado e intentó apartarla de allí.
—Soy enfermera —dijo ella mientras se zafaba de él—. Llame a una ambulancia.
-¡Una ambulancia! —bramó Piero.
Ruggiero gimió y se movió. Polly vio a través de la visera de plástico que él abría los ojos con gesto de estupor y que volvía a cerrarlos.
-¿Se ha roto algo? —le preguntó Piero.
Ella pasó levemente las manos por el cuerpo de Ruggiero.
—Creo que no, pero lo sabré mejor cuando se quite el mono de cuero. Tenemos que llevarlo dentro.
—Tenemos una camilla. Están trayéndola.
Una voz farfulló algo desde detrás de la visera. Ella no lo entendió, pero Piero captó lo esencial e intentó calmarlo. Sólo recibió una ristra de exclamaciones que Polly tomó como insultos.
—Está bien —concluyó Piero.
—Desde luego, es tranquilizador —coincidió Polly.
Ruggiero intentó levantarse y agitó los brazos con tanto ímpetu que desequilibró a Polly. El consiguió apoyarse en una rodilla, pero se tambaleó y se cayó otra vez encima de ella. Polly estiró los brazos y lo sujetó con la cabeza de él hacia atrás. Por un instante, creyó que Ruggiero abría los ojos y volvía a cerrarlos, pero no pudo estar segura.
—Tendríamos que quitarle el casco —dijo ella mientras lo dejaba en el suelo.
Piero le quitó el casco con mucho cuidado y ella pudo verlo claramente. Era la cara que salía en la foto con Freda, pero estaba más viejo, más delgado y con el pelo mojado de sudor, lo que le daba un aspecto vulnerable que le pareció insólito en él. Tenía los ojos cerrados, pero movió los labios.
-¿Qué dice? —le preguntó Piero.
-No lo sé.

Polly se inclinó y acercó la oreja. Notó la calidez de su aliento en la mejilla y oyó un susurro que hizo que lo mirara con intensidad.
—Sapphire...
-¿Qué ha dicho? —volvió a preguntar Piero.
-No... lo he entendido. Perfecto, ahí está la camilla...
Polly se apartó y varios hombres lo llevaron por la pista. Ella, paralizada por la conmoción, se quedó mirándolos hasta que Piero le pasó un brazo por los hombros.
—¿Le pasa algo?
—No —contestó ella con un tono ausente—. Estoy bien.
—Vamos con ellos.
***
Su cabeza era un círculo oscuro que giraba a toda velocidad. En el centro estaba su cara con una sonrisa provocadora, como había sonreído tantas veces cuando estuvieron juntos. Sin embargo, su imagen cambió y la vio como la había visto en la pista, engatusándolo hasta que se estrelló. Luego, apareció a su lado, lo tomó en sus brazos, le abrió la ropa y le dijo palabras de consuelo. Él intentó alcanzarla con los brazos, pero se había esfumado. Cuando abrió los ojos, se encontró en un sofá de cuero con Evie junto a él.
-Tranquilo.
—¿Dónde está?
—¿Quién?
—Ella. Estaba aquí... la he visto. ¿Dónde está? ¡Ay!
—No te muevas. Te has dado un buen golpe.
—Estoy bien —gruñó él mientras intentaba incorporarse—. Tengo que encontrarla.
-Ruggiero, ¿de quién estás hablando? —preguntó Evie con tono preocupado.
-De esa mujer... estaba allí...
—¿Te refieres a la que estaba en la pista?
—¿La has visto?

-Estaba en la grada a mi lado. Cuando te estrellaste, salió corriendo y te ayudó.
La miró fijamente como si no pudiera creerse lo que había oído.
—¿Dónde está?
-Iré a por ella. Por cierto, sólo habla inglés.
-¿Inglés? —subió el tono—. ¿Has dicho que es inglesa?
—Sí. Ruggiero, ¿crees que...?
-Tráela, por lo que más quieras.
Evie se marchó y Ruggiero intentó levantarse, pero volvió a caerse y soltó una maldición por su debilidad. Sin embargo, sentía una esperanza irrefrenable. No había sido su imaginación. Ella había vuelto y había extendido sus brazos hacia él, como había hecho tantas veces en sueños. Pero esa vez era real. Podía entrar en cualquier momento.
—Aquí está.
Evie se apartó de la puerta para dejar paso a una joven. Él vio una figura alta y esbelta con el pelo rubio. El corazón le dio un vuelco. Extendió una mano anhelante y dijo su nombre. Entonces, todo se aclaró y se encontró mirando a un rostro agradable, pero no hermoso, no era el que su corazón había buscado infatigablemente.
—Hola —lo saludó ella—. Me llamo Polly Hanson. Estaba de espectadora; soy enfermera e intenté ayudar.
—Gracias —susurró él aturdido.
Todo era incomprensible. Creía que había encontrado a, Sapphire, pero era una mujer corriente con un parecido impresionante. Sapphire volvía a ser un espectro.
Sabía que había dicho su nombre, pero ¿lo habían oído? Se frotó los ojos con la esperanza de que todo se aclarara.
-Gracias —repitió él mientras abría lentamente los ojos.
—Ha llegado la ambulancia —anunció Piero desde la puerta.
—¿Qué ambulancia?—bramó Ruggiero—. No voy a ir al hospital.
—Creo que debería ir —intervino Polly—. Ha tenido un accidente grave.
-He caído sobre el hombro.

—También se ha golpeado la cabeza. Me gustaría que se la miraran bien.
—Señorita —dijo Ruggiero con los dientes apretados—, le agradezco su ayuda, pero quiero que entienda que no va a darme órdenes.
—La ambulancia está aquí —insistió ella indignada por su tono.
—Dígale que se vaya.
—Señor Rinucci, puede sufrir algún daño en la cabeza y le propongo con urgencia que...
—Puede proponer lo que quiera, pero no voy a montarme en una ambulancia, así que deje de entrometerse.
—Qué encantador —dijo una voz desde la puerta—. Tiene que ser mi hijo.
Hope entró en la habitación.
—Mamá... —dijo Ruggiero con desesperación—. ¿Cómo te has...?
—Evie me llamó al móvil. Estaba de compras por aquí cerca.
-¿Estabas de compras por aquí cerca? —repitió Ruggiero con un gruñido.
-Sí, ¿verdad que es una coincidencia? —contestó Hope con desenfado.
-Hay que creer en la coincidencias...
—No seas grosero —lo reprendió su madre con firmeza—. Has sido grosero con todo el mundo.
—Conmigo no ha sido grosero —comentó Evie.
—Dale tiempo. Lo será.
-Sobre todo si habla de una ambulancia.
Discutieron. Ruggiero fue inflexible y la ambulancia se marchó.
-Iré a casa a descansar —transigió Ruggiero—. Estaré bien para la fiesta de esta noche.
-O habrá perdido la consciencia —replicó Polly con un tono cortante.
Evie se apresuró a explicar la profesión de Polly y todo lo que había hecho por Ruggiero. Hope la abrazó efusivamente.

—Somos amigas para siempre. Le pido que me haga otro favor. Tiene que venir a la fiesta de esta noche.
Polly percibió el gesto de desagrado de Ruggiero y supo que no quería que fuera. Quería librarse de ella lo antes posible y podía imaginarse el motivo.
-Esta noche podré agradecérselo adecuadamente —insistió Hope—. Además, podría ser tan amable de... —miró a su hijo con el ceño fruncido.
-No se preocupe. Lo tendré vigilado.
—No lo hará —le espetó Ruggiero.
-Claro que lo haré —lo contradijo ella sin inmutarse.
—No lo consentiré.
—Intente evitarlo.
—Así me gusta —comentó Hope—. Señor Fantone, lo felicito por su acierto al tener una enfermera en la pista. No me lo habría imaginado de usted.
Después de alabarlo e insultarlo sutilmente en la misma frase, volvió a centrarse en Ruggiero. Polly se dio cuenta con alivio de que por el momento no tendría que dar explicaciones, aunque antes o después todo el mundo querría saber por qué estaba allí.
Hope se ocupó de que ayudaran a Ruggiero a ir al coche que la esperaba y pidió a Evie que llevara a Polly al hotel.
—Es una familia muy grande —le explicó Evie durante el viaje—. Los Rinucci están desperdigados, pero se han reunido por la boda de Carlo, que fue ayer. Como a Hope le encanta dar fiestas, esta noche va a haber otra antes de que todos nos dispersemos otra vez.
-¿Realmente fue una casualidad que su madre estuviera de compras por ahí cerca?
-Claro que no —Evie se rió—. Lo hace siempre que Ruggiero está probando una moto. Él, naturalmente, se lo imagina y eso le fastidia. Siento que haya sido tan maleducado contigo. Normalmente no lo es.
—Se encontraba muy mal —Polly no quiso desvelar que podía haber otro motivo.

Al cabo de unos minutos, Evie dejó a Polly en el hotel, le prometió que alguien iría a recogerla a las siete de la tarde y se marchó.
Una vez en la habitación, Polly se dio cuenta de un inconveniente. Sólo tenía jerséis y vaqueros y decidió ir a comprarse algo adecuado para una fiesta.
Incluso en esa zona tan poco distinguida, las tiendas estaban repletas de la última moda. Después de una hora muy divertida, se compró un vestido de chiffon con tonos malva, azul y plateado y un escote los suficientemente bajo para ser de fiesta pero también bastante discreto. El precio fue absurdamente bajo, pero no tan absurdo como el de las sandalias plateadas que se compró en el mercadillo que había enfrente del hotel. Su elegantísima prima Freda, que había estado casada con un multimillonario, habría despreciado una vestimenta tan modesta, pero ella estaba encantada.
Esa tarde, mientras se vestía, decidió que lo más acertado sería recogerse el pelo en la nuca. Quizá debería haberlo hecho esa mañana, pero no podía haberse imaginado lo que iba a pasar. Él podría haberla olvidado... aunque eso era imposible, los hombres no olvidaban a Freda.
Se vio otra vez en el circuito. Lo vio acercarse con el rostro oculto tras la visera negra. ¿Qué habría visto? ¿Qué lo había arrastrado tan cerca de la muerte? Había sido raro tenerlo en los brazos. Era un cuerpo poderoso y atlético inerte sobre ella. Según la descripción de Freda, nunca habría podido imaginarse esa vulnerabilidad.
-Era tan altivo y arrogante que podría comerse el mundo —le había contado su prima—. Hizo que quisiera quedármelo.
—No durante mucho tiempo —le recordó Polly—. Lo despachaste a las dos semanas.
—Bueno, él también me habría despachado muy pronto —Freda se había encogido de hombros—. Supe inmediatamente que era de los que no aguantan mucho. Eso me venía muy bien porque no me daría problemas más tarde.
-Además, no le diste tu nombre auténtico.

—Claro. Me pareció que Sapphire estaba bien, ¿no?
Polly se había callado su opinión. Sobre todo cuando Freda estaba tan mal, cuando su maravilloso pelo se había caído y su porvenir era tan cruelmente evidente.
Se acordó de esa conversación y de cómo había visto a Ruggiero: altivo y arrogante al principio, pero vulnerable más tarde. Él susurró el nombre de Sapphire y alargó los brazos antes de contenerse otra vez. Para él, Sapphire seguía viva y eso era algo que ella no se había esperado.
Un coche con chófer la recogió a las siete en punto y la llevó a Villa Rinucci, que estaba en lo alto de una colina. Desde lejos pudo ver la luces y oír el bullicio de una fiesta.
Hope salió a saludarla.
—Ahora estoy más tranquila. El médico de la familia también está invitado, pero tendrá que marcharse pronto.
—Hablaré con él antes de que se marche.
El doctor Rossetti era un hombre mayor que había sido amigo de la familia desde hacía mucho tiempo. Saludó afectuosamente a Polly, le preguntó las impresiones que había sacado y asintió con la cabeza.
—Es todo un carácter. Si Carlo, su gemelo, no quiere hacer algo, te engatusa con su encanto y no te das no cuenta de cómo te ha convencido. Pero Ruggiero te mira a los ojos y dice: «Ni hablar».
-¿Quiere decir que no se anda con sutilezas?
—Polly se rió.
—Ruggiero no sabe que existe la palabra «sutileza». Tiene un cabeza de granito que hay que golpear con fuerza para que crea lo que no quiere creer.
-¿Y debajo de ese exterior?
-Creo que hay algo más interesante, pero lo mantiene oculto incluso a sus más allegados. Detesta lo que él llama «mirada de curiosidad», así que no le dejes claro que te preocupa.
—Creo que ya me había dado cuenta —confirmó ella con ironía mientras miraba a Ruggiero, que estaba en el otro extremo de

la habitación—. A juzgar por cómo mueve el brazo izquierdo, creo que le duele el hombro.
—Sí... A lo mejor le viene bien que le untes un poco de esto —dijo él mientras le entregaba una pomada.
—Además, estoy segura de que tiene una conmoción.
-No creo que sea grave porque recuerda todo lo que pasó, pero tiene que acostarse pronto. Intenta que tome un par de pastillas de éstas.
-Le vendrán bien para el dolor de cabeza —comentó Polly al reconocer las pastillas.
-¿Dolor de cabeza? —preguntó el médico con tono irónico—. No creerás que va a reconocer que le duele la cabeza, ¿verdad?
-Yo me ocuparé. Estoy acostumbrada a tratar con pacientes difíciles.
Los dos asintieron con la cabeza, pero algo hizo que Polly mirara a Ruggiero. Se lo encontró con los ojos clavados en ella y una sonrisa tan torcida que parecía despectiva. Sabía que estaban hablando de él y estaba dispuesto a complicarle las cosas.
Evie se acercó para presentarle a la familia. Carlo y Della, los recién casados, se habían marchado de luna de miel, pero los demás estaban allí. Polly estaba intentando memorizar todos los nombres cuando Hope apareció a su lado.
-Te acompañaré junto a Ruggiero.
—Mejor que no —replicó Polly—. Si él espera que lo trate como si fuera una niñera, eso es exactamente lo que no voy a hacer.
-Eres muy lista —Hope asintió con la cabeza—. ¿Por qué será que los hombres nunca hacen caso a las mujeres listas?
-Me imagino que las otras son más divertidas —contestó Polly entre risas—. Que se quede esperando y dándole vueltas a la cabeza. Voy a hablar con otras personas para demostrarle que no me fijo en él.
Hope la acompañó por la habitación para que conociera a los integrantes más lejanos y mayores de la familia Rinucci. Todos la saludaron con afecto y parecían saber que estaba

allí para ocuparse de uno de ellos. Eran muy amables y francos. Polly entendió enseguida que todos seguían las indicaciones de Hope, una tirana encantadora que hacía su voluntad tan amablemente que podría parecer que tenía menos poder del que tenía en realidad. Toni la miraba todo el rato con arrobo.
De repente, Polly notó que le daban un vaso. Levantó la mirada y vio a Ruggiero que la miraba con severidad.
-Es agua mineral —le aclaró él—. Supongo que no podrás beber cuando estás de servicio.
-¿De servicio?
-No te hagas la tonta. Has venido para no apartar tus perspicaces ojitos de mí por si me da un síncope. Siento decepcionarte, pero estoy pasándomelo muy bien.
—Un hombre con las costillas rotas no puede pasárselo muy bien.
-¿Quién ha dicho que tenga las costillas rotas?
-Las tienes. Te tocas el costado izquierdo con precaución. He visto ese gesto muchas veces y sé lo que significa.
—¿Crees que vas a mandarme corriendo al hospital?
—No hace falta. Si tú...
—Por última vez —la interrumpió él con cierta rudeza—, no me pasa nada.
—Por favor... ¿Qué intentas demostrarme?
—Que estoy bien...
—Lo cual no es verdad...
—...y que no necesito una niñera.
—Precisamente, eso es lo que necesitas —Polly estuvo a punto de perder los nervios—. Es más, nunca había conocido a un hombre que la necesitara tanto. Mejor dicho, necesitas un guardián. Preferiblemente, armado y con esposas. Aun así, conseguirías hacer algún disparate.
-Entonces, no tengo solución y deberías abandonarme a mi suerte.
—No me tientes —replicó ella entre dientes.
Polly esperó alguna respuesta hiriente, pero no llegó. Lo miró y comprendió por qué. Él se sentó lenta y torpemente y apoyó

la cabeza en la pared. Ella agarró el vaso antes de que se le cayera de la mano.
—Ha llegado el momento de dejar de fingir —dijo ella con suavidad.
Ruggiero no dijo nada. Pareció como si le hubieran arrancado las entrañas. Hasta que giró levemente la cabeza y la miró con unos ojos nublados por el dolor.
-¿Qué has dicho?
—Que ha llegado el momento de irse a la cama.
Hope se acercó con gesto de preocupación.
-¿Qué ha pasado?
-Ruggiero me ha dicho que quiere irse a la cama —contestó Polly.
-¿De verdad? —preguntó él.
-Sí —contestó Polly rotundamente.
Él se encogió de hombros como si tuviera que rendirse a una fuerza superior y se levantó despacio. Se tambaleó y tuvo que apoyar un brazo en el hombro de Polly. Ella oyó que farfullaba algo que no entendió, pero supuso que sería alguna grosería. Hope hizo una señal y los hermanos de Ruggiero aparecieron al instante.
—Iré a verte cuando estés en la cama —le dijo Polly.
-Mira, no creo... —empezó a gruñir él.
—No te he preguntado qué crees —lo interrumpió ella sin alterarse—. Te he comunicado lo que voy a hacer. Por favor, no discutas, es una pérdida de tiempo.
Los hermanos sonrieron de oreja a oreja y alguno dejó escapar un grito de alegría. Luego, se llevaron a Ruggiero a la cama.

CAPÍTULO 3

POLLY le dio quince minutos antes de entrar en la habitación. Ruggiero estaba en la cama con un pijama de seda marrón y, Hope, sentada a su lado.
—El dolor de cabeza es espantoso, ¿verdad? —le preguntó Polly.
—Algo así —contestó él con un susurro.

—Esto te sentará bien y te ayudará a dormir —le dio un par de pastillas y un vaso de agua.
Él no discutió. Se incorporó un poco, se tragó las pastillas y volvió a tumbarse con los ojos cerrados.
—Por la mañana estará mejor —tranquilizó Polly a Hope—. Vuelve con los invitados.
-No quiero dejarlo solo.
—No te preocupes. Yo me quedaré.
—¿Estás segura de...?
Hope se calló y su gesto adoptó una expresión bastante rara. Sus hijos habrían dicho que estaba tramando algo, pero Polly se quedó un tanto perpleja.
-Claro, tienes razón —siguió Hope—. Contigo estará bien cuidado.
Hope pellizcó a Polly en la mejilla y se marchó.
Polly apagó las luces, menos una lamparita, fue a la ventana y se quedó un rato mirando el bullicio de la fiesta.
Ruggiero se agitó, dejó escapar un gruñido y ella volvió junto a la cama.
—Tranquilo. Estoy aquí. Déjalo...
Pareció como si él la hubiera entendido y se quedó inmóvil. Polly acercó una butaca, se sentó al lado de la cama y se inclinó hacia él.
—Déjalo. Ya tendrás tiempo, pero ahora, déjala... Él no dio señas de haberla oído y Polly no supo si había captado el cambio de género.
La familia de Ruggiero fue pasando de uno en uno. Algunos le dijeron algo en un susurro y otros se limitaron a sonreír. Hope se quedó mirando a Polly desde la puerta. Esperó a que Ruggiero se moviera un poco, entonces sonrió y volvió a marcharse en silencio.
Unos minutos más tarde, Evie entró con un carrito con comida, vino, agua y una tetera. Polly se bebió el té encantada. Ruggiero estaba inmóvil y ella se alegró de verlo tan tranquilo por fin. Se levantó y volvió a la ventana. La

abrió y vio cómo los últimos invitados se despedían de Hope y de su marido Toni.
Iba a retirarse cuando entró un coche. El conductor se bajó y enseñó una bolsa a Hope, que hizo un gesto de satisfacción. Polly se inclinó más todavía y frunció al ceño al darse cuenta de que era su bolsa. Hope había mandado a alguien para que recogiera sus cosas en el hotel y lo había hecho sin pedirle permiso. Toni levantó la mirada y la vio. Se lo comentó a Hope y ella también miró hacia la ventana. Polly se dio cuenta de que ella esbozaba una sonrisa levemente culpable y se encogía de hombros como si quisiera expresar que no podía haber hecho otra cosa.
Polly se retiró y cerró la ventana. Un minuto más tarde, Hope apareció en la habitación y la llevó al pasillo.
—No pienses mal de mí —le pidió a Polly—. Te ocupas tan bien de Ruggiero que quería que estuvieras cerca de él en todo momento.
—Así que me has secuestrado... —replicó Polly con suavidad.
—Te trataremos muy bien —Hope no contestó directamente—. Te pagaremos y, naturalmente, nos hemos hecho cargo de la factura del hotel. Por favor, no te enfades conmigo.
El tono fue conciliador, pero también fue evidente que Hope Rinucci no se andaba por las ramas para salirse con la suya. Polly se sintió más divertida que enfadada. Además, vivir en la villa le facilitaría su cometido. Oyó una puerta que se abría en el pasillo y el chófer entró con su equipaje en la habitación contigua.
—Creo que estarás a gusto —Hope la acompañó a su habitación—. Pide cualquier cosa que quieras.
En comparación con la sencillez del hotel, aquella habitación era todo un lujo. La cama doble era tentadora y, además, tenía una armario muy amplio y un cuarto de baño. Era la casa de una familia adinerada. El cuarto de Ruggiero, aunque sobrio y con un gusto masculino, estaba amueblado con lo mejor.
Polly tardó un minuto en deshacer la bolsa y se cambió el vestido de fiesta por unos vaqueros, una blusa blanca y unos

zapatos planos. Volvió junto a Ruggiero y se preparó para pasar la noche. Hope entró un momento y después se apagaron las luces y la casa quedó en silencio. Las horas pasaron lentamente y a Polly se le fueron cerrando los ojos. Había sido un dia muy largo y lleno de incidentes.
De repente, se estremeció y abrió los ojos. Resopló e intentó despejarse. Entonces, se dio cuenta de que Ruggiero estaba mirándola. Le pareció que sonreía levemente, pero estaba oscuro y no pudo verlo claramente.
—¿Qué tal? —le preguntó él.
—¿He dormido mucho?
—Unos diez minutos.
—Lo siento.
—No te disculpes. Me alegro de no ser el único al que le parece que pasan cosas imprevistas —intentó incorporarse—. Creo que comí o bebí algo que me sentó mal. ¿Puedes ayudarme a ir al cuarto de baño?
Él le rodeó los hombros con el brazo y fueron hasta la puerta del cuarto de baño, donde Ruggiero se tocó con miedo las costillas.
—A lo mejor tenías razón —reconoció él—. No digo que la tuvieras, pero es posible. Ya me apaño solo.
Cuando Ruggiero volvió a salir, ella había hecho la cama y había encendido una lamparita. Alargó una mano para ayudarlo, pero él la rechazó.
—Me siento mejor ahora que he asentado el estómago.
Se tumbó y ella lo tapó con las sábanas.
—¿Qué tal el dolor? —preguntó Polly con delicadeza.
—La cabeza no está mal, pero el hombro y el costado me duelen como si me hubiera pasado un tren por encima.
—Te daré otras dos pastillas, pero son incompatibles con el alcohol, así que no beberás hasta que dejes de tomarlas.
—¿Cuándo será eso?
-Cuando yo lo diga —respondió ella con una firmeza serena.

El tomó las pastillas y el vaso de agua con docilidad. Cuando volvió a tumbarse, ella apagó la lámpara y la habitación quedó iluminada por la luz de la luna.
—Estás distinta —comentó él repentinamente—. Te has cambiado de ropa.
—Sí, voy a quedarme unos días. Estoy en la habitación de al lado.
-¿Cómo te ha convencido mi madre?
—Por favor... No creerás que me lo ha preguntado.
Él soltó una carcajada que acabó en un gemido de dolor.
-Claro. Debí haberme acordado del estilo de mi madre. ¿Cuándo te enteraste?
-Cuando trajeron mi equipaje.
—Lo siento. Menuda forma de apoderarse de ti... ¿Y tus vacaciones?
—Da igual —contestó ella precipitadamente—. Duérmete.
Él la miró fijamente un instante.
-¿Eras tú la que estaba junto a la pista? —preguntó él.
-Sí.
—¿Estás segura? Bueno, eso es una tontería... quiero decir...
—¿Quién creías que era?
-¿Cómo?
—Tengo que saber qué recuerdas. Así sabré la gravedad de tu conmoción.
—Di unas vueltas y todo fue normal, pero, de repente... —Ruggiero tomó aliento—. ¿Por qué entraste el la pista?
—No lo hice.
-Sí. Caminabas directamente hacia mí con el pelo agitado por el viento. Podría haberte atropellado, pero era como si no te dieras cuenta. Estabas sonriendo... como cuando...
Ruggiero respiraba con dificultad y ella se acercó rápidamente para calmarlo.
—No era yo. De verdad. La velocidad y la visera te desorientaron. No pudiste ver nada claramente. Fue una ensoñación... alguien que no estaba allí...
—Pero ella estaba allí —susurró él—. La vi...

—Es imposible.
—¿Por qué estás tan segura?
-Porque...
Polly se dio cuenta de que estaba metiéndose en un terreno peligroso y se calló. No podía decirle que nunca más vería a Sapphire. La verdad lo machacaría.
—Porque si hubiera habido una mujer en la pista, la habrías arrollado.
—No puedes arrollar a un espectro —replicó él con cansancio—. ¿Crees en los espectros?
—Sí —susurró ella casi contra su voluntad—. Intento evitarlo, pero hay veces que las personas no te abandonan, independientemente de lo que hagas; siempre te acompañan.
—¿También tú lo sabes?
—Sí. Ahora, duérmete.
El movió la mano como si estuviera palpando algo en el aire. Ella la agarró y percibió la tensión.
—Todo va a salir bien —lo tranquilizó.
Una parte de él, la que siempre discutía todo, quiso preguntarle por qué lo sabía, pero la mano de Polly lo tranquilizó y lo disuadió. Estaba desconcertado.
—Por favor, no discutas conmigo —dijo ella—. Es inútil.
Le recordó a su madre y quiso sentirse molesto, pero había sido un alivio que ella lo sacara del agujero que le había cavado su orgullo.
La tensión empezó a disiparse. Cerró los ojos, se le relajó la mano y se quedó dormido.
***
Hope apareció al amanecer.
—¿Está bien?
-Dormido como un bebé —la tranquilizó Polly.
—Entonces, vete a dormir un rato. Yo me quedare.
-Gracias.

Se metió en la magnífica cama y, cuando se despertó, el sol estaba en lo más alto. Mientras se duchaba, se preguntó qué le depararía el día y si podría llevar a cabo su encargo.
Se vistió y miró el reloj; se quedó atónita al ver que eran las diez.
-Hope ha dicho que te dejáramos dormir —le explicó Evie, que acababa de entrar.
-Iré a ver a mi paciente.
—Te mandaré el desayuno.
Se paró antes de llegar al dormitorio de Ruggiero y se preguntó si estaría insoportable y qué recordaría de la noche anterior. Lo encontró mirando hacia la puerta.
—Pasa.
El lo dijo con cautela y ella sintió lo mismo al acercarse a la cama. Ninguno de los dos estaba seguro del estado de ánimo del otro y se miraron por un instante.
—Lo siento —dijo él al cabo de un rato.
-¿Por qué?
-Por lo que pudiera hacer. No me acuerdo bien de anoche, pero estoy seguro de que me porté imperdonablemente.

—Te portaste como un completo idiota —replicó ella con franqueza—. Nunca había visto una estupidez tan grande.
-Bueno, tampoco exageres. Dime lo que piensas de verdad.
Eso rompió el hielo y los dos sonrieron.
-Ya, no debería haber hecho el payaso después de haberme dado un golpe en la cabeza —reconoció él—. Pero la vida es muy dura. Si muestras debilidad, los tigres te despedazan.
—Pero no había tigres en el circuito. Quizá, intentar impresionar a la gente todo el rato también es una señal de debilidad.
-¿Vas a psicoanalizarme? —preguntó él.
—Por hoy basta. Me reservo el resto para cuando estés mejor.
—Estoy bien —aseguró él con tono desalentado—. Pero con poca fuerza.

—Seguramente tengas resaca, aparte de todo lo demás. Quiero que te quedes en la cama un tiempo. ¿Vas a discutírmelo?
—No, señora. Seguro que sabes lo que haces.
—Me parece que estás peor de lo que me imaginaba —replicó ella con ironía.
No pudieron seguir hablando porque Evie apareció con el desayuno de Polly y luego toda la familia fue pasando para despedirse. Ruggiero los saludó ruidosamente, hizo chistes y se portó como el hombre más feliz del mundo. Cuando se quedó solo, tenía la frente húmeda y estaba en tensión.
-Menuda actuación —le comentó Polly con lástima.
—Ya... Una señal de debilidad, como tú dices.
—Esta vez no. Se han ido más tranquilos.
Él intentó encogerse de hombros, pero hizo una mueca de dolor y se acarició el hombro.
-Déjame que le eche una ojeada.
Polly le ayudó a quitarse la chaqueta del pijama y vio que tenía el hombro inflamado.
—No me he roto nada —afirmó él con el tono terco de siempre.
—¿Puedo hacer yo el diagnóstico? —preguntó Polly con delicadeza—. En realidad, creo que no te has roto nada porque, si no, te dolería mucho más. Pero deja de intentar llevar el mando.
-Es verdad. Sería una perdida de tiempo contigo.
—Efectivamente. He tratado a pacientes mucho más complicados que tú.
-¿Sí?
-Sí!
-¿Sí…?
-¡Sí!
Ella estaba manipulando su hombro y hablaba para intentar distraerlo.
—Me llaman la enfermera mandona y la gente se pone a cubierto cuando me acerco.
—¿Crees que voy a salir corriendo?

—Ahora no puedes. Como mucho te tambalearías, pero aun así, te ataría a la cama.
Él se rió, pero dejó escapar un gemido.
—No me hagas reír —le pidió.
Polly se puso detrás de él con una rodilla en la cama para llegar bien a su hombro. Él resopló con alivio.
—Mucho mejor.
Los dos se quedaron en silencio mientras ella le hacía un masaje hasta que le movió el brazo en distintas direcciones. Estaba amoratado e inflamado, pero no lo tenía dislocado. Le untó la pomada que le había dado el médico. Lo miró con ojos profesionales y comprobó que estaba en muy buena forma física. Delgado y musculoso, como alguien que llevaba una vida deportiva, y levemente bronceado como si nadara mucho al aire libre.
-No te vendría mal engordar un poco —comentó ella mientras le pasaba los dedos por la piel—. Te vendría bien para parar los golpes.
—Engordaría si pudiera. Como una barbaridad, pero me quedo así.

-Qué suerte. Túmbate.
Lo apoyó contra la almohada y le palpó las costillas.
—Un par rotas, pero has salido bien parado.
-¿No irás a mandarme al hospital para que me venden?
-No hace falta. Un vendaje te fija las costillas, pero también te dificulta la respiración. Muévete con cuidado y se soldarán solas.
La autoridad serena de su voz parecía tranquilizarlo y notó que se relajaba bajo sus manos.
-Vamos a ponerte la chaqueta. Luego, te daré otras dos pastillas.
El hizo una mueca de dolor al meterse la manga, pero lo consiguió. Se tomó las dos pastillas con una sonrisa muy leve y enseguida se quedó dormido.
La casa estaba muy tranquila. Los invitados se habían marchado y Hope, Toni y Francesco habían ido al aeropuerto a despedir a los

que volaban a Inglaterra. Polly escuchó el silencio y tuvo la sensación de que esa tranquilidad no podría durar para siempre. El momento se acercaba. Entró en su habitación y vio la fotografía de Freda y Ruggiero. Miró la cara de él un rato e intentó identificar la resplandeciente felicidad con el ser tenso e implacable que era en ese momento. Se la guardó en el bolsillo y volvió junto a su cama hasta que oyó un coche a última hora de la tarde.

Hope y Toni entraron muy agradecidos.

-Me quedaré un rato con mi hijo mientras vosotras bajáis a cenar —se ofreció Toni.

Ruggiero estaba despierto pero algo aturdido.

—¿Se han ido todos? —preguntó mientras bostezaba.

—El vuelo salió a su hora. ¿Qué tal estás?

—Bien... Me siento como flotando. ¿Sabes lo que ha hecho mamá? Prácticamente ha secuestrado a Polly.

—Yo no tengo la culpa. No me enteré hasta que fue tarde. Ya conoces a tu madre.

—Pero ¿no te opusiste?

-¿Por qué? Me alegro de que te cuiden bien.

—Ella te ha dictado lo que tienes que decir

—Ruggiero se rió—. Te tiene dominado, ¿lo sabías?

—No —contestó Toni con seriedad—. No abusa de mí, sabe lo que necesito antes de que yo mismo lo sepa y se ocupa de que lo consiga.

—¿Hay alguna diferencia?

-Sí. Es distinto.

***

La mesa estaba repleta de exquisiteces y Polly se sintió tratada como una invitada de honor. Hope llenó unas copas con champán, brindaron y sacó un sobre lleno de euros.

-Es demasiado... —balbució Polly—. No puedo aceptarlo.

—Te mereces cada céntimo. No sólo por lo que estás haciendo, sin también porque has permitido que te dejemos sin vacaciones y no te has quejado.

—No pasa nada —replicó Polly con cierta incomodidad—. No eran unas vacaciones.
—¿Quieres decir que tienes que volver a Inglaterra? ¿Cuándo te esperan en tu trabajo?
—En este momento no tengo trabajo.
—Bien... Entonces, puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Te quedarás con nosotros. Ahora, a comer.
Toni bajó al cabo de un rato y les contó que Ruggiero estaba dormido.
—Subiré enseguida —dijo Polly.
Sin embargo, se lo pusieron difícil. La trataron como a una reina. Brindaron con ella y la animaron a que hablara de sí misma. Era un tema de conversación delicado y tuvo que ir con cuidado, pero eran unas personas encantadoras. En cuanto pudo, volvió a hablar de Ruggiero y les explicó cuál era su estado y cómo lo atendería.
—Se pondrá bien si se le convence de que tiene que descansar unos días —concluyó Polly.
—Tú puedes convencerlo —afirmó Hope—. Te come en la mano.
—Intento imaginármelo comiendo en la mano de alguien, pero no lo consigo —todos se rieron—. Gracias por esta cena tan deliciosa, pero subiré y sacaré el látigo un rato. Buenas noches.
Se sentó al lado de la cama de Ruggiero y comprobó con satisfacción que estaba profundamente dormido. Ella también dio algunas cabezadas y no se dio cuenta de que Ruggiero se había despertado hasta que la llamó.
—Polly...
—Sí, estoy aquí. ¿Te pasa algo?
—Perdóname.
-Eh! Ya te habías disculpado.
-Por ser un majadero, pero no por... —se quedó callado—. Te golpeé, ¿verdad? Cuando estabas a mi lado en la pista... me acuerdo de algo...
-Me mandaste por los aires —contestó ella con desenfado—. Fue un accidente. Ibas dando bandazos sin saber lo que hacías.

—Me temo que lo hago muy a menudo.
—No fue culpa tuya —insistió ella con un tono más severo—. ¿Por qué te empeñas en fastidiarte?
—A lo mejor alguien tiene que hacerlo —contestó él. A Polly le impresionó ese asomo de humildad tan inesperado.
—Te has quedado en silencio, ¿seguro que no me culpas? —siguió él.
—Sinceramente, no es eso...
—Entonces, ¿qué es? ¿Cuál es el misterio? No intentes contarme un cuento porque he tenido tiempo de pensar y no creo que estuvieras en el circuito por casualidad, ¿verdad?
-Verdad. No fue una casualidad —Polly tomó aliento—. Te lo contaré todo.
De repente, la enormidad de lo que tenía que contar la abrumó. Había querido elegir el momento y no que la obligaran, como estaba pasando.
—Quise habértelo contado antes, pero estabas mal y tuve que esperar.

-Sea lo que sea, tengo que saberlo.
Polly encendió la lámpara de la mesilla, recogió el bolso y sacó la foto de él con Freda.
—Creo que esto explica algo —le dijo mientras se la daba.
Él la miró y Polly notó que cambiaba, pero no como ella había esperado. Después de la primera impresión, se sintió dominado por la furia.
—Has estado hurgando en mis cosas —la acusó.
—No.
—No podrías tener esta foto.
—No es tuya —se defendió ella.
-No me mientas.
-No estoy mintiendo. La tuya estará donde la hayas guardado.
El se incorporó en la cama, pero hizo un gesto de dolor. Polly intentó ayudarlo y él la rechazó.
—No me toques —le espetó él.

Ruggiero avanzó penosamente hasta una cómoda que había al otro lado de la habitación, abrió el primer cajón y rebuscó dentro. Polly captó el repentino cambio. Ya no quedaba ni rastro de la humildad que la había emocionado. Su brutalidad había vuelto a la superficie. Su expresión cambió al sacar algo del cajón. Polly supuso que era la foto. Volvió lentamente a la cama y se dejó caer en ella con la respiración entrecortada. Ella, en silencio, le entregó su foto. El miró las fotos como si estuviera atontado por un golpe.
-¿De dónde la has sacado? —le preguntó él con tono hosco.
—Ella me la dio.
—¿Ella?
—Mi prima... Freda. Me contó que os hicisteis la foto en una cabina.
-¿Freda?
—Tú la conociste como Sapphire.
Él la miró fijamente y con intensidad.
—Suéltate el pelo —le ordenó Ruggiero.
—¿Que dices?
—Suéltatelo.
Hizo un gesto y el pelo le cayó por la cara. Polly supuso que el parecido era mayor en la penumbra y lo constató cuando él cerró los ojos.
-Por eso creí que eras ella —dijo él casi para sí mismo.
—No me parezco tanto. Ella siempre fue la guapa.
Ruggiero volvió a abrir los ojos y la miró. Estuvo segura de que la diferencia entre ella y la imagen de su fantasía lo sacudió dolorosamente.
—¿Has dicho que es tu prima?
—Lo era —contestó Polly con delicadeza—. Ha muerto.

CAPÍTULO 4

MUERTA... —susurró él—. No has dicho eso. Por un momento he pensado...
—Está muerta —repitió Polly suavemente—. Murió hace unas semanas.

El miró hacia otro lado para que Polly no le viera la cara y arrugó la foto entre las manos..
-Sigue —le pidió él con una voz de ultratumba.
-Se llamaba Freda Hanson. Hasta que se casó con George Ranley hace seis años.
—¿Estaba casada cuando la conocí?
—Sí.
—¿La hacía infeliz? ¿Ya no lo amaba?
—Creo que nunca estuvo locamente enamorada de él —contestó Polly—. Era muy rico y...
—No sigas —la interrumpió él—. Si estás intentando decirme que se casó con él por dinero, no lo hagas. Ella no lo haría; al menos, la chica que yo conocí.
—Pero no la conociste —replicó Polly con delicadeza—. ¿No te das cuenta de que ella lo impidió? Ni siquiera te dio su nombre verdadero. Así no podrías encontrarla cuando volvió a su casa.
—¿Dónde estaba su casa?
—En Yorkshire, al norte de Inglaterra.
—¿Qué sabes de lo que hubo entre ella y yo?
—Que os conocisteis en el bar de un hotel de Londres y estuvisteis juntos durante dos semanas.
—Podría decirse así, pero en realidad fue mucho más. Lo nuestro estuvo presente desde el primer momento. La miré y la deseé tanto que me dio miedo que se me notara. Incluso pensé que podría espantarla, pero no se asustaba por nada. Era valiente. Fue al encuentro de la vida, fue a por mí de inmediato.
Su voz transmitía una melancolía que entristeció a Polly. Ella sabía la verdad sobre la «valentía» de su prima. No tuvo mucho tiempo para perseguir su objetivo. Ése era el lado feo y era penoso ver a ese hombre tan rudo en un estado tan desdichado por las tácticas implacables de ella.
—Me sorprendió que fuera inglesa —siguió Ruggiero—. Yo creía que las mujeres inglesas eran recatadas y formales. Pero ella no lo era. Me amó como si fuera el único hombre en la tierra.
—¿No te pareció raro que no te diera su nombre completo?

—En su momento me pareció que no tenía importancia; era algo que podría solventarse más tarde. Lo que me dio... no me expreso bien con palabras y no sabría describirlo, pero me cambió. Me hizo un hombre mejor.
—¿Qué quieres decir con mejor? —preguntó ella vacilante.
Él se llevó los dedos al corazón.
—Lo que hay aquí no lo he compartido nunca. Un hombre está más a salvo así.
—¿Por qué tiene que estar a salvo? —se atrevió a preguntar ella.
-Eso es lo que ella consiguió que me preguntara. Fue como si me convirtiera en otro; alguien dispuesto a correr riesgos que no había corrido antes. Incluso me gustaba que se riera de mí. Nunca había soportado que se rieran de mí, pero habría aceptado cualquier cosa de ella.
Polly se acordó de lo que le dijo Freda una vez: «Cuanto más rudos son, más me divierto cuando se convierten en mis esclavos».
Aquél era el resultado: un hombre desolado que se aferraba a lo que creía de ella como un náufrago se aferraba a una tabla. ¿Qué sería de él cuando le arrebatara esa tranquilidad dentro de unos momentos?
-¿Qué pasó después de que me abandonara? Polly tomó aire.
—Volvió con George y nueve meses después tuvo un hijo.
—¿Quieres decir...? —Ruggiero la miró fijamente.
—Tu hijo.
El volvió a incorporarse, la apartó y se sentó en el borde de la cama de espaldas a ella.
—¿Cómo puedes estar segura de que era mi hijo?
-No es de George. Es imposible.
-¿Por qué no me lo dijo? Nunca le oculté dónde vivo. ¿Por qué no vino a buscarme? No pudo pensar que fuera a darle la espalda. Sabía cuanto la... Sabía...
—No quería que lo supieras.
—Pero...

-Quería seguir casada con George y tuvo una aventura con la esperanza de quedarse embarazada. Él se quedó paralizado por un instante.
-¡Cállate! —exclamó con tono airado—. ¿Sabes lo que estás diciendo de ella?
—Si —contestó Polly con cierta tristeza—. Estoy diciendo que ella lo planeó todo.
—Estás diciendo que era calculadora y que no tenía corazón.
—No —replicó ella—. Podía ser cariñosa, graciosa y generosa. Pero cuando fue a Londres aquella vez, estaba buscando algo y resultaste ser tú.
-No sabes de qué estás hablando. No sabes cómo estábamos juntos; ¿cómo podrías entender...?
Ella se acordó de los lamentos de George cuando se enteró de la verdad.
—Creí que me quería —repetía George una y otra vez.
Sin embargo, aquel hombre pronto se convirtió en cruel y vengativo. Freda había sido una artista de provocar amor fingiendo amor y le salió muy bien con esos dos hombres.
—¿Su marido creyó que el hijo era suyo? —preguntó Ruggiero.
—Al principio, sí. Entonces, por casualidad, se enteró de que su esperma era defectuoso y empezó a dudar. Hizo una prueba de paternidad y cuando se enteró de que el hijo no era suyo, expulsó a Freda y al niño de su casa.
—¿Cuándo ocurrió eso?
—Hace casi un año.
—¿Por qué no acudió a mí?
La verdad era que Freda confió en volver a engatusar a George, pero Polly no quiso hacerle más daño contándoselo.
—Estaba quedándose muy delgada por la enfermedad. Dijo que se pondría en contacto contigo cuando se curara, pero no se curó. Fue a vivir conmigo. La cuidé lo mejor que pude, pero fue inútil. Me hizo prometerle que te buscaría para decirte que tienes un hijo.
—Está muerta... —susurró él—. Muerta y no estuve su lado.
Ella no pudo decir nada ante tanto dolor.

—¿Por qué no lo supe? —preguntó Ruggiero—. ¿Cómo no lo noté cuando estuve tan cerca?

Polly se mantuvo en silencio porque sabía que Freda nunca se había sentido cerca de él.

—Podrías haber encontrado una forma de ponerte en contacto conmigo mientras seguía viva.

—No pude. Ella no me dijo dónde vivías. Ni siquiera sabía que vivías en Nápoles. Lo supe, como el nombre de la villa, gracias a una carta que me dejó para que la abriera una vez hubiera muerto.

—La habría cuidado —dijo él como si estuviera absorto.

—No quería que la vieras. No podía soportar no ser hermosa.

—¿Crees que me habría importado? —soltó él con cierta brusquedad—. Ni siquiera me habría dado cuenta. La ama...

Se detuvo como si se retirara del borde del abismo. La miró con ojos implacables.

-Ya es tarde —dijo como si se diera cuenta de la espantosa realidad—. Demasiado tarde.

—Lo siento —susurró Polly.

Alargó una mano, pero él la rechazó.

—Quiero que te vayas —le pidió él.

—Pero...

—Vete, por lo que más quieras.

Ella fue a recoger su copia de la foto, pero él se adelantó.

-Déjala —le ordenó tajantemente.

Polly se volvió para mirarlo desde la puerta. Él miraba las dos fotos como si fuera a encontrar un secreto y ella entendió que quisiera estar solo. Había sido más difícil de lo que se había imaginado. Freda lo había descrito como un hombre que no se ataba y eso la había engañado, había pensado que Ruggiero podría tomarse la noticia a la ligera. Sin embargo, ese arrebato de sentimientos la había asombrado. Vio el abismo que se abría a sus pies. Desde el principio, todo lo relativo a Ruggiero había sido una sorpresa; empezando por saber que estaba obsesionado con su prima.

«Estás diciendo que era calculadora y que no tenía corazón».

Lo había dicho como si la mera idea fuese disparatada, pero era una descripción exacta de Freda. En su momento álgido, ella lo habría tomado como un halago.
—Es muy divertido conseguir que te supliquen —le había comentado su prima una vez—. Puedes conseguir que un hombre haga cualquier cosa si lo planteas bien.
Otra vez, con el bebé en brazos, le había hablado de Ruggiero.
—Fue el mejor. ¿Sabes lo que quiero decir? Bueno, quizá no lo sepas...
-Desde luego, no tengo tanta experiencia para hacer comparaciones —le había replicado Polly.
-Bueno, fíate de mi palabra. Ruggiero era una maravilla en la cama. Todas las mujeres deberían tener un amante italiano. La pasión tiene algo que sólo ellos entienden.
Lo había dicho sin afecto. Freda había tomado lo que había querido de su amante y luego se había desecho de él. Había apreciado su pericia, pero nunca había pensado en él como una persona. Polly se dio cuenta de que ahí salió perdiendo. Freda era lista, pero no descubrió las cosas que hacían que Ruggiero fuera fascinante: el contraste entre la personalidad que se había inventado y que mostraba al mundo y la verdadera personalidad que ocultaba como si le asustara; la terquedad que daba paso a momentos de humor autocrítico. Era intrigante porque todo en él contradecía todo lo demás. Una mujer podría pasar años intentando entenderlo y disfrutando cada instante del intento y Freda no lo había captado. Polly pensó que ella sí lo había captado y se quedó espantada. No podía caer en esa trampa. Estaba allí para hacer un trabajo. Esa noche había estado torpe al insinuarle que su diosa tenía pies de barro porque él no estaba preparado para oírlo. El había amado a Sapphire y quizá no se había dado cuenta plenamente hasta ese momento. De ser así, habría sido un descubrimiento horrible hecho de la manera más descarnada posible.
Había querido huir de él, pero en ese momento quería estar a su lado y consolarlo. Salió al pasillo y se paró delante de su puerta dispuesta a llamar, pero oyó un ruido sordo y rítmico en

el interior, como si golpeara la pared por furia y desdicha, y se dio la vuelta.

Polly pasó el resto de la noche sentada junto a la ventana y pensando en él y en su sufrimiento. Tanta desolación hizo que se estremeciera y que deseara entregarle su corazón, pero no era el que él quería.

Cuando empezó a amanecer, llamaron suavemente a su puerta. Él llevaba una bata de algodón encima del pijama. La furia había desaparecido de su rostro y sólo quedaba el cansancio.

-Pasa —lo invitó ella.

Él no se movió y se limitó a mirarla con una especie de desesperación.

-¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¿Puedo ayudarte?

—No lo sé... quizá debería...

—¿Por qué no entras y lo hablamos?

El la miró y se sintió paralizado por la indecisión. Había perdido toda la confianza en sí mismo y no sabía qué hacer. Había expulsado a Polly lejos de él, pero sabía que tenía que ir tras ella. La había detestado, casi odiado, pero ella lo arrastraba. Estaba en su puerta e intentaba contener las ganas de retroceder porque sabía que si cedía a esas ganas, una necesidad más apremiante lo haría volver.

—Vamos a hablar.

Polly lo agarró del brazo y entraron en la habitación. El se sentó en el borde de la cama.

—Tengo un montón de cosas de las que disculparme.

—No te preocupes —lo tranquilizó ella—. Has tenido una conmoción.

—No debería haberlo descargado sobre ti.

—Ya ha pasado. Olvídalo.

—Gracias. Polly, ¿no me he imaginado esa conversación disparatada? ¿Me has dicho que Sapphire está muerta y que tengo un hijo?

—Sí.

—¿Por eso estás aquí? ¿No nos conocimos por casualidad?

—No. Yo sabía que vives en Nápoles y conocía la existencia de esta villa. Habría venido directamente aquí, pero el periódico hablaba de la boda de tu hermano y mencionaba tu fábrica. Fui allí y me dijeron que estabas en el circuito. Ruggiero, por favor, créeme, no he estado espiándote. Me he quedado aquí porque así tendría la ocasión de elegir el mejor momento. Quise decírtelo antes, pero estabas convaleciente...
—De acuerdo, lo entiendo. Aunque tengo una sensación muy rara al acordarme de las miradas de curiosidad que he visto que me lanzabas.
—Era una enfermera que analizaba al paciente.
—A lo mejor también te acordabas de cosas que te había dicho Sapphire de mí.
—Sentía curiosidad por el padre del pequeño Matthew —dijo ella con cautela—. He llegado a quererlo mucho durante el último año. Estoy deseando que lo veas.
—No quiero verlo.
-¿Qué? —preguntó ella sin dar crédito a lo que había oído.
—No quiero saber nada de él. ¿Por qué no nos dejas en paz?
—Porque Matthew es tu hijo y necesita una familia.
—Te tiene a ti.
—No soy su madre. Tú sí eres su padre. ¿Ni siquiera quieres verlo?
—¿Hay algún motivo para que quiera? —preguntó él casi con brutalidad.
-Hace unas horas decías que tendría que haber venido antes.
—Sí, cuando ella estaba viva. Podría haber estado con ella. Pero ese niño es un desconocido. No puedo sentirlo como parte de mí.
—Fue parte de ella —replicó Polly sin alterarse—. ¿Eso no significa nada?
-Podría haberlo significado si ella hubiese querido que yo lo supiera.
-Necesita amor y atenciones...
—Si es mío, lo ayudaré económicamente.
—¿Dinero? ¿Crees que eso es ser padre?

—No me siento como un padre. Es todo lo que puedo hacer.
—No es mucho —replicó ella con tono enfadado.
—¿Crees que el amor de un padre puede encenderse y apagarse con un interruptor? —preguntó él con un tono igual de enfadado—. ¿Crees que puede hacerse con cualquier amor?
—No, claro que no, pero puedes hacer que el amor que sentiste sirva para algo ahora. No puedes darle tu amor a ella, pero sí al hijo de los dos.
—¿De los dos? ¿Lo compartió conmigo? Si no hubiera muerto, yo no habría sabido nada.
—Pero ha muerto. ¿Por qué no respetas su recuerdo? Ya no puede hacerte daño.
—¿No...? —la miró con ira—. Los muertos pueden hacerte más daño que los vivos porque las cosas no pueden enderezarse. No puedes explicarte, disculparte o decir algo consolador y las heridas quedan abiertas para siempre. ¿Cómo voy a respetar su recuerdo si lo que me hizo perdurará para siempre?
-Te dio un hijo. Independientemente de lo que pretendiera, eso fue lo que pasó. Matthew está vivo y lleva parte de ti en él.
Él permaneció un rato en silencio.
—¿A quién se parece?
Polly sacó una foto y se la dio. Mostraba a un niño de dieciocho meses con los ojos oscuros de Ruggiero y una sonrisa radiante. Él, sin embargo, la miró un instante y se la devolvió.
—No puedo hacerme cargo de él —insistió Ruggiero—, pero, naturalmente, le prestaré ayuda económica, como te la prestaré a ti mientras lo cuides.
-Perdona, pero no estoy buscando trabajo de niñera.
—No quería decir eso; no hablaba de un salario sino de unos ingresos generosos. Viviríais con desahogo.
—¿De verdad? ¿Crees que se pueden eludir las responsabilidades con dinero si la cantidad es bastante grande?

-No quería decir... Mira, él ya te conoce. Seguramente prefiera quedarse contigo.
—¿Qué pasa con lo que yo prefiera? Soy enfermera y me gustaría volver a trabajar.
Iba dándose cuenta a medida que iba diciéndolo. Adoraba a Matthew y una parte de ella anhelaba quedárselo. Si no le hubiera gustado lo que había visto en Nápoles, se habría marchado sin hablar de su existencia. Pero le había gustado. Los Rinucci se ajustaban a su imagen de la familia perfecta; eran bulliciosos y alegres, con mucho amor y diversión por todos lados. Ruggiero tendría que hacer algo para mejorar, pero entretanto, podría encomendar a Matthew a Hope y Toni. Con tantos tíos, tías y primos, la vida del niño sería más feliz que la limitada existencia que encontraría con ella.
—¿Cómo puedes rechazarlo? —preguntó ella mientras señalaba la foto—. Es carne de tu carne y sangre de tu sangre.
-Por favor... Me sueltas esto y esperas que yo apriete el botón y tenga las reacciones adecuadas. ¿Cuál es la reacción adecuada con un hijo que no he conocido y que tuve con una mujer que ni siquiera me dio su verdadero nombre?
-¿No sientes nada hacia él?
-No —contestó él al cabo de un rato—. Nada.
Ella supuso que no era verdad; que sentía dolor y que al intentar sofocarlo había sofocado los demás sentimientos.
—Me gustaría que te plantearas quedártelo con las condiciones que hemos comentado.
—No hemos comentado nada —replicó ella a punto de perder la paciencia—. Has expuesto tus requisitos con la esperanza de que yo los acatara.
—Piénsalo.
—¡No!
—¿Por qué?
—Porque mi novio no aceptaría.
—¿Qué?
—El hombre con el que estoy prometida no quiere un hijo que no sea nuestro.

—No habías dicho nada de que estuvieras prometida.
—No tenía por qué. No es de tu incumbencia. He venido porque Matthew tiene derecho a tener una familia, pero cuando esté situado, volveré a mi vida habitual.
—Me voy —Ruggiero se levantó—. Tengo que pensar en todo esto.
Fue rápidamente hasta la puerta, pero al abrirla se quedó parado.
-Buenos días —dijo una voz con tono delicado. Hope estaba allí vestida con el camisón.
—Madre, ¿qué haces aquí?
—He venido a ver por qué hacíais tanto ruido. En una situación normal, no habría venido, claro, habría sido indiscreto.
—¡Mamá!
—No seas mojigato, hijo, no va contigo. Polly, por favor, dime qué ha pasado.
—Creo que será mejor que te lo cuente Ruggiero.
—Si uno de los dos no me lo dice enseguida, voy a enfadarme.

Ruggiero le entregó la foto de Matthew.
—Conocí a su madre hace unos dos años en Inglaterra —le explicó él con un tono de voz inexpresivo—. Nunca me habló del niño y ahora ella está muerta.
—Era mi prima —añadió Polly—. Quiso que yo encontrara a Ruggiero cuando ella hubiera muerto y le dijera que tiene un hijo.
Hope no hizo ninguna pregunta. Estaba absorta en la foto.
—¿Este hombrecito es mi nieto? —preguntó con tono maravillado.
Polly le dijo la fecha exacta de su nacimiento y Ruggiero asintió con la cabeza.
—Nueve meses —comentó él escuetamente.
Los ojos de Hope rebosaban afecto, como Polly había esperado.
—Qué preciosidad —susurró Hope—. ¿Dónde está ahora?
—En Inglaterra —contestó Polly—. Unos amigos míos se han hecho cargo de él mientras estoy aquí.

—¿Cuándo podremos traerlo?
—¡Madre!
—Tu hijo no tiene una madre, pero sí tiene un padre. Éste es su sitio.
—Yo pienso lo mismo —intervino Polly—. Creo que es un Rinucci, pero, naturalmente, podría comprobarse con una prueba.
—No hace falta —Hope hizo una mueca—. En cuanto lo tenga en brazos sabré si es uno de nosotros. Reservaré el vuelo a Londres inmediatamente. Polly, volverás aquí, ¿verdad? Nos ayudarás a que se adapte.
-Su prometido pondrá pegas —comentó Ruggiero.
-No —replicó Polly atropelladamente—. Volveré una temporada.
Hope la miró con extrañeza, pero no dijo nada. Descolgó el teléfono que había en la mesilla de Polly, llamó al aeropuerto y reservó un vuelo a Londres para esa tarde.
El sol se había elevado y la casa estaba despertándose. Hope salió a toda prisa para contar a todo el mundo el programa del día.
-Te has salido con la tuya otra vez —le dijo Ruggiero con un tono punzante.
-Efectivamente. Y me alegro. Hope lo adorará...
-¿Aunque yo no lo haga? ¿Quieres decir eso?
—Tú también acabarás queriéndolo. Ahora, tendrías que marcharte...
Fue un alivio que se marchara. Necesitaba tiempo para concretar detalles sobre su «prometido». Decidió que sería un médico llamado Brian; que lo había conocido en un hospital donde había trabajado y que estaba haciendo turnos de noche, que por eso era difícil estar con él. Habría preferido no tener que darle esa excusa a Ruggiero, pero fue la primera que se le ocurrió.
Ese día, Ruggiero bajó a desayunar. Polly se sentó al lado de Toni, quien estaba deseando hablar con ella. No lo había tratado mucho, pero le pareció un hombre amable y encantado con su nuevo nieto.

-No te irás mucho tiempo, ¿verdad? —le preguntó él con interés.
-Depende de Hope —contestó ella—. Está organizándolo todo.
-Claro —Toni miró con cariño a su mujer—. Sabe hacer las cosas bien.
Después de desayunar, Polly llamó a los amigos que estaban ocupándose de Matthew y les dijo que iba esa tarde. Luego, fue a buscar a Ruggiero y lo encontró en el jardín, sentado en un tronco caído y mirándose las manos entrelazadas.
—Te he dejado algunas pastillas, pero tómalas con prudencia.
—Seguramente no las necesite. Me encuentro mejor desde que estoy levantado.
-Perfecto, pero no exageres. Y no vuelvas a trabajar —añadió al tener una intuición.
-Pasaré a hablar con mi socio, pero te prometo que no montaré en moto.
-Tu socio puede venir aquí.
—¿Para que me vea como a un inválido? Ni hablar.
—¿No hay manera de que seas un poco sensato?
—No, deja de perder el tiempo.
Se hizo un silencio tenso hasta que él sonrió de mala gana.
-Perdóname si te he fastidiado.
-No estás arrepentido. Te disculpas para cerrarme la boca.
-He fallado, ¿no? Por curiosidad, ¿alguien te ha cerrado la boca alguna vez?
-¿Crees que voy a decírtelo?
-No si fueras lista —él volvió sonreír, pero con cariño—. Te prometo que me portaré bien mientras estés fuera —se le iluminó el rostro. Mi madre y tú os parecéis mucho. Diste por supuesto que tu prometido aceptaría, como habría hecho ella. Por cierto, ¿cómo se llama?
-Brian —contestó ella sin vacilar—. Entenderá que vuelva aquí. Al fin y al cabo, no será durante mucho tiempo.
-¿Qué dijo cuando lo llamaste para contárselo?
-No lo he llamado todavía.
—Date prisa si quieres que vaya a recogeros al aeropuerto...

—No puede. Es médico en un hospital y ahora tiene turno de noche. Iré a prepararme.
Antes de que pudiera dar un paso, Ruggiero la agarró de la mano.
—Un segundo. Quiero pedirte un favor.
Ruggiero no siguió, como si le costara decirlo.
—¿Qué puedo hacer? —preguntó ella con amabilidad.
Él apretó la mano.
—¿Tienes más fotos de ella en casa?
—Sí, un montón. Te traeré algunas.
-Tráelas todas. Todo... por favor.
-Hay muchos espacios en blanco que rellenar, ¿verdad?
—Siempre había creído que tendría la oportunidad de rellenarlos algún día. Nunca me imaginé que pasaría esto, que sería tan tarde que ya no tendría importancia.
Ella pensó que todavía podía tener importancia; que le ayudaría a relacionarse con su hijo y que ella haría todo lo que pudiera para que eso ocurriera.
—Podrías soltarme... —Polly hizo un gesto de dolor.
Fue como si él volviera de otro mundo y se diera cuenta de que estaba apretando su mano. La soltó un poco y la frotó entre sus dos manos.
—Creo que ya ha vuelto la circulación —comentó ella con desenfado.
—Perdóname. ¡Maldita sea! Será mejor que te pida un perdón general que cubra todo lo que pueda pasar en el futuro.
—Bueno, me voy dentro de un par de horas —comentó ella jocosamente—. No creo que tengas tiempo de molestarme otra vez.
—No sabes con quién hablas. Vamos dentro. Lo ayudó a levantarse y entraron en la casa.

CAPÍTULO 5

PASARÍAN dos noches en Inglaterra. La primera en casa de Polly y la segunda en la de Justin y Evie, que estaban deseando conocer al niño.

Durante el vuelo, Hope preguntó a Polly por su prometido y dio por supuesto, como había hecho Ruggiero, que iría a recogerlas. Polly le repitió la excusa del turno de noche y Hope pareció aceptarla. Aunque era la matriarca de una familia italiana, Hope era inglesa y conocía bien el país.

—¿Cómo es que te fuiste a vivir a Londres si eres de Yorkshire?

—Tuve un novio hace unos años, pero rompimos y quise alejarme. Freda fue conmigo cuando cayó enferma.

-¿Cuánto tiempo tiene el niño?

-Dieciocho meses.

-¿Sabe andar?

-Sí, está muy grande. Dio el primer paso a los nueve meses.

—Como Ruggiero —comentó ella con satisfacción—. Carlo y él competían para ver quién conseguía andar antes y llevan compitiendo desde entonces.

Cuando llegaron, era tarde y decidieron ir a por Matthew al día siguiente. Se sentaron en la diminuta cocina de Polly para cenar algo que habían comprado por el camino.

-¿Por qué no me cuentas todo lo que no pudiste decir delante de Ruggiero? -le preguntó Hope.

Polly, ante tanta comprensión, le explicó todo y Hope asintió con la cabeza y con tristeza.

—Él no dijo casi nada cuando volvió a casa; algo sobre una aventura de verano. Tendría que haber leído entre líneas... —Hope hizo un gesto de tristeza.

-Supongo que estaría dispuesto a mantener sus secretos. Freda lo encasilló como alguien que no se comprometía y quizá para un hombre como él...

-Le costaría mucho darse cuenta de que lo dejaron a él. Me pregunto qué más habría.

-No lo sé... y estoy segura de que él tampoco —reflexionó Polly—. Todo estaba levantado sobre fantasías. No sabía nada de ella; ni que estaba casada ni que tenía unos planes ocultos. Ni siquiera sabía su nombre. Entiendo lo que sentirás hacia ella, pero, por favor, no la odies.

—Podría haberla odiado —reconoció Hope—, pero tuvo un final tan triste que la perdono. ¿Vivisteis aquí juntas?
-Sí, hasta hace sólo unas semanas. Entonces, ingresó en el hospital.
—Era muy guapa —dijo Hope mientras miraba las fotos.
—Era más que guapa. Tenía ese algo especial que todas querríamos tener. Una especie de magia. Creo que para sobrellevarlo él intentó engañarse y se dijo que sólo fue una aventura de verano. Podría haberlo conseguido si yo no hubiera aparecido. Ahora tiene que afrontar lo que pasó de verdad y me parece que no sabe cómo hacerlo.
-Pero tú lo ayudarás, ¿verdad? Gracias a ella, tú eres especial para él. Tú eres la única a la que puede recurrir. Te lo digo yo, que soy su madre.
-Haré lo que pueda. Quiero que todo salga bien para Matthew.
-¿Sólo para él? Es verdad... estás prometida. Me había olvidado.
Cuando se acostaron, Polly se quedó despierta con la sensación de que el apartamento estaba lleno de espectros. Parecía como si Freda siguiera allí hablando de ella y sus conquistas, sobre todo, de Ruggiero.
-Era muy fuerte, Polly, y eso hace que un hombre sea mucho más excitante. Me tomaba entre sus brazos y me amaba una y otra vez durante toda la noche. Pero siempre tenía fuerzas para seguir.
Para entonces, estaba muy enferma y había perdido la belleza. Polly escuchaba amablemente sus historias de conquistas que nunca repetiría.
-Es un atleta. Lo supe en cuanto lo vi desnudo. Era musculoso y sin una gota de grasa. Nada más verlo supe que estaba hecho para el amor —miraba a Polly de soslayo y con cierta malicia—. No te molesto con estas conversaciones, ¿verdad?
-No —contestó Polly—. Claro que no.
Era verdad. En aquellos momentos, Ruggiero no existía para ella. Las descripciones de Freda no habían formado ninguna imagen en su mente. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Lo había visto y lo había tenido en sus brazos.

«Supe que estaba hecho para el amor». Se sentó de un salto con la respiración entrecortada. Era una tontería, se dijo para sus adentros. Aun así, no
pudo dormirse y se levantó para ir de un lado a otro. Estaba desquiciándola. Tenía que acabar con eso. Tenía que conseguir un trabajo, llevar una vida normal y olvidarse de él.
Era imposible. Podía recordar claramente cuando le pasó los dedos por la piel para buscarle alguna lesión; entonces, fue un gesto aséptico y profesional, pero los sentidos se le despertaban sólo de acordarse. Sin embargo, lo que más la había afectado fue cuando la agarró de la mano con una intensidad cargada de dolor y le pidió más fotos de la mujer que había amado mientras decía que era demasiado tarde. Polly era especial para él, pero sólo por Freda. Tendría que tenerlo muy en cuenta si se le pasaba alguna tontería por la cabeza.
Volvió a tumbarse y consiguió dormirse gracias a las cosas tan sensatas que se dijo.
***
La mañana siguiente fue un caos. Iris, la amiga que estaba ocupándose de Matthew, la llamó a primera hora para decirle que uno de sus hijos se había roto una pierna, que estaban llevándolo al hospital y que necesitaba librarse del bebé inmediatamente.
—Joe pasará por tu casa de camino al hospital.
Joe, su marido, se presentó media hora más tarde con Matthew. El niño, que notaba los nervios, estaba aullando con todas sus fuerzas. Afortunadamente, Hope lo sabía todo sobre niños y se hizo cargo de él sin inmutarse. Lo acunó y sonrió hasta que, súbitamente, el ruido cesó y el nieto y la abuela se quedaron mirándose en silencio.
Él soltó un eructo. Hope sonrió de oreja a oreja y lo estrujó contra sí. Tenía lágrimas en las mejillas.
—Mi nieto... Es mi nieto. Lo hemos sabido los dos desde el principio. Por cierto, ¿por qué no llamas a tu prometido y lo invitas a venir esta noche a casa de Justin y Evie?

—Eres muy amable —contestó Polly precipitadamente—, pero no creo que pueda salir...
—No lo sabrás si no se lo preguntas. También podrías ir a visitarlo. Nos sobran algunas horas ya que han traído tan pronto a Matthew.
Polly aceptó porque supuso que sus negativas empezarían a parecer sospechosas. Además, tendría un par de horas para ir de compras.
***
-¿Te lo has pasado bien?-preguntó Hope cuando volvió.
-Muy bien gracias-respondió deseando que Hope no le preguntara por Brian-.¿Es esa hora?-preguntó para cambiar de tema-.Tenemos que irnos o llegaremos tarde.
Se pusieron de camino a casa de Justin y Evie y Hope abandonó el asunto para comentar la conversación que había tenido por teléfono con Ruggiero.
-Le he dicho lo guapo que es su hijo. También le he dicho que habías salido y que Matthew y yo estábamos canociéndonos. Pareció contento.
Polly quiso preguntarle si le había dicho que había ido a ver a Brian pero no se atrevió.
Pronto llegaron a casa de Justin y Evie y le pareció maravilloso estar en una casa feliz después del año tan desdichado que había pasado. El matrimonio se quería y querían a sus bebés gemelos y al hijo adolescente de Justin.
Hope y Evie rodearon entre risas a Matthew hasta que el niño intentó hacer algo al cachorrillo de la familia y éste salió corriendo. Entonces, el chiquillo se puso a gritar.
—Igual que su padre —comentó Hope mientras lo tomaba en brazos—. Siempre gritaba si algo no salía como él quería.
Miró a Polly a los ojos como queriéndole decir que nada había cambiado.
-Os entendéis bien —le comentó Evie cuando se quedaron solas—. ¿Ya la has elegido?
-No sé qué quieres decir.

-Claro que lo sabes —Evie se rió—. Eliges a una nuera y no la sueltas hasta que te haces con ella.
—Sólo quiero lo mejor para mis hijos —se defendió Hope.
—Y has elegido a Polly. Vamos, reconócelo.
-Podría irle bien —reconoció Hope—, pero tenemos que ir con cuidado.
—Claro, su prometido podría ser un obstáculo.
—No lo creo. No lo creo en absoluto —replicó Hope pensativamente.
***
Volvieron a Italia al día siguiente. Polly pasó la última media hora mirando por la ventanilla y preguntándose por qué estaría tan nerviosa.
No había dejado de pensar en Ruggiero, pero había estado a una distancia más que prudencial. Sin embargo, iba a verlo otra vez y la excitación estaba alterándola desde hacía dos noches. No sabía qué pensar, pero lo sabría en cuanto lo viera. Sólo era una fantasía, se repetía constantemente. Ella era una persona con los pies en la tierra. Eso no podía pasarle a ella porque no lo permitiría. ¿Estaría en el aeropuerto?
Efectivamente, Toni y él estaban esperándolas a la salida de la aduana. Polly notó que el rostro de Toni se iluminó de felicidad al ver a su nieto y se acercó a su mujer y al niño con los brazos abiertos. El rostro de Ruggiero se mantuvo inexpresivo. No se movió cuando Toni y Polly se saludaron efusivamente.
—Está aturdido —le dijo Toni al oído—. No sabe qué hacer desde que lo llamó mi mujer.
Eso podía entenderse de dos maneras. No le aclaraba los verdaderos sentimientos de Ruggiero. Sin embargo, vio que le sonreía con un asomo de alivio, como si hubiera estado esperando a que volviera. Ella, pese al esfuerzo que hizo por reprimirlo, se sintió rebosante de placer.
Habían ido en dos coches para que todos cupieran bien en el viaje de vuelta.
—El niño y tú id con papá —dijo Ruggiero—. Yo llevaré a Polly.

Ella volvió a sentir esa felicidad irracional y censurable pero imposible de contener. Se montaron en el coche y se sintió emocionada.
—Dejémosles que se adelanten —dijo él al ver que el coche de Toni arrancaba—. Tengo que decirte una cosa.
—¿Qué?
-Las has traído, ¿verdad?
—¿El qué?
—Las fotos. Me prometiste que traerías las fotos de Sapphire. No me digas que te has olvidado. No sabes lo importantes que son para mí.
Eso era lo que quería, lo que le había iluminado el rostro al verla. La intensidad de la amargura le dio la medida de lo mucho que se había metido en un terreno peligroso.
—Por favor, Polly...
—Sí, he traído las fotos.
Ruggiero arrancó el coche y salió de aeropuerto como si ella le hubiera devuelto la vida. Polly se dijo que tenía que ser realista, que no podía pensar que olvidaría a Freda para quedarse con ella.
—¿Te has portado bien durante mi ausencia? —le preguntó Polly camino de casa.
—No he montado en moto. Te lo prometo.
—¿Aparte de eso?
—Pasé una hora por el trabajo, pero me sentí tan débil que volví pronto a casa. Habrías estado orgullosa de mí.
-¿Y las pastillas?
-Sólo un par por la noche. Estoy mejorando.
Cuando llegaron a la villa, Pietro y Olympia estaban allí. Aparte de Carlo y Della, que estaban de luna de miel, eran los únicos Rinucci que vivían en Nápoles, de modo que representaban al resto de la familia.
Al principio, Polly se quedó donde Matthew pudiera verla siempre, pero él se sentía cómodo en compañía, disfrutaba con las atenciones. Todo el mundo se quedó encantado

cuando Ruggiero hincó una rodilla en el suelo, lo miró a los ojos y el niño le devolvió la mirada sin parpadear.
—Buon giorno —lo saludó Ruggiero.
-Bon... bon... —intentó repetir el niño.
Todo el mundo se rió y aplaudió.
-¡Su primera palabra en italiano! —exclamó Hope—. ¿Por qué no te sientas y lo tomas en brazos?
El se sentó en el sofá y ella ayudó a Matthew a ponerse al lado de él. El niño miró con curiosidad a aquel gigante y decidió intentar subirse a su regazo.
—Espera —le dijo Ruggiero—. Todavía me duele y me da miedo tirarlo.
Era una excusa muy aceptable, pero Polly pensó que había aprovechado la primera ocasión para echarse atrás. Se portó muy bien, miró al niño con aparente interés, sonrió cuando procedía y lo vio bañarse y acostarse. Por el momento, dormiría en la habitación de Polly, en una cuna que habían encontrado en el desván.
—Supongo que dirás que fue la mía —le comentó Ruggiero con sorna a su madre, refiriéndose a la cuna.
—No, fue de Carlo. Tú quemaste la tuya —replicó Hope.
Todo el mundo se rió y Ruggiero también, pero Polly tuvo la sensación de que lo hacía todo desde la distancia, como si no quisiera revelar que el primer encuentro con su hijo le daba igual.
—¿Podrías dejarnos solos un momento? —preguntó Ruggiero cuando Matthew se durmió.
Todos sonrieron ante esa muestra de interés paternal, pero cuando se cerró la puerta se volvió hacia Polly con impaciencia.
-¿Las fotos? ¿Puedes dármelas ahora?
-Claro. Las he sacado para dártelas.
Le dio dos álbumes que había en un cajón.
-Gracias.
Ruggiero se marchó sin mirar al niño dormido.
***

Polly se quedó levantada hasta tarde. Se dijo que estaba velando al niño, pero sabía que en el fondo estaba velando al padre. Si miraba por la ventana, podía ver el resplandor de la ventana del cuarto contiguo. Esa noche, él no descansaría. Se lo imaginó viendo la cara de Sapphire una y otra vez y sintiendo una punzada de dolor cada vez que la veía.

¿Por qué se había sorprendido? Aunque él lo negara, había amado tan apasionadamente a Sapphire que hacía unos días había estado a punto de matarse porque se había imaginado por un instante que la había visto. Quizá lo hubiera preferido cuando sabía que ella estaba muerta. En realidad, era un viudo, pero un viudo que no podía mostrar su desconsuelo abiertamente, que ni siquiera tenía el recuerdo de un amor correspondido que le ayudara a sobrellevar la pérdida.

Entonces, se acordó de que en el segundo álbum estaban las fotos de la boda de Freda. Con las prisas y los nervios, se había olvidado de quitarlas. Miró a Matthew y comprobó que seguía dormido. Salió al pasillo y llamó suavemente a la puerta de Ruggiero.

—Pasa.

Estaba sentado en el borde de la cama, con las manos entre las rodillas y las fotos de la boda junto a él.

—Quería saber si estás bien.

—Sí... estoy bien...

Ella se sentó a su lado.

-No lo estás —replicó ella con delicadeza—. He estado observándote toda la noche y estás con los nervios de punta. Hasta tu voz parece distinta.

-¿Cómo?

—Tensa. Cada cinco minutos te preguntas si sobrevivirás los cinco minutos siguientes y así sucesivamente. Sonríes a la gente e intentas decir lo apropiado, pero está acabando contigo.

—¿Tan transparente soy? —preguntó él con una leve sonrisa.

—No. Creo que nadie se ha dado cuenta.

—Sólo la enfermera mandona, que no quita sus perspicaces ojos del paciente...

Ella pensó que era una mujer para la que cada palabra o gesto de ese hombre significaba algo y deseó poder decirlo en voz alta. Él suspiró y le apretó la mano.
-No es sólo que seas enfermera. Ves cosas que no ve nadie. ¿Cómo lo haces?
Ella contuvo el impulso de apretar su mano.
-En cierto modo, es por ser enfermera. Observas tanto a la gente que empiezas a darte cuenta de detalles extraños. No me refiero a cuestiones médicas, sino sobre sus vidas.
—¿Por ejemplo?
—Llegué a saber cómo se llevaban los matrimonios. Qué maridos serían fieles mientras sus mujeres estaban ingresadas y cuáles no.
—¿Cómo?
—Por algo en la voz. Si él la llamaba «cariño» cada dos por tres, sabía que estaría llamando a una amiguita antes de salir del edificio. Los que estaban preocupados no decían casi nada, lo demostraban.
—Entonces, ¿nos tienes etiquetados a todos?
—Completamente —intentó quitarle hierro con un tono jocoso—. Ningún hombre puede sorprenderme. Sois penosamente predecibles.
—¿Lo sabe Brian? —preguntó él repentinamente.
-Bueno, no se lo he dicho. Una mujer tiene que guardar secretos.
-¿Al hombre que ama?
-Sobre todo, al hombre que ama —confirmó ella rotundamente.
—¿Él no sospecha nada?
-No si puedo evitarlo.
—Mantienes al pobre en una bendita ignorancia. Supongo que eso es cosa de familia.
Dijo la última frase con tanta calma que ella no tuvo que replicar, pero también captó la amargura que destilaba.
—¿Qué tipo de hombre es Brian? ¿Es fiel o no mucho? —siguió Ruggiero.
-No he tenido tiempo de comprobarlo.

-Pero con el año tan ocupado que has tenido, ¿no tenías miedo de que se desmadrara?
-No he puesto a prueba su fidelidad.
—¿Porque te daba miedo o porque crees que no tiene carácter para ser infiel?
—Parece como si la infidelidad te pareciera una virtud... —replicó ella entre risas.
—No exactamente, pero al estar tan segura de él parece que es un calzonazos.
-No lo es, pero pasa jornadas largas y agotadoras cuidando a gente que lo necesita.
—Y cuando estáis juntos habláis de tubos de ensayo. Tiene que ser apasionante.
Ella no había buscado esa conversación, pero era provechosa. Estar tan cerca de Ruggiero y de esa manera la alteraba tanto que estaba aterrada de que él pudiera notarlo, pero Brian era una buena pantalla.
-Cualquier cosa puede ser apasionante si te interesa lo mismo.
-¿Hablasteis de eso cuando os visteis ayer?
-No hablamos mucho... —Polly se rió.
—¿No intentó convencerte para que te quedaras con él? Además de hacer lo que hicierais...
-No, claro que no.
—¿Claro que no? ¿Te quiere o no te quiere?
-Me quiere, pero sabe que tenía que volver porque se me necesita aquí. Sabe que la obligación es lo primero.
-¿Eso también es mutuo?
-Sí.
-¿Le dijiste que estás loca por él pero que tenías que volver con un majadero que se derrumbaría sin ti? Eso además de los tubos de ensayo... ¿Cómo pudiste alejarte de tanta pasión?
—La enfermera mandona nunca deja de lado a un paciente —contestó ella con remilgo—. Además, la pasión puede encontrarse en los sitios más raros.
Polly se dio cuenta de que estaba disfrutando demasiado con esa conversación.

—Pero me parece que ya está bien de hablar de él. No le gustaría —añadió ella.
Ruggiero la miró abatido. Tenía los nervios destrozados por haber pasado dos días esperándola y preguntándose si volvería a verla. Era un hombre que no sabía analizarse. Podía desmontar un motor e incluso conocer levemente a los demás, pero era un misterio para sí mismo. Había pasado dos días espantosos pensando en si Polly se acordaría de llevarle las fotos. Se había centrado en eso porque lo entendía, pero se había llegado a mezclar con el miedo a que ella no volviera.
Los argumentos lo abrumaban. Su enfermera mandona era una mujer de palabra y nunca lo dejaría abandonado. Sin embargo, había vínculos muy fuertes que podían retenerla en Londres; entre otros, el hombre al que amaba, que podría estar harto de esperarla. Podría haberle dado las fotos a Hope y quedarse con la confianza de haber cumplido con su deber. Sin embargo, no lo haría, se dijo a sí mismo con convencimiento. Sólo podía hablar con ella y no podía dejarlo en la estacada. Hope lo había llamado esa misma mañana para decirle que volverían juntas, pero aun así, se quedó impresionado del alivio que sintió al verla en el aeropuerto. Eso tuvo el efecto perverso de ser brusco con ella, casi grosero. Eso tampoco podía entenderlo.

CAPÍTULO 6

TENÍA los ojos clavados en las fotografías. Sapphire se había desvanecido un tiempo, pero había vuelto perturbadora como siempre. Tomó aliento al ver su radiante belleza el día que se casó con otro hombre.
—Son unas fotos preciosas, ¿verdad? —preguntó Polly.
Empezó a pasar páginas. Ese día, Freda había estado impresionante. Su extraordinaria belleza se resaltaba por un elegante modelo de seda y la diadema de diamantes que le había regalado George y que sujetaba un velo que llegaba hasta el suelo. En una foto miraba con arrobo a su marido porque quería que su representación fuera convincente. En

otra, estaba con la dama de honor, su pobre prima Polly que estaba espantosa con un vestido rosa de satén y cuya insipidez contrastaba con la belleza resplandeciente de la novia.
Otra foto era un primer plano de Freda con una sonrisa delicada y una expresión tierna que nunca tenía en la vida real. Fue una actriz consumada y en esa foto consiguió borrar el brillo de avaricia de sus ojos. Era una mujer delicada, generosa, abnegada y complaciente; todo lo que no había sido en realidad.
—Lo siento —susurró ella—. No debería haber traído las fotos de la boda.
-¿Por qué? ¿Crees que me dan miedo?
-A lo mejor deberían dártelo ¿Qué más da ahora?
-No digas eso. No puedo librarme de ella sólo porque esté muerta. En cierto sentido, me siento como si acabara de conocerla y tuviera que saberlo todo.
Ella sacudió la cabeza y pensó que, precisamente, no podría soportar saberlo todo.
—Dejemos el pasado como está. Lo que importa es el futuro; tu futuro y el de Matthew.
-Pero el futuro surge del pasado. ¿Qué puedo hacer si el pasado está vacío? Tengo que saber todo lo que pueda. Entonces, quizá, sólo quizá, las cosas puedan llegar a ser distintas. Si pudiera ver los sitios donde vivió, si pudiera hacerme una idea de su vida... podrías llevarme allí...
—No, Ruggiero.
—Podríamos ir mañana a Inglaterra. No hace falta que estemos mucho tiempo. Lo justo para que vea dónde vivió y visite los sitios que ella conoció...
Ella lo agarró del hombro sano y lo zarandeó levemente.
-No te la devolverá —dijo tajantemente—. ¡Déjalo ya!
—No puedo —replicó él con desesperación.
Polly lo miró fijamente y comprobó que estaba dominado por una desazón que lo consumía. Su mirada rebosaba obsesión y su aliento era tan abrasador que parecía llegar del infierno.

—¡ Déjalo ! ¡Déjalo! —insistió ella.
—¿Cómo? —preguntó él con impotencia—. Ayúda.me, Polly. Eres la única amiga que puede ayudarme. Nadie lo sabe; no puedo decírselo a nadie; ¿cómo iba a hacerlo?
Era verdad. Hope sabía algo, pero no sabía lo profundo que era su dolor. El quería a su madre y le evitaba lo peor, y eso hacía que sólo pudiera recurrir a ella.
—Mientras estabas fuera —continuó él— seguí esperando el milagro. Puse las cosas en su sitio y la vi con claridad... al menos eso pensé. Cuando trajiste al niño... ya sé que de sólo verlo debería haber tenido un arrebato de sentimiento paternal.
—No. Eso sólo pasa en las películas. Creo que lo miraste y pensaste: ¡Dios mío!
—Mio dio —confirmó él—. Llámame monstruo si quieres, pero no siento nada por mi hijo.
—No eres un monstruo. Creo que cuando lo miras ni siquiera lo ves. Hay un muro entre vosotros que no puedes atravesar.
—Sin embargo, ella también está ahí... están ellas dos.
—¿Ellas dos?
—La mujer maravillosa que me amó y cambió mi vida y la intrigante que se llevó todo lo que quiso y me dejó en un páramo sin mirar atrás. No sé cuál de las dos es la verdadera y nada será verdadero hasta que no sepa más cosas.
-Quizá las dos tengan algo de verdaderas.
-O quizá esté contándome un cuento de hadas y sólo veo lo que quiero ver y desdeño todo lo que no encaja en la imagen que tengo de ella; quizá sólo sea un hombre débil e incapaz de afrontar lo que le desagrada.
—No seas tan duro contigo mismo. Todavía no te has recuperado de la conmoción.
—Creí que encontraría algún tipo de respuesta en la cara del niño, pero es como si cambiara todo el rato. Unas veces es ella, otras veces yo...
—Y otras es él mismo, que es lo que tendría que ser. El pobre acarrea el peso de unas expectativas excesivas.

-¿Crees que no lo sé? Todo el mundo lo observa para ver si es un auténtico Rinucci; como me observa para ver si siento lo que debo sentir. Hago lo que tengo que hacer, me arrodillo, hablo con él, para que no noten lo desalmado que soy. Nadie debe saber la verdad, excepto tú. Me volvería loco si no pudiera recurrir a ti.
Debería ser sensata y salir corriendo. Ya había vislumbrado lo peligroso que era el camino en el que estaba metiéndose. Sin embargo, no quería ser sensata; quería quitarle la cruz que estaba llevando, aunque eso la introdujera más en ese camino y acabara pagándolo. Lo rodeó con los brazos y apoyó la frente en la de él.
-Puedes recurrir a mí. Te ayudaré todo lo que pueda, pero no voy a crearte un mundo de ilusiones.
-No quiero eso. Quiero saber cómo era ella en el mundo real y sólo tú puedes decírmelo.
-¿Eso te ayudará? A lo mejor, hablar de ella sólo empeora las cosas.

—Pero podría mantenerla a mi lado —susurró él con la mirada perdida—. No estoy preparado para dejarla marchar.
—¿Aunque sea un espectro?
—Si es lo único que puedo tener...
—¿No estás cansado de ese espectro? —preguntó ella con acaloramiento—. Te ha obsesionado durante dos años y ha estado a punto de matarte. ¿No te das cuenta?
—A lo mejor fuiste tú... —replicó él con tono cáustico.
—No, yo no te saqué de la pista camino de la tumba. Fue ella —Polly seguía enardecida—. Es celosa y posesiva y no soporta que te vayas, aunque no te quiera. Ella era así. Si no podía conseguir algo, tampoco podía soportar que alguien lo consiguiera. Ella perdió la vida y ahora quiere... —Polly, aterrada, se calló—. ¿Qué estoy diciendo? Hablo de ella como si...
—Es lo mismo que hace conmigo —reconoció Ruggiero—. ¿Entiendes ahora que no hay escapatoria?
—La hay si te resistes.

—¿Y si no quiero resistirme? ¿Sabes lo que me pasó en el circuito? Cuando la vi delante de mí, me sentí contento. Sabía que estaba arrastrándome al desastre, pero me daba igual. Estaba feliz de verla después de tanto tiempo. Creo que la llamé...
—Sí —Polly recordó que había susurrado el nombre de Sapphire cuando lo tuvo en brazos.
—La perseguí durante una distancia enorme, pero acabó desapareciendo.
—¿Crees que si te llevo a los sitios que frecuentaba vas a encontrarla? No. La verdad no está allí.
—Pero tengo que creer que puede encontrarse en algún sitio. Si no, me volveré loco.
—¿No te basta con que fuera hermosa? ¿No te basta con los momentos maravillosos que pasaste con ella y con el hijo que te ha dejado?
—Una quimera —susurró él—. Nada más.
—Ese niño no nació de una quimera. Es de carne y hueso y es lo único que queda de ella. Por favor, intenta entenderlo, no puedes recuperarla.
Pareció como si él se relajara y Polly creyó que por fin lo había asimilado. Lentamente, alargó una mano y tomó el álbum.
—Voy a llevármelo. No sigas dándole vueltas. El la agarró de la mano.
—Suéltalo.
-Ruggiero...
-He dicho que lo sueltes.
Se oyó una llamada en el teléfono móvil de Polly, que estaba en su cuarto.
—Tengo que contestar antes de que lo despierte.
Polly salió corriendo y no cerró la puerta de la habitación de Ruggiero, quien pudo oír el principio de la conversación.
—Te llamé antes, pero no contestaste y supuse que habrías ido al hospital.

Ruggiero cerró la puerta y venció la tentación de seguir escuchando. Polly, en su cuarto, se alejó de la cuna y habló en voz baja.
—Iris, me alegro de que tu hijo esté bien. Seguro que le darán el alta enseguida. Gracias por todo.
Polly colgó y volvió a la habitación de Ruggiero.
-¿Puedo entrar? —preguntó a través de la puerta cerrada.
-No —contestó él—. No quiero molestarte más. Buenas noches, Polly.
-Buenas noches.
Se dio la vuelta mientras se preguntaba por la oportunidad que habían perdido.
***
Al día siguiente, Ruggiero dijo que ya estaba bien para ir a trabajar.
—¿Lo está? —le preguntó Hope a Polly.
-Sí, lo está —aseguró Ruggiero rotundamente.
—Sí, lo está —repitió Polly como un robot antes de echarse a reír—. Ya lo has oído. Me han dicho lo que tengo que decir.
-¡Aceptas órdenes! —se burló Hope.
—Estará bien si tiene cuidado —dijo Polly.
—Entonces, nos iremos de compras —concluyó Hope con tono de alegría—. Quiero celebrar la llegada de mi nuevo nieto.
—¿Arrasando las tiendas? —intervino Toni con ironía.
-¿Se te ocurre una forma mejor de celebrarlo? —contestó.
Hope, Toni y Polly salieron acompañados de Matteo, como habían llamado al niño. Hope se movía como pez en el agua comprando ropa para niños, juguetes para niños y comida para niños. De vez en cuando pedía consejo a Polly y, de vez en cuando, lo aceptaba.
-¿No te ofenderás? —preguntó Hope a Polly con cierto apuro—. Sé que siempre le has dado lo mejor que has podido...
-No me ofendo. Ya estaba haciéndose grande para las cosas que tiene y, además, ¿quién iba a desperdiciar la ocasión de salir de compras?

Hope, animada por el sentido común de Polly, entró en una tienda de ropa y le compró lo que podría ser la base de un nuevo guardarropa.
—Para que pueda estar segura de que no estás ofendida.
—Pero no estoy... —intentó replicar Polly.
-Entonces, acepta estas cosas con mi agradecimiento.
—No discutas —le suplicó Toni—. Déjale que se salga con la suya, por favor...
—De acuerdo. Lo haré por ti —concedió Polly entre las risas de todos.
La familia iba a reunirse para conocer al nuevo Rinucci. Luke y Minnie llegaron de Roma y Pietro y Olympia acudieron por segunda vez. Una vez más, Matteo se encontró en su elemento y enseguida pasó a llamarse Matti.
Ruggiero llegó cuando Olympia lo tenía levantado en alto y los dos se reían. Besó a sus cuñadas, bromeó con sus hermanos y disfrutó con todos ante el espectáculo de ver a su padre con su nieto en el regazo. Fue conmovedor, pero Polly sabía que lo hacía para disimular la falta de sentimientos hacia su hijo. En otro momento se lo habría reprochado, pero en ese instante lo entendía mejor. El rechazo de Freda le había hecho tanto daño como su muerte, quizá más, y el niño sólo era un recordatorio de aquello.
Cuando llegó la hora de acostar a Matti, Hope fue al cuarto de Polly para ayudarla.
—Buona notte —se despidió Hope mientras besaba a su nieto en la cuna.
Vio a Ruggiero en la puerta y le hizo un gesto para que entrara.
—Dale un beso de buenas noches —le sugirió.
-No, será mejor que no lo moleste, ya que está profundamente dormido. Voy a acostarme, madre. Buenas noches.
***
Polly pasó el día siguiente en la villa y disfrutó con el entusiasmo de Hope y Toni con Matti. Hope había notado que

Ruggiero no estaba cómodo con su hijo, pero no le importó gran cosa.
—Tardará un poco en tranquilizarse —comentó ella con felicidad—, pero no pasa nada. No tengo prisa para que vuelva a su piso.
—¿Piso? —preguntó Polly con sorpresa—. Creía que vivía aquí.
-Vive temporadas aquí, pero también tiene un piso en Nápoles. Todos nuestros hijos tienen casas aparte de ésta, aunque conservan sus habitaciones en la villa.
-¿Cómo se apañará solo con el niño? —preguntó Polly.
—No puede. Matti vivirá con nosotros hasta que se vaya con Ruggiero, cuando sea suficientemente mayor para valerse por sí mismo. Y cuando mi hijo sea suficientemente mayor para ser padre.
-Eso no es justo —replicó Polly inmediatamente. Hace menos de una semana que se enteró de que ella está muerta y está consternado.
-¿Por una mujer que lo trató así? Polly, ¿le has contado todo?
-No. No está preparado. Sospecha algo, pero nada que no pueda superar. ¿Cómo voy a darle una imagen clara de mi prima sin destrozar a la madre de Matti a ojos de Ruggiero?
Las dos se quedaron en silencio y Hope dio una palmada en la mano de Polly.
—Encontrarás la forma. Eres inteligente y cuentas con toda mi confianza.
-Y con la mía —añadió Toni.
Cenaron pronto con Matti sentado en el regazo de su abuelo como un soberano ante su corte. No supieron nada de Ruggiero, pero cuando estaban subiendo las escaleras para acostar a Matti, sonó el teléfono. Toni fue a contestarlo.
—Ruggiero no viene esta noche —les explicó al cabo de unos minutos—. Tiene que trabajar hasta tarde y se irá al piso de la ciudad.
No apareció al día siguiente ni al otro. Polly empezó a preocuparse por las cosas que él le había dicho la noche anterior a marcharse, por lo que había vislumbrado de su

amargura. Anhelaba volver a hablar con él y ayudarlo para que se librara de sus obsesiones.
Aunque quizá sólo quisiera que olvidara a Freda y pensara en ella, se dijo con irónico realismo. ¿A quién quería engañar? Freda sería la primera persona en decirle lo que estaba esperando realmente.
Como efectivamente hizo.
Esa noche su prima se le apareció entre una oscuridad brumosa.
—Freda... ¿Qué haces aquí?
La aparición se rió y agitó su maravillosa melena. Llevaba un vestido largo y vaporoso que resaltaba su belleza de siempre.
—Ya no soy Freda. Freda está muerta.
—Tú estás muerta.
—No. Ahora soy Sapphire. Así es como él piensa en mí y has empezado a verme a través de sus ojos.
-¡Desaparece! —gritó Polly.
—Te gustaría, ¿verdad? Quieres que me olvide para quedártelo, pero nunca lo conseguirás. Sigue siendo mío. Me ama y no puedes hacer nada para evitarlo. Nada...
Desapareció y con ella la oscuridad. La luz del amanecer inundó la habitación y Polly se despertó con un estremecimiento y se encontró sentada en la cama.
-Ha sido un sueño —se dijo con un susurro—. Sólo ha sido un sueño.
Fue al cuarto de baño y se echó agua sobre los ojos. La cara que vio en el espejo se parecía a la de Sapphire, pero también era despiadadamente distinta.
—Está muerta —dijo con firmeza a esa imagen—. Se ha ido por el bien de todos.
-No es verdad —le susurró Sapphire dentro de su cabeza—. No estoy muerta para él. ¿Por qué crees que ha desaparecido? Quiere estar a solas conmigo.
Un dolor intenso y real llevó a Polly hasta el pasillo y a la habitación vacía de Ruggiero. Rebuscó por todos lados y confirmó su peor sospecha. El álbum de fotos no estaba.
***

Desde el Palazzo Montelio se dominaba el puerto de Nápoles. No era un palacio, a pesar de su nombre, sino un edificio grandioso que había hecho construir un mercader para poder vigilar los barcos que transportaban sus productos. Con el tiempo, el edificio se vendió y acabó dividido en pisos.

Mientras subía al segundo piso, Polly volvió a preguntarse si hacía bien en ir allí. Sin embargo, le pareció que tenía que hacerlo cuando Hope llamó a la empresa de Ruggiero y se enteró de que él no estaba allí.

—No ha ido los dos últimos días —le dijo a Polly mientras garabateaba algo en un papel—. Esta es su dirección.

Allí estaba, a punto de encontrarse con el león en su guarida, dispuesta a hacer frente a su furia por haber sido tan temeraria de seguir su rastro.

Sin embargo...

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó él cuando abrió la puerta.

Ella había esperado que hubiera estado ahogando sus penas, pero tenía la voz firme y sus movimientos eran estables. El piso era una mezcla de grandiosidad desfasada y modernidad y pudo echarle una ojeada mientras él preparaba un té. También pudo observarlo con más detenimiento y su primera impresión favorable cambió bastante. Si bien no había estado bebiendo, tampoco había comido ni se había afeitado. Estaba desaliñado y, además, sus ojos decían claramente que había, dormido muy poco. Llevaba puesto lo primero que había encontrado: unos vaqueros viejos y una camisa vieja muy desabrochada que le permitía ver el vello negro y rizado.

—¿Sabías que iba a venir? —preguntó ella.

—Habría apostado cualquier cosa.

—Bueno, sigues siendo mi paciente... No hace falta que pregunte qué tal te has apañado. Ya veo que has comido muy bien, que has descansado y que te has portado ejemplarmente. No sé por qué me he preocupado.

El se rió, pero se llevó una mano al costado con un gesto de dolor.

—Me duele más que antes —reconoció.
—Y seguirá doliéndote un tiempo. Te he traído algunas pastillas. Estas no te harán dormir como las otras.
—Gracias. He probado unas que compré, pero... —se encogió de hombros y se frotó el hombro.
—Toma —Polly sacó las pastillas—. Tómate un par y veremos qué podemos comer.
—No tengo muchas cosas aquí.
—Entonces, tendremos que salir. Invito yo.
—No. No puedes...
—No te he pedido permiso. He dicho lo que voy a hacer.
—Sí, señora —dejó escapar algo parecido a una risa—. No sabes cuánto me gusta que vuelvas a incordiarme. Quizá mi padre tuviera razón... —añadió pensativamente.
-¿Sobre qué?
Se había acordado de que Toni dijo una vez que Hope se adelantaba a sus necesidades y las satisfacía incluso antes de que él se diera cuenta. La gente podría considerarlo una forma de dominación, pero Toni lo expresó como si fuera dueño de un secreto maravilloso. Ruggiero estuvo a punto de contárselo a Polly, pero se contuvo al darse cuenta de que podría meterlo en un sendero donde no podría contar con el apoyo de ella.
Lo que sabía sin asomo de duda era que si ella no hubiera llegado cuando lo hizo, él habría ido a buscarla.
—Da igual, mi padre dice muchas cosas raras.
Entonces, ya sé a quién has salido.
Polly lo dijo con desenfado, pero se quedó preocupada al fijarse en él. ¿Hacía cuánto que no comía? Tenía que darle de comer inmediatamente.
Estaba oscureciendo cuando salieron a la calle y los restaurantes del puerto empezaban a encender las luces.
-Son casi todos transbordadores —le explicó él mientras le mostraba unos barcos—. Conectan con Capri, Ischia y otras islas.

—Ese sitio parece bonito —Polly señaló un restaurante diminuto que se llamaba Pesci di Napoli—. Quiere decir «peces de Nápoles». ¿Ves? Ya he aprendido algo de italiano
—No, ahí, no —replicó él precipitadamente.
—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? ¿El pescado no es fresco?
-Hay sitios mejores...
-¡Ruggiero, amico!
El estruendoso saludo los paró en seco cuando él estaba a punto de salir corriendo.
—Leo...
El hombre que estaba en la puerta del Pesci di Mari sonrió de oreja a oreja y le estrechó la mano con tanta fuerza que Ruggiero hizo una mueca de dolor.
—Leo, te presento a la señorita Hanson. Sólo habla inglés.
—Bienvenida. Ruggiero, cuánto tiempo sin verte. Entrad a tomar algo. Hay almejas frescas y sé cuánto te gustan.
Ruggiero sonrió y entró con Polly.
-¿Conoces bien este sitio? —le preguntó Polly con curiosidad.
—Es copropietario —le explicó Leo—. Los beneficios que saca de aquí los malgasta en motos para poder divertirse pegándose tortazos. Un día se matará y todos nos reiremos con ganas.
Ruggiero sonrió ante la macabra ironía de su amigo, pero el ambiente era cálido y jovial. Aun así, Ruggiero intentó mantenerla al margen.
Leo los llevó a una mesa al lado de la ventana.
-De entrada, espaguetis con almejas, que es lo que Leo ha decidido. Luego...
Ruggiero le explicó la carta y pidieron lasaña Napolitana y café. Leo intentó que pidieran vino, pero Polly negó con la cabeza.
-No puedes tomar alcohol con esas pastillas —le avisó.
—Lo sé. Me lo dijiste hace unos días.
Leo se marchó.

—¿Has venido para comprobar si estaba bebiendo hasta reventar? —preguntó Ruggiero—. No hacía falta. Aunque no te lo creas, me he limitado al té.
-Me lo creo. Sé que entre tus muchas virtudes se cuenta la del dominio de ti mismo.
—¿Estás burlándote de mí?
—¿Qué te hace pensarlo?
—Mis muchas virtudes... Sólo lo dirías con ironía.
Ella se quedó pensando si debería presionarlo un poco más.
—¿No tienes muchas virtudes? —se aventuró por fin.
—Seguramente no de las que tú llamas virtudes.
—A lo mejor dejan de ser virtudes cuando las llevas al extremo —sugirió Polly.
-¿Por ejemplo?
-El dominio de uno mismo está muy bien hasta que se convierte en una jaula de hierro.
—¿Crees que es lo que hago yo? —preguntó él.
—Tú me lo has dicho. La primera vez que me hablaste de Sapphire me dijiste que nunca habías compartido lo que hay en tu corazón porque un hombre está más a salvo así.
—Ella me atrajo y me incitó a abrirme —replicó él con voz soñadora—. Ése fue un motivo para que la amara —esbozó media sonrisa—. Amor. No lo diría porque eso haría mucho más dolorosa su pérdida, pero con ella hablé de cosas que no había hablado con nadie.
«No calla nunca —se quejó Sapphire en la cabeza de Polly-. Sólo porque una vez le dije que me contara algo de sí mismo... Es algo que digo siempre para halagar a los hombres, pero de ahí a tomárselo al pie de la letra...».
-Fue algo que te aportó -dijo Polly con amabilidad-. Tú la conoces mejor. Además, siempre lo tendrás... a no ser que te vuelvas sombrío y taciturno otra vez.
-Era lo que estaba haciendo hasta me agarraste y me zarandeaste.

Polly giró la cara un poco e hizo una mueca. Sapphire lo había atraído y ella lo había zarandeado. Esa era la diferencia. Al menos, eso evitaría que se pusiera sentimental.
-¿De qué te ríes? -preguntó él.
-Da igual. No entenderías el chiste. Además, no tiene gracia. Aquí viene Leo con la comida.
Polly cambió de tema y empezó a hablar de los padres de Ruggiero y de Matti, que se había hecho el amo, pero lo hizo con un tono amable para no presionarlo.
-Entonces, está cómodo y se ha convertido en el dueño y señor.
-Efectivamente. Sobre todo de tu padre. Son inseparables.
-Claro -una expresión extraña cruzó el rostro de Ruggiero-. Por fin tiene un nieto.
-¿Por fin? Tiene bastantes de tus hermanos, ¿no?
-No. Son nietos de mi madre, no de él. Pietro fue hijastro de ella en su primer matrimonio, Luke fue adoptado y Justin y Francesco son hijos de ella, pero no de él. Naturalmente, son de la familia y Toni los quiere porque tiene un corazón enorme, pero sólo Carlo y yo somos hijos suyos. La mujer de Carlo está demasiado débil para tener hijos, así que sólo quedo yo -Ruggiero, alterado, se acomodó en la silla-. No me extraña que ese niño haya tomado a mi padre al asalto. ¿Por qué no me daría cuenta antes?
Había miles de respuestas, pero una enterneció el corazón de Polly. De entre el torbellino de sentimientos que había dominado a Ruggiero durante los últimos días, él había comprendido mejor y más generosamente a su padre.
-Te daré otro motivo -añadió Polly-. Matti se parece a él. Todos hemos estado fijándonos en su cara para decidir si se parece a ti o a su madre, pero es igual que Toni.
-¡Tienes razón! Tendría que haberme dado cuenta.
-A lo mejor tienes que distanciarte un poco para ver mejor las cosas...
-A lo mejor.
-Come antes de que la comida se enfríe.

A sus órdenes, señora enfermera.

CAPÍTULO 7

POLLY lo observó mientras comían. Quizá sólo hubiera dejado de comer dos días, pero parecía como si hubiera sido una semana.

¿Qué habría pasado mientras estuvo encerrado con esas fotografías y esos dolorosos recuerdos? Entonces, comprendió por qué no había querido ir a ese restaurante.

Su prima volvió a presentarse en su cabeza con uno de esos descarnados monólogos.

«Siempre me hablaba de que iríamos a Nápoles y me llevaría a un restaurante de pescado del que era copropietario. Me decía que presumiría de mí delante de sus amigos. ¡Como si yo quisiera que me exhibiera a un montón de pescadores! ¡No, gracias!».

Por eso no había querido, llevarla allí. Para él, estaba reservado a Sapphire. Él nunca supo que ella lo valoraba sólo por su destreza en la cama. Cuando se puso sentimental, ella lo despachó. Intentó deshacerse del espíritu maligno que tenía en la cabeza. No se merecía a Ruggiero. Sin embargo, era un espíritu listo.

«¿Acaso crees que tú sí te lo mereces? ¿Crees que vas a arrebatármelo amparándolo? Sé lo que quiere de una mujer y no es eso».

Lo libraría de ella, como fuera.

—¿Te pasa algo? —preguntó Ruggiero—. De repente te has puesto muy rara.

—No. Todo está muy bien. La comida es deliciosa. Por cierto, ¿has ido a trabajar?

—Sí, pero enseguida me di cuenta de que todavía no estaba preparado.

-Y en todo momento sabías que vendría a tu piso. Por eso te llevaste las fotos de Sapphire.

El no contestó, pero la miró con extrañeza.

-¿Sabes que acabas de llamarla Sapphire? Antes era siempre Freda.

-No me he dado cuenta, pero es incómodo llamarla de dos maneras distintas.
Ella sabía que ése no era el motivo. Freda había desaparecido y sólo había quedado Sapphire. Cada vez tenía más claro que su enemiga estaba tomando forma y que estaba preparándose para un enfrentamiento inevitable.
—No soy un anfitrión muy bueno —se excusó él con una leve sonrisa—. Cuando un hombre lleva a cenar a una mujer tiene que hablar de ella; de sus ojos, su sonrisa...
—Inténtalo y te arrepentirás —lo amenazó ella con un brillo en los ojos.
-Claro. A Brian no le haría gracia.
-A mí no me haría gracia. He venido a cuidarte. Tu madre me ha contratado como enfermera y voy a ganarme el sueldo.
—¿Mi madre te paga? —preguntó él con un tono entre sorprendido y disgustado.
—Naturalmente. Presto un servicio y ella me paga la tarifa habitual. Bueno, algo más que la habitual, si soy sincera, pero por eso tengo que ser más responsable en mi trabajo —tuvo una inspiración—. Brian está muy contento. Casarse es muy caro y ninguno de los dos ganamos mucho todavía. Así que cuanto más dure este trabajo, más le gustará.
—¿Aunque lo separe de lo que más anhela? ¿Por qué pones esa cara?
—¿Por qué dices esas tonterías?
-¿No eres lo que más anhela?
—Soy inglesa. No hablamos así. Deja ya de burlarte de mí.
—No era mi intención. Lo que pasa es que parece que nunca eres su prioridad. No arde de pasión, ¿verdad?
—No me quejo —contestó ella con cierto remilgo.
—¿Pero no le preocupa que pasemos tanto tiempo juntos? ¿Por qué no ha venido a amenazarme con partirme la cabeza si te toco?
-Por tres motivos —Polly hizo una mueca con los labios—. Primero: porque le he dicho que eres un inválido que no podría tocar ni a

una muñeca de trapo. Segundo: si lo intentaras, yo me ocuparía de ti. Tercero: me pagan bien por aguantarte.
Los dos se rieron.
—Inapelable —reconoció él—. Entonces, ¿no abuso de tu amabilidad si te pido un favor?
—¿Qué favor?
-Vuelve conmigo para rellenar algunos de los espacios en blanco.
—Si es que puedo recordar —se cubrió ella las espaldas.
-Creo que puedes recordarlo todo y tienes que decirme todo lo que te pregunte. ¿Me lo prometes?
Afortunadamente, no esperó la respuesta de Polly. Llamó a Leo y se levantó para marcharse. Ella, fiel a su promesa, intentó pagar la comida, pero Ruggiero insistió hasta que cedió y salieron del restaurante con el brazo de él sobre los hombros de ella.
—¿Le importa sujetarme, señora enfermera? —preguntó él con tono burlón.
-En absoluto —contestó ella con el mismo tono—. Ya me quitaré ese brazo cuando llegue el momento.
Una vez en el piso, él sacó los álbumes y los puso en la mesa que había entre ellos.
—¿Has pasado estos días mirándolos? —preguntó Polly con delicadeza.
—Una estupidez, ¿verdad? Apagué la radio y la televisión, no hice llamadas y me aislé todo lo posible del mundo para poder estar solo con ella. Pero... —suspiró.
-Ruggiero, ¿no te das cuenta de que yo podría decir cualquier cosa? ¿Cómo sabes qué creer?
—Porque confío en ti —contestó él.
—Pero, ¿cómo puedes saber que puedes confiar en mí?
—Sé que mi instinto me dice que eres una de las personas más honradas que he conocido. Confío en ti como confiaría en mi familia. Pondría la mano en el fuego por ti.
Era una responsabilidad abrumadora, pero si la eludía no podría ayudarlo y eso era lo único que importaba. Ruggiero no podía sospechar lo que sentía por él. Si lo sospechaba,

perdería confianza en ella y ya no serviría para nada. Se alegró de la «existencia» de Brian.
—Haré lo que pueda —dijo Polly—. Seguramente la conozca mejor que nadie porque viví con ella durante años. Esta foto... éstos son mis padres con los padres de Sapphire y las niñas somos nosotras. Fue una fiesta de cumpleaños conjunta. Ella tenía siete años y yo ocho. Mi madre murió dos semanas después en un accidente de coche. Mi padre no pudo soportarlo y ellos me acogieron. Iba a ser algo provisional, pero mi padre murió un par de años después y me quedé.
—¿De qué murió tu padre? —le preguntó Ruggiero.
—De neumonía.
—Creía que se podía curar...
—En general, sí, pero hay gente que todavía muere si es débil. Él llevaba un tiempo desvaneciéndose. Nunca superó la muerte de mi madre.
—Sigue —le pidió él después de un silencio.
—Fue una vida feliz. No había dinero, pero todos nos apreciábamos. Le gente decía que ella era la guapa y yo la inteligente. Ella no era estudiosa, pero sí era muy lista. Todos querían ser sus amigos y yo estaba muy orgullosa porque me elegía a mí —Polly dejó escapar una risotada—. Tardé en darme cuenta de que había dado con la clave para que le hiciera los deberes —Polly sonrió para disimular la tristeza—. Estaba halagada. Fui su esclava voluntaria, pero me lo compensó. Me habrían dejado al margen de la pandilla. Los niños no te aprecian por ser inteligente, pero ella hizo que me incluyeran.
—¿Qué edad teníais aquí? —él señaló una foto en la que llevaban unos vestidos de lentejuelas.
—Yo tenía dieciséis y ella quince. Íbamos así porque teníamos que cantar en una representación del colegio. Me acuerdo de que todos teníamos acné y ella ya era guapísima. ¡La odiábamos!
—¿Quieres decir, que las otras chicas se metían con ella?

-¡No me hagas reír! Nadie se metía con ella. Nos moríamos de rabia. Normalmente, no se enteraba, pero cuando se enteraba, le encantaba. Era una especie de pleitesía. Ya sabía el poder que tenía.
—Su poder —susurró él—: Sí, lo recuerdo.
—Le bastaba chasquear los dedos para que cayeran rendidos a sus pies. Era como si pudiera hechizarlos ... a las mujeres también. Ni siquiera podías odiarla cuando te quitaba los novios.
-¿En plural?
-¡Sí! Yo no los llevaba a casa porque sólo con verla se caían de espaldas. Hasta que me di cuenta de que iban conmigo con la esperanza de estar cerca de ella.
-¿No se lo reprochabas?
-Claro que no. Para ella era algo natural y, en cierto sentido, yo también lo disfrutaba. Era como una reina y sus allegados entraban en un círculo mágico.
Ruggiero pasó la página y se paró ante la foto de dos chicas y un chico con una mirada bastante rara. Él pasaba el brazo por los hombros de Polly, pero tenía los ojos clavados en Sapphire. Polly lo miraba con furia.
—¿Quién es?
-Era mi novio —contestó Polly con sorna—. La foto debió de tomarse justo en el momento en que empezó a tener dudas. Yo estaba locamente enamorada de él; al menos eso creía. Ella se limitó a sonreírle y se lo quedó.
—Probablemente no supiera lo que estaba haciendo —comentó Ruggiero.
Polly pensó que lo sabía perfectamente. Además, ni siquiera le interesaba, pero no podía soportar que hubiera un hombre que no cayera cautivado por su hechizo. Sin embargo, esa noche tenía una tregua con Sapphire.
—Seguramente tengas razón —replicó Polly—. Entonces me dolió muchísimo, pero creo que ella no se dio cuenta.
—Aun así, ¿la cuidaste cuando estuvo enferma?

—Soy enfermera. Aprendes a separar los sentimientos u opiniones de tu obligación.
—Debí habérmelo imaginado. ¿Qué pasó con ese hombre? ¿Lo recuperaste? ¿Es tu prometido de ahora?
—Polly se rió ligeramente—. ¿Para qué iba a quererlo?
-¿No pudiste perdonarlo?
—No se trataba de perdonarlo. No podía volver a tomarlo en serio.
—Creías que no podía interesarte alguien tan idiota...
-Bueno, creo que lo que entonces me pareció un amor sólo fue un encaprichamiento que desapareció en cuanto él se cayó del pedestal.
—Qué suerte que hayas encontrado a Brian. Un hombre de una pieza. Por cierto, ¿cómo lo conociste? ¿En el hospital?
—Sí.
—¿Fue un amor a primera vista?
—No, claro que no —contestó ella inmediatamente.
-¿Por qué lo dices así?
—No creo en el amor a primera vista. Es un mito sentimental.
-Es posible... —replicó él pensativamente—. O es posible que no.
La miró a los ojos y el ambiente se llenó de cosas que ella no pudo definir. ¿Todavía no sabía que era un mito? Él era el primero que debería haberlo aprendido. Sin embargo, sería una crueldad decírselo. Entonces, supo lo que haría. Si tenía que decirle una mentira piadosa para que fuera feliz, se la diría. No sería muy ético, pero lo más importante era que él consiguiera cierta paz interior.
—La cuestión era que ella atraía tanto amor que era fácil envidiarla sin darte cuenta de todo lo que le faltaba. Ella sabía que le faltaba algo, al menos empezó a sospecharlo, y creo que lo buscó. Quizá lo encontrara contigo. Eso espero.
-¿La hice feliz? —preguntó él con ansia—. ¿Te lo contó?
-Sí. Me dijo que eras distinto a los demás... más delicado.
En realidad, ella dijo: «Sinceramente, Polly, fue tan fácil que me pareció aburrido. Era un italiano de sangre ardiente. Creí que al

menos me daría algo a cambio de mi dinero, pero se derrumbó a mis pies como los demás».
—Más delicado... —susurró él—. Me alegro. Anhelaba la delicadeza.
—¿Por qué lo dices?
-En apariencia, lo tenía todo, pero juraría que nadie se dio cuenta de lo vulnerable que era y eso me atrajo casi tanto como su belleza.
«A los hombres les encanta pensar que la mujer es débil. Si quiebras un poco la voz, ellos se lo tragan. Hace que se sientan muy bien».
Polly le había preguntado si le parecía delicado engañarlos.
«¿Delicado? ¿Qué tiene de delicado el mundo? Mira lo que está pasándome. He perdido la belleza y estoy muriéndome. ¿Es eso delicado? Tienes que hacer cualquier cosa que sirva para algo».
-Has dicho que ella pudo encontrar en mí lo que estaba buscando —siguió Ruggiero al cabo de un rato—. ¿Alguna vez te dijo algo que te hiciera pensarlo?
—Ella mantenía algunos secretos —contestó Polly—. No sabía cómo decir algunas cosas. Sin embargo, cuando hablaba de ti, lo hacía con un tono de voz especial.
Era un tono de burla, pero él no tenía por qué saberlo.
-¿Hay más fotos del último año?
—No. Ella no lo permitió. Quería que se la recordara en su mejor momento. Esta es la última.
Se veía a Sapphire con su hijo en brazos. Tenían las mejillas juntas. Ella estaba más delgada por la enfermedad, pero todavía no estaba devastada y estaba tan guapa como siempre. Ruggiero la miró un buen rato.
-Es tarde —dijo Polly—. Tengo que irme.
—No te vayas —replicó él inmediatamente—. Tengo una habitación de invitados —Ruggiero sonrió levemente—. Me da miedo que no vuelvas...
—Volveré mañana si quieres.

-No, quédate. Quiero preguntarte muchas cosas. Además, no te preocupes, estás a salvo, no haré nada que pueda descargar la ira de Brian sobre mi cabeza.
Claro que no, pero porque no era la mujer adecuada. Estaba más a salvo de lo que quería estar. Polly llamó a la villa, habló con Hope y comprobó que Matti estaba acostado.
—No ha sido fácil —se quejó Hope—. Toni estaba jugando con él y eran como dos niños pequeños. Tuve que ponerme seria con los dos. Quédate y ocúpate del otro.
-No te preocupes, lo haré —contestó Polly entre risas.
Ruggiero le enseñó la habitación.
—Puedo dejarte una camisa si quieres ponerte algo para dormir.
—Gracias, pero tengo todo lo que necesito —Polly señaló la bolsa.
-Yo creía...
-Una buena enfermera siempre está preparada. ¿Quieres que prepare un té?
—Sí, enfermera.
Volvió al cabo de unos minutos con el té y un poco de jamón con melón. Mientras comían, ella le contó historias de su infancia con Sapphire. Así podía dar una imagen más amable de su prima, que todavía no era tan despiadada como lo llegaría a ser. Él se rió con algunas historias y escuchó las demás con atención.
-Ya está bien por hoy —dijo Polly a la una de la mañana.
-Perdóname por haberte tenido levantada hasta tan tarde y gracias.
Él apoyó por un instante una mano en el brazo de ella.
Polly se puso el pijama, apagó la luz y se sentó en la cama con las manos alrededor de las rodillas. Tenía una sensación de decepción que no podía explicar. Sapphire apareció en su cabeza con tanta claridad que casi pudo verla.
«¿Ya lo entiendes?» —le preguntó ella despectivamente—. «El sólo quiere la fantasía maravillosa y eso quiere decir que me ha elegido».

—Necesita un poco de tiempo. Acabará dándose cuenta de la verdad.
«¿Cómo? Nunca vas a decírsela. No quiere oírla. No tiene valor».
-Eso es verdad —concedió. Polly con tristeza.
«Entonces, he ganado».
—Me lo imagino...
Sapphire esbozó una sonrisa de satisfacción.
-¡Lárgate! —exclamó Polly con rabia.
Sapphire se esfumó y Polly se quedó oyendo los ruidos que llegaban del puerto hasta que se quedó dormida. La despertó una mano que la sacudía suavemente pero con firmeza. Vio a Ruggiero que la miraba fijamente entre la penumbra.
—Polly, despierta, por favor.
Ella se incorporó y se frotó los ojos.
—Voy a decírselo a Brian —le amenazó ella con un bostezo.
-No hace falta. No he venido por eso.
Era la ocasión de su vida. Un hombre irresistible aparecía en su dormitorio y se sentaba en su cama. ¿Llevaba ella un camisón de lo más sexy? No. Llevaba un pijama insulso y abotonado hasta el cuello. Ella comprobó que, efectivamente, el último botón estaba abrochado. Nunca tenía suerte.
-No te preocupes, estás muy decente —la tranquilizó él, que interpretó mal el gesto.
-No estoy preocupada. ¿Qué ha pasado?
—Digamos que por fin me he dado cuenta —contestó él con sequedad.
—¿Qué quieres decir... exactamente?
—¿No esperabas que me olvidara de la maldita fantasía y fuera realista?
Él encendió la lámpara de la mesilla de noche y le enseñó el álbum.
—Mira —le pidió él.
Era la foto de un novio y una novia en la puerta de una iglesia. El fotógrafo había sabido captar los detalles menos atractivos del novio; entre otros, que era unos treinta años mayor que ella

y que estaba bastante gordo. Incluso eso podría haber tenido poca importancia. Muchos hombres poco atractivos habían ganado el corazón de una mujer con amor y delicadeza. Sin embargo, los mofletes de George Ranley sólo mostraban la sebosa satisfacción de un hombre egoísta, codicioso, exigente, receloso y desagradable de pies a cabeza.
—Mírala —Ruggiero señaló la mirada de arrobo de la novia—. ¿Has visto alguna vez tanto amor en la cara de una mujer?
—No... —contestó Polly con cautela.
—¿Por eso? —Ruggiero señaló despectivamente al novio—. Ese hombre es un cerdo, pero ella lo mira como si fuera un dios.
—Bueno, era su boda... Una novia siempre... —Polly se quedó callada.
—Fue una representación. Me pregunto qué estaría pensando en realidad.
—Ruggiero...
—Como me pregunto qué estaría pensando cuando me miraba a mí de esa forma.
Polly se quedó en silencio. No había nada que decir.
—Me miraba así —siguió Ruggiero con desolación—. Era la mirada de una mujer entregada a un hombre. Él se lo creía cuando ella sólo pensaba que ya tenía al incauto en la red.
Polly sintió una punzada en el corazón. Había querido que él se diera cuenta de la verdad, pero en ese momento no podía soportar el daño que iba a causarle.
—Espero que él tuviera mucho dinero —dijo Ruggiero casi inexpresivamente.
—Era multimillonario.
—¿Las joyas que lleva en la cabeza eran auténticas?
—Naturalmente. George las recuperó de su tercera mujer.
—¿Tercera?
—Sapphire fue la cuarta.
-Sigue. Cuéntamelo todo y no lo suavices.
-El quería un hijo con toda su alma y ninguna de sus mujeres se había quedado embarazada. Era incapaz de reconocer que él podría tener algún problema y se divorciaba de ellas por

inútiles. Sapphire, Freda, no quería que la repudiara y cuando él tuvo que marcharse durante un par de semanas, fue a Londres para encontrar a alguien que le diera un hijo que ella pudiera atribuírselo a él.
-¿Recorrió los bares para encontrar el mejor candidato? —preguntó él con amargura—. Yo estaba allí por casualidad. ¿Por qué me eligió?
—Tienes el mismo color de pelo que tenía George antes de quedarse calvo. Además, te irías de Inglaterra enseguida.
Ruggiero hizo un gesto de dolor.
-Nunca sintió nada por mí, ¿verdad? Sé sincera, Polly.
—Creo que no.
-Sólo fui útil para ella. Todo ese misterio que me pareció tan romántico sólo fue una forma de cerciorase de que no la seguiría y lo estropearía todo.
-Eso me temo.
Ruggiero empezó a reírse de una forma compulsiva y amarga. Se tumbó en la cama sin dejar de reírse hasta que Polly se preocupó.
—¿Qué te hace tanta gracia? —se inclinó sobre él y lo agarró de los hombros.
—Yo —farfulló él—. Soy el idiota más gracioso que ha recorrido las calles en busca de algo que no existía —él también la agarró y la miró a la cara—. Cuando desapareció, la busqué por todos lados. Fui a todos los hoteles de los alrededores. Di su descripción un millar de veces, pero nadie la reconoció. Ni me afeité ni me cuidé. Al final de la semana debía de tener un aspecto lamentable. No comí porque para comer tendría que haber parado y no podía soportarlo. A veces, no volvía al hotel por la noche. Me di por vencido, me emborraché completamente y acabé en un calabozo.
A la mañana siguiente me echaron a la calle y me dijeron que dejara de molestar a la gente decente. Entonces, me vine a casa. Pero la cosa no acabó ahí. Seguí buscándola en sueños, creía que la encontraría a la vuelta de la esquina, pero no estaba allí. Por fin, me di cuenta de que no estaba en

ningún lado y el sueño cesó. Lo raro es que ha vuelto desde que me enteré de que está muerta. Hay veces que me da miedo dormirme y volver a buscarla por todas las esquinas sin encontrarla —se sentó lentamente sin soltar a Polly—. Creo que en el fondo supe la verdad desde el principio, pero no quise afrontarla. Ya lo he hecho y debería estar contento. Si fue así, no tengo por qué lamentar nada.

Nada excepto el fin de un ideal. Ninguno de los dos lo dijo en voz alta, pero se quedó flotando en el aire.

—No lo entiendo —dijo Polly al cabo de un rato—. Llevas días mirando estas fotos, ¿por qué te ha pasado esto ahora?

—No lo sé. Como tú dices, podría haber visto la verdad en su cara en cualquier momento. Escondí la cabeza y me aferré a lo que quería creer; lo que fuera con tal de eludir la realidad.

—¿Cuál crees que es la realidad? —preguntó ella con cautela.

—Que soy un necio que fui víctima de una mujer inteligente porque estaba tan absorto que no me di cuenta de nada. Ella se comportó como si llevara toda la vida esperándome; como si fuera el único amante que podía satisfacerla y el único hombre que podía conseguir que mereciera la pena vivir. Yo, naturalmente, me lo creí. Estaba completamente predispuesto. Debió notármelo desde lejos.

El tono de su voz estaba cargado de desprecio y burla hacia sí mismo. Polly no podía aguantarlo. Lo abrazó con fuerza. Él se agarró a su espalda como si ella fuera su única salvación. No fue el abrazo de un amante y ni siquiera se dio cuenta de que estaba muy poco vestida, pero escondió la cara en el cuerpo de Polly y ella notó que estaba temblando.

Ella, en un arrebato de ternura, empezó a acariciarle la cabeza. Supo que no era muy prudente, pero la prudencia le pareció una aberración ante lo necesitado que estaba él. Si tuviera que pagar por ese momento durante el resto de su vida, lo haría con mucho gusto. Ruggiero no se apartó y eso la animó para apoyar la mejilla contra su cabeza y acariciarle el cuerpo con indecisión. Se quedó quieta y esperó su reacción con el corazón desbocado. Si él alargara una

mano... Él no se movió. Estaba apoyado contra ella con la cabeza en su hombro con una actitud de satisfacción. Ella giró la cabeza y lo besó en el pelo. Él no reaccionó y fue como si algo se replegara dentro de ella.
—No... —susurró ella.
-¿Qué quieres decir?
—No seas tan estricto contigo mismo.
—Mejor que lo sea. He sido permisivo conmigo mismo durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de ver las cosas con claridad. ¡Qué cobarde he sido!
-No eres un cobarde. Necesitabas tiempo. Ella te tenía atrapado. La fantasía estaba envenenándote, pero ya eres libre.
-¿Libre? —repitió él como si quisiera entenderlo—. Libre.
Sonó a hueco, como si hubiera retumbado en un corazón desolado. Se apartó un poco y la miró un instante.
—Te necesitaba —le dijo a Polly—. Gracias.
Ella pensó con tristeza que, en realidad, no se había dado cuenta de que estaba allí.

CAPÍTULO 8
CUANDO se fue Ruggiero, Polly dormitó a ratos, pero no consiguió dormir profundamente. Aun así, Sapphire no consiguió abrirse paso dentro de ella. Lo intentó, pero no lo consiguió. Cuando Polly se despertó a la mañana siguiente, se preguntó si habría soñado lo que había pasado la noche anterior.
Había sido sólo un apretón de manos, pero la había dejado como si conociera ardientemente cada detalle de él. Todo lo que había intentado no pensar, el contacto duro de su cuerpo y su calidez, todo lo que una buena enfermera debería pasar por alto, todo eso le volvió con nitidez. Intentó convencerse de que no iba a permitir que pasara, pero ya había pasado. Era demasiado tarde para engañarse con eso. La noche anterior había cedido a la debilidad y había permitido que la ternura diera paso brevemente a la pasión. Si hubiera reaccionado, ella habría hecho todo lo posible para que la deseara, para

hacer el amor con él. Sin embargo, él no reaccionó. Ni siquiera se dio cuenta del cambio de ella. Intentó alegrarse pero, en contra de su voluntad, el cuerpo estaba reaccionando a los recuerdos, cada vez estaba más ardiente y la piel se le estremecía con deseo.

Sin embargo, el deseo no era sólo físico. Él corazón de Ruggiero anhelaba la ayuda que sólo ella podía brindarle y ella era fuerte y auxiliaba a los vulnerables. Si lo hubiera conocido en otro momento, cuando llevaba bien puesta la máscara de macho dominante, ella quizá no hubiera visto más allá y no la habría atraído. El siempre sería como lo vio la primera vez: aturdido, consternado, superado por unos acontecimientos que no podía dominar. Además, si Sapphire se había esfumado de verdad, ¿no habría quedado un sitio vacío?

«¡Desengáñate!», se riñó a sí misma. «Esto no te ha convertido en guapa. Olvídate».

Sin embargo, esa voz interior no era convincente.

Encontró a Ruggiero en la cocina.

—Ven a desayunar —la invitó él con tono alegre.

—Me parece una buena idea —replicó ella con el mismo tono—. ¿Puedo ayudar?

—No. Siéntate a la mesa. Yo te serviré.

Ruggiero la observó mientras se dirigía hacia la mesa y miraba el bullicioso puerto por la ventana. Buscó alguna señal, pero no encontró nada ni en su voz ni en su actitud. Se lo había imaginado. Había estado en sus brazos, asombrado por la sensación de paz y felicidad que ella le había transmitido. Sin embargo, ¿qué más le había transmitido? ¿Se había imaginado cómo lo había acariciado y le había besado en el pelo? Últimamente había tenido tantas alucinaciones que temía que ésa fuera otra más. Se quedó quieto como si esperara que ella hiciera o dijera algo que se lo aclarara. Polly sólo le había dicho que no fuera estricto consigo mismo. Unas palabras amables, pero las palabras de una amiga, no de una amante. El se recompuso y se tragó algo parecido a la decepción.

—¿Qué tal estás después de una noche tan agitada? —preguntó él desde el extremo opuesto de la mesa.
—Un poco desorientada.
—Es culpa mía. Te he hecho pasar un mal rato, pero se acabó. Ya está todo resuelto, ¿no?
-Eso creo.
Ella contestó con cautela y él sonrió antes de hablar con tono firme y seguro.
-No te preocupes. He puesto las cosas en su sitio, no sé por qué he tardado tanto.
Polly empezó a sentir cierto desasosiego. Había deseado que viera las cosas claras, pero aun así...
-Ya está, Polly —insistió él al interpretar mal su aspecto preocupado—. Ya ha terminado. Ha desaparecido. Al fin y al cabo, nunca existió realmente, ¿no?
Ella quiso replicar que había existido en su corazón, pero no le salían las palabras. Tendría que estar contenta porque se había recuperado, pero sentía una desdicha irracional.
—Freda existió, pero Sapphire no —consiguió afirmar Polly.
-Fue una invención, un papel que ella representó. Pero cuando cayó el telón, la protagonista desapareció y sólo quedó un idiota en el escenario que no se había dado cuenta de que la obra había terminado.
-No te insultes —replicó ella tajantemente.
-Tienes razón, es muy aburrido.
—No quería...
—¿He puesto muy a prueba tu paciencia?
-Tenías algo precioso y yo estaba arrebatándotelo —Polly sacudió la cabeza—. No te reprocho que quisieras aferrarte a eso.
—Paro no tenía nada de precioso —Ruggiero se encogió de hombros—. Fue fraudulento e indigno y me debilitó. No permitiré que vuelva a pasar.
Ella se inquietó por el énfasis que puso en la última frase.

-Cierta debilidad no tiene nada de malo si implica necesitar a la gente. Intentar ser autosuficiente todo el tiempo sólo da problemas —insistió ella.
—Me dijiste algo parecido la primera vez que nos vimos —recordó él—. Siempre tuviste una opinión bastante mala de mí y tenías razón. Por fin pude verme desde fuera. ¡Qué horror! ¡ Qué visión! No volverá a ocurrir. Tengo que aprender una tarea y voy a conseguirlo con tu ayuda.
-¿Una tarea?
-Tengo que aprender a ser un padre para mi hijo.
Tendría que haber saltado de alegría, pero estaba atónita por su actitud eficiente e impasible, como si estuviera repasando lo que tenía que hacer. Su amor, que había sido tan grato para él, acabó siendo un fraude que tuvo que desechar junto a esa parte de sí capaz de tener ese sentimiento. La relación con sú hijo había pasado a ser el siguiente cometido de la lista. Polly se estremeció.
—Lo mejor será que empiece con unos juguetes, ¿no? —preguntó él—. ¿Qué le gusta?
—Cosas estrujables. No sé qué se vende en las tiendas italianas.
—Perfecto, iremos de compras. Tendremos que tomar un taxi. Desgraciadamente, mi coche está en la villa.
—Da igual, porque no te habría dejado conducir.
—¿No me habrías dejado...?
—No. Y borra esa expresión de perplejidad porque no me impresiona. Estás en manos de una auténtica gobernanta.
—Ya me había dado cuenta. Muy bien, iremos en taxi.
Fueron a una tienda de juguetes enorme y la recorrieron de arriba abajo. Era un día soleado, el sol estaba en lo más alto y él estaba encantador. ¿Estaría preocupándose por nada?
—¿Por qué me miras así? —le preguntó él—. A ver si lo adivino. Es la primera vez que no te miro con el ceño fruncido.
—Me da igual tu ceño fruncido. Es la primera vez que te veo contento.

Ruggiero sonrió, rodeó los hombros de Polly con el brazo y se movió con cuidado porque seguía dolorido.
—Vamos a gastar algo de dinero.
No era lo que quería de él, pero era un primer paso. Además, gastar dinero fue tan divertido como siempre había oído que era. Los juguetes eran deslumbrantes y los estantes estaba llenos de osos de peluche. Polly suspiró con anhelo.
—Están tan bien hechos que casi parece un delito dárselos a un niño que los arrastrará por el suelo.
Ella eligió un oso de pelo dorado, de casi medio metro de alto y con unos ojos muy grandes y tristes. Ruggiero se concentró en la tarea de explicarle lo que necesitaba a una dependienta. Ella no entendió las palabras, pero captó que lo hacía todo muy metódicamente, que daba todo tipo de detalles, como si estuviera pidiendo piezas de recambio para la fábrica. Pero lo hacía lo mejor que podía y ella lo reconoció.
Cuando comprobó todo lo que había reunido, lo miró asombrada.
—Son para desarrollar la coordinación psicomotriz —le explicó Ruggiero—. Éste puede arrastrarlo, pero también tiene que meter las figuras en sus agujeros correspondientes. En éste, si aprietas los botones con imágenes de animales, hace ruidos.
—¿Qué ruidos?
—Los de los animales. Mugidos y balidos. Ruggiero apretó el botón de la vaca y sonó un mugido.
—Voy a intentarlo.
Polly apretó el botón de una oveja y un caballo relinchó.
—No está bien —dijo ella—. Tendría que haber sido una oveja.
Ruggiero apretó el botón del caballo y se oyó un pato. Una dependienta apareció con gesto de espanto.
—¡Houston, tenemos un problema! —exclamó Polly. Fue una conmoción. Los dependientes empezaron a sacar juguetes y a apretar los botones, pero los sonidos no coincidían. La tienda

parecía una granja. Llamaron al director. Él también apretó los botones y recibió la misma respuesta.
—Es un lote nuevo —intentó explicar—. Parece que está defectuoso.
—¿Tiene algo parecido? —le preguntó Polly.
Afortunadamente, habían recibido otro juguete con animales salvajes que funcionaba bien. Los leones rugían y los elefantes barritaban.
—Nos lo llevaremos —dijo Ruggiero con alivio—. Y estos también —señaló los otros juguetes que había reunido.
—¿No crees que algunos son demasiado complicados para un niño tan pequeño?
—A lo mejor no. A lo mejor es más listo de lo que pensamos.
—Naturalmente. Con este padre sólo puede ser un genio —bromeó Polly.
El sonrió e intentó sacar todos los juguetes de la tienda, pero todavía no tenía ni las costillas ni el hombro preparados.
—Llamaremos a un taxi —propuso Polly.
—Bobadas. Se me pasará dentro de un minuto. Tomaremos uno en la calle.
Polly no se molestó en discutir. Se volvió hacia un dependiente e intentó pedirle que llamara a un taxi. Después de algunas complicaciones, él lo entendió.
—¿Por qué no me has ayudado? —le preguntó a Ruggiero.
—Porque me ha parecido muy divertido verte —contestó él con tono provocador—. Tienes que darme algunos placeres inocentes.
—Acabo de acordarme de que se me olvidó traer tus pastillas —comentó ella.
La mirada de espanto de Ruggiero también fue muy gratificante. El no iba a ser el único en darse algunos placeres inocentes.
Cuando el taxi llegó a la villa, Hope salió corriendo a recibirlos. Estaba deseando verlos, pero todavía tenía más ganas de contarles la noticia.
-¡Carlo y Della han venido! —exclamó con emoción—. Della estaba un poco cansada y han vuelto antes a casa.

Polly reconoció a Carlo por la foto del periódico. Era un hombre grande con modales delicados que le encantó. Estrechó la mano de Polly con afecto.
—Quería conocerte desde que me enteré de lo que hiciste por éste —señaló a su gemelo con la cabeza—. Aunque no sé por qué alguien iba a tomarse la molestia de salvar su desdichada vida...
—Que te zurzan —replicó Ruggiero con cariño.
—No salvé su vida —se apresuró a aclarar Polly.
-He oído que saltaste a la pista y lo salvaste. En cualquier caso, te lo agradezco. Me he acostumbrado a él y tiene su utilidad.
Ruggiero sonrió y Carlo acercó a su mujer con un brazo rodeándole protectoramente los hombros. Era una mujer elegante y con un cuerpo tan liviano que parecía que iba a desvanecerse entre los brazos de él. Era evidente que era algunos años mayor que su marido y su cara transmitía cierta debilidad, pero tenía unos ojos resplandecientes y vivarachos y abrazó a Polly con sinceridad.
—En cuanto me enteré de que Matti y tú estabais aquí, hice que Carlo me trajera a casa. No es normal que tengamos estas emociones.
-Cuidado, cariño.
—Estoy bien, deja de incordiar —replicó ella con tono de fastidio pero con una sonrisa en la boca.
Era un placer ver a esa pareja de enamorados. Estaban muy unidos y las atenciones de Carlo hacia su mujer le daban una especie de felicidad serena que a Polly le pareció conmovedora. Miró a Ruggiero y comprobó que él también tenía los ojos clavados en ellos y que tenía un gesto de tristeza que contrastaba con la alegría de antes. Como si le hubiera leído el pensamiento, comprendió que le parecía que a él podría haberle pasado lo mismo si Sapphire hubiera acudido a él cuando estaba enferma. Sin embargo, ella esperó a estar muerta para decírselo y que él no la molestara. Dicho así era despiadado, pero era la verdad y le dolió lo que significaba para él. Entonces, él también la miró y sonrió.

-Son una pareja fantástica —dijo Ruggiero—. Te caerán bien.
Sin embargo, también podía leerle el pensamiento y siguió.
—No pasa nada. Ya te lo he dicho, forma parte del pasado. ¿Dónde está Matti?
Su hijo estaba en brazos de Toni y lo señalaba mientras lo llamaba «papá». Toni se acercó a Ruggiero mirando atentamente a su hijo, que miraba con cautela a su propio hijo. Matti miró a los dos con aplomo. Hasta que se dio la vuelta, abrazó el cuello de su abuelo y cerró los ojos.
—Ya sé cuál es mi posición —comentó Ruggiero con tono burlón—. Le aburro a mi hijo.
—Inténtalo con un juguete —le propuso Polly mientras acercaba un oso de peluche a Matti hasta que abrió los ojos—. Toma.
Le dio el oso y él lo tiró al suelo.
—Ten cuidado, es precioso —Polly recogió el oso y volvió a dárselo.
El volvió a tirarlo.

—A ver si tengo más suerte —dijo Ruggiero mientras se volvía hacia la bolsa con los juguetes.
Toni dejó a Matti en el suelo y lo observó mientras le daban un juguete tras otro. El eligió inmediatamente un carricoche y Ruggiero miró a Polly con un gesto triunfal. Matti dio unos pasos vacilantes con el juguete hasta que volvió a sentarse y dejó escapar un grito de fastidio, pero se levantó inmediatamente otra vez y dio otros cinco pasos indecisos antes de sentarse. Todo el mundo aplaudió.
—¡Un milagro! —exclamó Toni—. ¡ Qué niño! Entonces, se oyó otro grito de alegría.
-¡Mirad quiénes han venido!
Acto seguido, Luke y Minnie entraron en la habitación y Hope corrió hacia ellos con los brazos abiertos.
-¡Lo habéis conseguido!
—Sólo hay ciento cincuenta kilómetros a Roma —replicó Luke—. Una nimiedad para un conductor tan diestro.

-¿Crees que eres un conductor diestro? —le provocó su madre.
—No, ella lo es —Luke señaló a su mujer—. Es mejor conductora que yo y será la primera en decírtelo.
Luego llegaron Pietro y Olympia deseosos de unirse al corro de admiradores de Matti. Polly recogió sus cosas para subir a su habitación, pero Hope la detuvo.
—Ponte algo de la ropa nueva. No te la has puesto desde que te la compré.
—Es que es muy buena —se defendió Polly— y he estado trabajando.
-Claro, los vaqueros y el jersey están muy bien para eso, pero esto es distinto. Por favor, ponte alguno de los vestidos que te compré; el verde, creo...
Polly fue corriendo a ponerse el vestido. Tuvo que reconocer que le sentaba muy bien. Hope tenía un ojo infalible para los colores y la moda. La seda verde era elegante y sencilla y encajaba muy bien con la delicadeza de Polly.
Se alegró cuando volvió y comprobó que estaba a la altura de los boyantes y bien vestidos Rinucci. Aun así, prefirió quedarse en un segundo plano para vigilar a Matti, que era el centro de atención y tenía encandilado a todo el mundo, sobre todo a Carlo y Della, que no lo habían conocido. Empezó a sentirse dominada por una sensación muy agradable. Era la familia que siempre había soñado. Con ellos, nunca podía haber la soledad que había en su vida. Matti sería feliz y estaría a salvo.
Todos se sentaron a la enorme mesa para cenar y sintió que el círculo mágico también la acogía a ella. Ruggiero la miró a los ojos desde el otro extremo de la mesa, sonrió y empezó a contar la historia de la juguetería.
Cuando hizo falta, ella también hizo el sonido de animales entre las risas de todo el mundo. Se intercambiaron algunas bromas y Ruggiero le recordó que lo había amenazado con noquearlo y toda la familia estalló con una ovación. Hope la agarró de la mano.

—Eso lo deja claro. Tienes que casarte con él y meterlo en vereda.
Quizá Polly hubiera bebido demasiado vino porque se rió y contestó con un tono provocador:
—No sé si me apetece tener un hombre al que haya que meter en vereda. Podría ser aburrido.
—A lo mejor no lo es tanto —susurró Ruggiero por encima del borde de su copa—. Imagínate la de peleas que tendríamos.
—Sin tregua —reconoció ella—. Tú te jugarías el pellejo con cualquier disparate y yo intentaría evitarlo; tú me dirías que dejara de fastidiarte...
—Y tú me darías una paliza...
—Es muy tentador.
Todo el mundo se rió otra vez y la broma se terminó, pero algo había cambiado. Fuera por casualidad o no, Hope había hablado de matrimonio entre ellos y la palabra se grabó en la cabeza de todos. Como, quizá, había pretendido.
Cuando terminaron de cenar, Polly miró el reloj. Era la hora de acostarse para Matti, pero nadie quería que se fuera y ella lo consintió. Estaba entusiasmado con los juguetes y resolvía los más difíciles con una destreza que hacía que Ruggiero sonriera con aire triunfal, como si él hubiera alcanzado un éxito personal, algo que, en cierto sentido, era verdad. Matti se desenvolvía perfectamente con las formas e iba metiéndolas en los agujeros adecuados entre los aplausos de todos. Ruggiero parecía encantado consigo mismo y con el niño.
Polly pensó que lo había conseguido. Le había parecido muy difícil, pero había encontrado la manera de conectar con su hijo. O quizá la hubiera encontrado Matti. El secreto era que su padre se encontrara orgulloso de él y lo había conseguido. Los demás lo adoraban. Ya no la necesitaba y pronto tendría que irse.
Sintió una punzada de tristeza y no sólo por tener que dejar a Ruggiero. También quería a Matti, pero él le había dejado muy

claro que no la necesitaba. Quizá hubiera heredado esa dureza de su madre.
Se sintió triste y no estaba preparada para lo que pasó. Matti estaba jugando con el carricoche. Lo llevaba de un lado a otro cuando volcó. Lo agarró e intentó levantarlo, pero no pudo. Dejó escapar un lamento.
—No te preocupes —intervino Ruggiero—. Yo lo haré.
Pareció como si Matti no lo hubiera oído. Era como si su mundo se hubiera desmoronado. El lamento se convirtió en un aullido cada vez más fuerte e interminable.
—Está agotado —explicó Polly—. Nunca se queda hasta tan tarde.
—¿Intento acostarlo? —preguntó Ruggiero.
Su padre intentó agarrarlo, pero Matti lo rechazó.
-¡Mamá! —gritó el niño—. ¡Mamá!
-Te busca a ti —le dijo Ruggiero.
—No —replicó Polly con tono abatido—. No soy su madre. Lo era Freda y la llama a ella.
Polly se arrodilló para tomarlo en brazos, pero él se defendió y empezó a agitar los brazos y a gritar con más fuerza.
-¡MAMÁ!
—¿No sirve de nada que te conozca? —preguntó Ruggiero con desesperación—. También tiene que estar unido a ti...
—Sí, pero quiere a su madre y a nadie más. Matti se había tumbado y aporreaba el suelo.
—¡Mamá! ¡MAMÁ!
Polly lo levantó, fue al sofá y lo sentó en su regazo. El niño se dejó caer contra ella entre sollozos de impotencia. Polly lo acunó impresionada por ese desmoronamiento y asustada por lo que sentía muy dentro de ella. El dolor de Matti la había alcanzado muy profundamente y había despertado el que ella sentía. Se quebró y también empezó a sollozar. Intentó dominarse, pero las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.
—Lo siento, cariño. Sé que no soy quien quieres. Lo sé... Lo sé...
-Mamá... —susurró él con la cabeza contra el pecho de ella.

-Ojalá hubiera podido mantenerla viva para ti. Hice lo que pude... lo intenté...
Polly agachó la cabeza hasta apoyarla en el pelo del niño con una angustia que la desbordaba. No se acordó de la egocéntrica que utilizaba su belleza sin escrúpulos. Vio a Freda como había sido durante los últimos meses; cuando había perdido esa belleza, cuando la vida se le escapaba, cuando tenía los ojos
rebosantes de miedo...
La familia se miró con espanto y las mujeres, empezaron a acercarse para consolarla. Sin embargo, Ruggiero las detuvo y fue él quien se arrodilló delante de Polly y la agarró del brazo. No dijo nada, pero se quedó así mientras ella intentaba, en vano, dominar la intensidad de sus sentimientos.
—Polly... Mírame —le pidió él con delicadeza. Ella sacudió la cabeza. No quería que nadie le viera la cara.
—De acuerdo, pero vamos a acostarlo.
Ella asintió con la cabeza.
—Vamos.
Los demás se apartaron mientras ella se levantó con Matti en brazos y salieron de la habitación acompañados por Ruggiero. Hope le hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Cuando llegaron al cuarto de ella, Ruggiero le abrió la puerta para que entrara.
—Estoy bien —aseguró Polly con la voz entrecortada mientras se sentaba en la cama.
Él le limpió la cara con un pañuelo de papel y Polly se recompuso.
—Sigues llorando —dijo él.
—No... —replicó ella con un arrebato de sollozos.
Ruggiero no dijo nada. Se sentó a su lado, rodeó a la mujer y al niño con un brazo y se quedó escuchando el coro de gemidos.

CAPÍTULO 9

AL CABO de un rato, los hombros de Polly dejaron de temblar y consiguió calmarse.

—Ya estoy bien.
Él no lo creyó. Estaba fingiendo porque se negaba a pensar en sí misma. Ruggiero se preguntó cuándo pensaría en sí misma.
-Vamos a acostarlo —propuso él.
Polly miró a Matti, que seguía gimiendo entre sus brazos aunque estaba más tranquilo.
-Vamos, cariño.
-¿Dónde guardas sus pijamas? —le preguntó Ruggiero.
—En ese cajón.
El sacó algo de ropa, se la dio y se quedó mirándola mientras cambiaba a Matti.
-¿Por qué no me ayudas a vestirlo? —preguntó ella.
-No quiere a un desconocido. Se aferra a ti. Él apartó las sábanas de la cuna y Polly lo acostó. Se quedó dormido casi al instante.
—Ahora es tan bueno como un ángel —musitó Ruggiero.
-Siempre es bueno como un ángel —replicó ella inmediatamente—. No fue una explosión de ira. Estaba desconcertado y abatido porque añora a su madre. Gritó como un loco porque es lo único que los niños tan pequeños saben hacer.
—No sólo los niños pequeños —comentó Ruggiero—. ¿Acaso yo no he estado gritando como un loco? Ya te lo dije, en estos momentos, no me gusta la visión de mí mismo —acarició la manita que asomaba entre las sábanas—. Quizá podamos ayudarnos el uno al otro. Al fin y al cabo, parece que hablamos el mismo lenguaje.
—Tendría que haberlo previsto —se lamentó Polly—. Le han pasado tantas cosas...
—¿Y a ti? —le preguntó Ruggiero mirándola fijamente.
—Estoy bien —insistió Polly aunque volvía a tener los ojos empañados de lágrimas—. No sé por qué... pero... de repente...
—Tenía que pasar. Fuiste demasiado fuerte durante demasiado tiempo, pero nadie puede ser tan fuerte siempre.
—Soy enfermera. Me dedico a ser fuerte.
—Hasta las enfermeras son humanas.

—Estoy acostumbrada a ocuparme de personas enfermas —susurró ella—. Pero cuando es alguien tan cercano a ti... durante tantos meses... Quise ayudarla, pero estaba fuera de mi alcance. Intenté aliviarla un poco, pero nunca sirvió realmente de nada. No pude...

Polly empezó a ir de un lado a otro mientras gemía y sin saber a dónde iba. Hasta que se encontró de cara a la pared. Apoyó la cabeza incapaz de hacer otra cosa. El se puso detrás, la abrazó con suavidad y la giró para que lo mirara.

—Deja que salga todo. No te resistas.

Polly hizo un gesto ambiguo, como si fuera a apartarse, pero él la apretó con más fuerza y ella dejó caer la cabeza sobre el hombro de él. Dio rienda suelta a un dolor que no sabía que sentía. Ruggiero la llevó a la cama y se sentaron uno al lado del otro. Parecía como si a ella no le quedaran fuerzas, ni esperanza, como si sólo le quedara la desdicha que la había consumido sin avisar. Sollozó con fuerza, sin intentar contenerse. El apoyó la mejilla en el pelo de ella, pero no hizo nada más hasta que se sosegó.

—Quiero que me lo cuentes todo —le pidió él con delicadeza.

—Ya te lo he contado. Hemos hablado mucho de. ella.

—No, hemos hablado de Sapphire y de mí —replicó él—. Cómo era y lo que me hizo, pero no me has contado cómo te afectó a ti.

—Eso da igual —contestó ella con rabia.

—¿De verdad crees que tu sufrimiento da igual? ¿Crees que tú das igual? A mí no me lo parece. Tienes que contárselo a alguien o te volverás loca. ¿A quién ibas a contárselo sino a mí?

Ella dejó escapar un sonido incoherente.

—Es recíproco —insistió él—. Los dos sabemos algo que no sabe nadie más y no puede pasarse por alto. No sigas mirando hacia otro lado. Dime qué pasó al final. ¿Cómo sucedió? ¿De dónde sacaste las fuerzas para sobrellevarlo? No intentes darme largas con la historia de que eres enfermera. No es una excusa ni una respuesta.

Ella se quedó asombrada por su perspicacia, pero algo la mantuvo en silencio. Pisaba un terreno desconocido y tenía que tantearlo con cuidado, casi con miedo. Sin embargo, la mirada de él era afable, como si comprendiera todo lo que le pasaba por la cabeza.

-Adelante —la animó Ruggiero.

Polly tomó aliento.

-Ella vivía en Yorkshire, en la que George llamaba grandilocuentemente «la mansión Ranley», y yo vivía al sur de Londres, cerca del hospital donde trabajaba. Una noche se presentó en la puerta de mi casa con Matti en brazos. George la había echado de casa y yo era su único familiar. Esa noche sólo me contó que Matti no era hijo de George. Lo demás me lo contó más tarde. Al principio, éramos bastante felices. Era buena cocinera y yo comía como no había comido nunca. Entonces, me dijo que estaba un poco preocupada por un síntoma. Supe la verdad al instante. La llevé inmediatamente al médico, pero había dejado pasar demasiado tiempo. Le explicamos que necesitaba un tratamiento, pero no la gravedad de la enfermedad. No habría soportado saber lo peor en ese momento. El hospital hizo todo lo que pudo, pero era demasiado tarde. Ella no perdió la esperanza. Siempre decía: «Estoy mejor, Polly, lo noto». Lo peor de todo...

Polly se calló porque era un recuerdo espantoso. No podía afrontarlo. Sólo podía huir aterrada.

—¿Qué fue lo peor de todo?

—No... da igual...

—No da igual —replicó él con suavidad—. Cuéntamelo.

—Por favor, no insistas —ella sollozó.

—Polly, tienes que superarlo o te corroerá y te envenenará.

—No puedo...

-Sí puedes. Yo te protejo —la besó en la cabeza despeinada—. Cuéntamelo.

-Confió tanto en mí porque era enfermera. Me decía: «Estoy en buenas manos, ¿verdad? Eres enfermera y no dejarás que me muera». Hacia que yo se lo repitiera una y otra vez porque, si

yo lo decía, ella sabía que era verdad. Yo no sabía qué hacer...
—Pero se lo dijiste, ¿no? Dijiste lo que ella quería oír.
—Tuve que hacerlo —contestó ella con vehemencia—. No me importaba que fuera verdad o no. Sólo quería darle un poco de alivio y mentí y mentí y mentí.
—Naturalmente. No podías hacer otra cosa. ¿Te creyó?
—Un tiempo, pero al final lo supo y pude comprobar que el miedo se adueñaba de su mirada. Por la noche sollozaba en mis brazos. Durante el día esbozaba la mejor de sus sonrisas y jugaba con Matti. Fue una buena madre. Lo que más le gustaba era estar con él y jugar con él. Cuando estuvo demasiado débil para jugar, le hablaba. Por eso él empezó a hablar tan pronto.
Polly retrocedió un poco.
—Te he contado lo peor, pero también deberías saber lo mejor. Era una madre magnífica y Matti siempre sabrá que su madre prefería estar con él a cualquier otra cosa en el mundo. Por eso es tan espantosa su muerte para él. Sabe que ha perdido lo más maravilloso que ha tenido. Deberías entenderlo porque tú también lo has sentido.
-Ya no.
-Pero para él es verdad y siempre lo será.
—¿Qué pasó al final? —preguntó Ruggiero.
-Tuvo que ingresar en el hospital durante las tres últimas semanas. Yo llevaba a Matti y pasábamos allí todo el tiempo que podíamos. Cuando murió, la llevé a Yorkshire para enterrarla con sus padres.
—¿Entonces fue cuando viniste?
—No inmediatamente. Matti y yo volvimos a casa y pasamos encerrados un par de semanas. Durante ese tiempo leí la carta que me dio una vaga idea de dónde encontrarte —Polly se estremeció—. Creí que lo tenía todo encauzado, hasta que de repente...

-Te topaste conmigo como caído del cielo —terminó él con delicadeza—. Cuando pasa eso, es aterrador. Sobre todo, si eres una persona que quiere tener dominio de sí misma.
—Creo que eso puede aplicarse a los dos —susurró ella.
—Sí. Además, para nosotros es peor porque no estamos acostumbrados a sentirnos indefensos —replicó él con un tono de humor sombrío—. Aunque yo estoy aprendiendo...
Ella dejó escapar algo parecido a una risa.
-Así me gusta —Ruggiero le tomó la cara entre las manos—. No estarás riéndote, ¿verdad? Has soportado demasiadas cosas tú sola, pero ya no estás
sola. Yo te entiendo como nadie puede entenderte. Igual que tú me entiendes como nadie puede entenderme ni podrá. Somos un equipo muy bueno.
Ella intentó sonreír, pero le salió una mueca vacilante. Él la estrechó contra sí, la besó en las mejillas, en los ojos, en los labios... Sólo quería consolarla. Polly se quedó inmóvil, como si el leve contacto de sus labios fuera el estruendo de un trueno.
—Caído del cielo —dijo él—. Aterrador...
Esas palabras tuvieron algo de proféticas. Efectivamente, ella no tuvo tiempo de prepararse contra la tentación y la oleada de deseo. Sólo pudo quedarse sentada, indefensa en sus manos, presa de las sensaciones más deliciosas que había tenido jamás, mientras él la besaba como si no supiera lo que estaba haciendo. No llegó a saber si él le levantó la cara o fue ella misma quien lo hizo, pero los labios se encontraron. Se quedó un instante sin respiración. Había algo casi aterrador en recibir lo que había deseado tanto, como si la arrastraran al paraíso sin previo aviso.
La besó una y otra vez mientras ella intentaba pensar con el corazón desbocado. Pero era imposible pensar. Quiso apoyar la cabeza en su hombro y dejar que sus labios se deleitaran con los de él. Sobre todo, quiso incitarlo para que la acariciara como ella anhelaba acariciarlo. Luego, quizá, podrían yacer el uno en brazos del otro, sin saber quién había dado el primer paso, y gozar juntos. Quería todo. No sólo el amor de su

cuerpo, sino el amor de su corazón. Eso no podría conseguirlo. El le había ofrecido amistad, pero nada más. Él estaba fuera de su alcance y sería un disparate sacar alguna conclusión de ese momento tan
dulce. Sin embargo, era difícil cuando lo deseaba tanto y notaba que estaba cediendo. En otro momento, habría hecho caso omiso de la prudencia y le habría dicho que era suya. Luego, se habría muerto de la vergüenza. Sólo de pensarlo, apoyó una mano en su pecho y él la miró con el ceño fruncido.
-Ya estoy bien... sinceramente.
-No lo parece —replicó él con amabilidad—. Parece como si estuvieras desmoronándote por dentro.
Ella no pudo contestar. Sólo pudo esbozar una sonrisa vacilante. Intentó decir algo sensato sobre parar en ese momento, pero no le salieron las palabras y él volvió a abrazarla. Todo fue distinto. Cuando las bocas se encontraron otra vez, ella supo que no le quedaban fuerzas.
Se oyó un gemido que llegó desde la cuna. Polly notó que él resopló. Ruggiero se puso en tensión y miró hacia allí. El gemido se oyó otra vez. Polly se levantó y fue hasta la cuna, se inclinó sobre ella y acarició a Matti en la mejilla hasta que se calmó.
Ruggiero los miró un instante y luego se fue de la habitación sin decir nada.
***
Cuando Polly se despertó, estaba sola y la cuna vacía. Miró por la ventana y vio a Hope y Minnie en el jardín, que estaban dando de desayunar, a Matti. Se alegró de tener un rato para pensar. Las ideas y sensaciones de la noche anterior le daban vueltas en la cabeza y todavía notaba los labios de Ruggiero sobre los suyos. Sólo tenía una cosa clara: había estado a punto de traicionarse dos veces y tenía que recuperar el terreno perdido. Nadie podía saber el caos que la abrumaba.
Cuando bajó a desayunar, tenía la careta perfectamente puesta, pero no la necesitó porque no había ni rastro de él.
Hope y Minnie, con el niño en brazos, se acercaron a saludarla.

—Me colé para llevármelo y que pudieras dormir un poco más.
—Ya, te he visto por la ventana.
Se sentaron en el porche para tomar café y bollos. Matti se había recuperado y daba gritos de contento.
—¿Estás bien? —se interesó Hope.
—Sí, siento todo el lío —contestó Polly.
—No te preocupes, espero que Ruggiero se ocupara bien de ti.
—Sí, claro —Polly hizo un esfuerzo por mantener la compostura—. ¿Está por aquí?
—Se ha ido a trabajar. Volverá a la hora de la cena.
Polly pensó que tendría ganas de alejarse de ella. Habría sido incómodo para los dos volver a verse tan pronto.
Toni apareció y los saludó. Matti agitó los brazos y farfulló algo parecido a buon giorno.
—Ya es casi bilingüe —comentó Toni.
—Cuando me vaya, olvidará todo el inglés —se lamentó Polly.
—No —Hope le dio una palmada en la mano—. No lo permitiremos. Además, no te irás hasta dentro de mucho tiempo. ¿Brian está poniendo pegas? Hablaré con él y se lo explicaré.
—No... A él no le importa.
—Perfecto. Entonces, arreglado. Te quedarás un tiempo.
Sería una gran idea si supiera que Ruggiero no se había ido temprano para esquivarla.
El recelo aumentó por la noche, cuando él llegó con la cena empezada y se limitó a dar un saludo general. Luego, pasó casi todo el tiempo hablando con Luke y Minnie, lo cual era una deferencia porque se marchaban al día siguiente, pero Polly no pudo evitar pensar que podría haber otro motivo. ¿Estaría paranoica? Tuvo la sensación de que sus miradas se encontraron y él la desvió enseguida, pero pudo ser fruto de su imaginación.
Cuando llegó la hora de acostar a Matti, todo el mundo subió a la habitación. Hope lo bañó, pero luego, Toni, con una sonrisa en los labios, se acercó un poco.

—Quiere que el abuelo lo acueste, ¿verdad? El abuelo es su favorito —se volvió hacia Polly—. Me lo dijo él, pero me temo que se lo dice a todo el mundo.
—Efectivamente —Polly se echó a reír.
Toni, con bastante destreza, le puso los pañales, lo vistió y lo acostó en la cuna. Hope y Polly lo miraron con placer.
—Buona notte —se despidió Toni—. Buona notte. Todo el mundo se quedó esperando.
—Dilo —le pidió Toni—. Esta mañana has dicho buon giorno.
Matti emitió un ruido incomprensible.
—Buenas noches, cariño —volvió a despedirse Toni entre risas.
Sacó un muñequito peludo y lo metió en la cuna debajo de la mano de Matti.
—Antes decía «hola» —comentó Polly con una sonrisa—. Fue la primera palabra que aprendió. ¡Ahora dice ciao!
—Aprende muy deprisa —intervino Hope.
—Naturalmente —dijo Ruggiero como si estuviera ofendido—. Es hijo mío. ¿Qué esperabais?
Fue a besar al niño, lo miró un instante y se alejó. Dijo que iba a acostarse para poder salir temprano al día siguiente. Todos se despidieron y Ruggiero se fue con los demás hombres. Hope y Polly se quedaron solas. Hope estaba mirando el muñequito que había dejado Toni.
—Toni está feliz, ¿verdad? —comentó Polly—. Se le cae la baba con su nieto.
—Sí. Su felicidad me hace feliz. Matti significa mucho para él.
—Ya. Ruggiero me contó que sólo Carlo y él son hijos de Toni y que es muy improbable que Carlo tenga hijos por la salud de su mujer. Pero Ruggiero puede tener más...
—¿Los tendrá? ¿Qué te ha contado? ¿Puede enamorarse otra vez? —le preguntó Hope.
—A lo mejor. A lo mejor tiene que encontrar otro tipo de amor; más normal y menos deslumbrante. Eso es difícil. ¿Cómo sabes que ha llegado el momento de renunciar a la esperanza y de intentar vivir sin la otra persona?

—Es posible —Hope la miró—. Si tiene que haber una separación, es más fácil si sabes que es lo mejor para él, pero hazlo cuando estés segura de que no hay ninguna esperanza. No te rindas sin luchar. Bueno, tengo que irme a la cama —dio un beso a Polly en la mejilla—. No te acuestes tarde.

Ruggiero también llegó tarde a la noche siguiente y se habría perdido el momento de acostar a Matti si Polly, incomprensiblemente, no se hubiera olvidado. Fue Toni quien se lo recordó.

—No hay prisa —lo tranquilizó Polly—. Parece dormir muy contento en tus brazos y no pasará nada si espera a que llegue su padre.

Toni y Hope se miraron a los ojos con complicidad.

—Eres muy lista —comentó Hope.

No dijo nada más, pero el tono cariñoso hizo que Polly se acordara de la broma del matrimonio y se cohibió. Estaba claro que la familia Rinucci estaba dispuesta a quedársela y habría sido maravilloso si Ruggiero hubiera querido lo mismo. Sin embargo, no sabía qué quería él de ella ni qué quería ella de él. ¿Podría casarse con él y conformarse con ocupar el segundo lugar en su corazón? Tuvo la sensación de que esa pregunta se acercaba demasiado. Cuando oyó el coche, salió a recibirlo.

—Matti estaba quejándose porque no habías venido para acostarlo.

—¿De verdad? ¿Se ha dado cuenta de que no estaba con todos vosotros alrededor?

Hope y Toni, con Matti en brazos, aparecieron para confirmarlo.

-Por fin —dijo Hope.

-Llevaba demasiado tiempo sin ir a trabajar y tengo que ponerme al día.

-Tienes una tarea vital con tu hijo —replicó su madre con firmeza—. Ocúpate de ella y deja de marear la perdiz.

-Sí, mamá. No, mamá.

-Y no seas insolente.

—¿Podrías decirle a mamá que tengo treinta y un años y que soy adulto? —le pidió Ruggiero a su padre.
—Cuando me parezcas adulto, se lo diré —le prometió Toni—. Ahora, ocúpate de tu hijo.
Polly se quedó al margen mientras Ruggiero acostaba a Matti. Él lo hizo todo perfectamente, incluso le dio un abrazo, lo arropó y lo besó en la mejilla. Ella, sin embargo, se dio cuenta de que había algo que no era natural. Parecía un actor que se había aprendido el papel perfectamente. Ella esperó que él evitara ese asunto, pero cuando se quedaron solos en el jardín, lo abordó directamente.
—Sigo sin dar en el clavo —comentó Ruggiero con tono desesperado mientras se sentaba en un escalón al lado de ella—. ¿Por qué?
-Te falta entusiasmo y él lo nota. No puedes engañarlo.
—Tiene que haber una forma de hacerlo bien.
—No hay una forma, hay una docena, pero no puedes encontrarlas. La forma te encuentra a ti. Un día, de repente, te das cuentas de qué es lo que funciona para ti y para él.
—Parece fácil, pero no me pasa.
—Pones demasiado empeño; te observas todo el rato para ver si lo has hecho bien y lo observas para ver si reacciona como quieres que lo haga. Deja de cumplir cometidos y déjale que te enseñe cómo hacerlo.
—Esperaba que tú me enseñaras cómo hacerlo...
—El es un guía mucho mejor. Tiene un corazón enorme. Te adorará si se lo permites.
—Quizá ése sea el problema. No se me da bien el amor... de ningún tipo. Me desconcierto ¿Por qué no me das por perdido? No tengo solución.
-¡Basta! —exclamó ella mientras fingía darle un puñetazo—. Ya está bien.
-Vas a acabar como una italiana.
—Seguro... «Basta» es la única palabra que sé en italiano y eso porque Matti la repite todo el rato. Deberías decírsela. Enseguida estaréis en la misma onda.

-Tomaré nota.
—No tomes nota —Polly se desesperó—. No es un asunto más de tu agenda. Conseguiré que las cosas salgan bien entre vosotros dos o moriré en el intento.
—Ni se te ocurra —Ruggiero se rió—. ¿Qué haría in ti?
—Algún día tendrás que hacerlo...
-Claro... —pareció como si acabara de darse cuenta—. Parece tan normal que estés aquí... Nunca me había confiado a nadie. Cuando era pequeño y empezaba a andar, me soltaba de la mano de los adultos porque quería hacerlo solo. Naturalmente, me caía todo el rato. Carlo era el listo. Él iba agarrado hasta que estaba seguro, pero yo tenía que rebelarme contra el mundo para demostrar que no necesitaba la ayuda de nadie.
—¿Desde tan pronto? —susurró ella con tono burlón.
—Sí, pero contigo no me ha pasado en ningún momento. Cuando nos conocimos estaba aferrado a ti para que me dieras seguridad, aunque entonces no lo sabía.
-Mientras me quitabas de encima —concedió ella con una sonrisa.
-Te di un buen porrazo, ¿no?
—Sí, eso creo recordar.
—La otra noche, Matti hizo lo mismo. De tal palo tal astilla.
-No exactamente —Polly se rió—. Él me dio en el otro lado.
Ruggiero empezó a reírse y se reclinó mientras la miraba.
—¿Por qué te has quedado con nosotros? —le preguntó él.
—No lo sé. Tendrá algo que ver con el generoso sueldo que me pagáis.
-Claro, será eso.
Se hizo un silencio muy cómodo. Ella también se reclinó contra los escalones y lo miró a los ojos. ¿Estaría acordándose de la última vez que estuvieron solos y de lo que había estado a punto de pasar?
—Por cierto —dijo Polly con el tono más despreocupado que pudo—, siento esa llorera. No lo hago casi nunca.

—Lo haces demasiado poco. Te libraste de algo que se había apoderado de ti durante el año pasado y tenías que soltarlo. Me alegro de que lo hicieras conmigo.
Ella lo miró con incredulidad.
—Lo digo en serio. Me gusta saldar mis deudas.
—Eso lo haces generosamente —le recordó ella—. No me quejo.
-Claro, no sabes cuánto me alivia pensar que contribuyo al bienestar futuro de Brian. Espero que también te gastes algo en ti misma...
—No.
—¿Nada?
—¿Para qué? Tengo todo lo que necesito.
—¿Ni un vestido nuevo o unos zapatos? —preguntó con tono de espanto.
—Tu madre me compró mucha ropa.
-¿Una cena por todo lo alto...?
-Claro, para volverme loca con el menú en italiano y se mueran de risa.
—Tienes razón, es un panorama aterrador. Me ofrezco como intérprete para una noche. Conozco el sitio perfecto. Ya es hora de que salgamos una noche.
-No estoy de acuerdo —contestó ella al acordarse de su decisión de ser sensata.
-Soy tu paciente y tu empleador. Soy tu prioridad. No hay discusión posible.
Ella no replicó.
—¿Estás enfadada conmigo?
-¿Por qué iba a estarlo?
—La otra noche estuve a punto de... Bueno, algo más que a punto. Pero por un momento me pareció que me necesitabas y me alegré. Me sentí cerca de ti. ¿Lo entiendes?
—Sí, pero...
—Brian no lo entendería. De acuerdo, tendría que haberlo respetado, pero no puedes tenerme miedo —el tono fue provocador—. No conozco a ninguna mujer más capaz de noquear a un hombre.

—Sería muy poco profesional hacerlo con tus lesiones.
-Si te ofendo, te doy permiso para que te olvides de mis lesiones y hagas que me arrepienta de haber nacido.
—¿Quién se ha ofendido? —preguntó una voz detrás de ellos.
-Nadie, madre. Polly y yo estábamos planeando salir mañana por la noche. Ya es hora de que se divierta un poco.
—Claro, es una idea magnífica.
—¿Lo ves? Decidido —le dijo Ruggiero a Polly—. Saldremos mañana por la noche, antes de que cambies de idea.
—No sabía que hubiera aceptado.
-Lo ha hecho mi madre por ti —replicó Ruggiero con tono perverso—. Se le da muy bien.
—No es la única.
Polly lo dijo sombríamente, pero por dentro sonreía. Tenía toda una vida por delante para ser fuerte.

CAPÍTULO 10

VAMOS a volver a ese restaurante de pesca do que tienes? —le preguntó Polly mientras bajaban la colina la noche siguiente.
-No, es otro sitio. Está en el casco antiguo. No has tenido tiempo de ver nada de Nápoles.
La expresión «casco antiguo» no significaba nada para Polly, pero pronto descubrió que era una zona con calles adoquinadas y sinuosas. A Polly le encantó inmediatamente.
-Esta parte de Nápoles es otro mundo —comentó Ruggiero.
—Me gusta más que el mundo convencional —respondió Polly.
-A mí también. La gente parece más relajada. Vamos a tomar un café.
Entraron en un café diminuto y el propietario lo saludó como a un amigo y los sentó a una mesa junto al ventanal.
—Si hubiera sabido a dónde veníamos, me habría puesto, algo más normal —Polly llevaba un elegante vestido que le había regalado Hope—. Me siento demasiado vestida.
—No te preocupes, estás a tono con el sitio donde vamos a cenar —la tranquilizó él.
—Es un alivio. Nunca he dominado estas cosas.

-¿Por qué te criticas todo el rato?
—Porque toda la vida han estado comparándome.
—¿Comparándote con ella?
-Sí. Me acostumbré a considerarme la más vulgar de la pandilla —Polly se rió.
—¿Qué pasa?
—Estaba acordándome de un chico que me dijo que estaba tan enamorado de mí que quería regalarme un montón de flores. Me pareció encantador, hasta que comprobé que eran unas caléndulas que había arrancado del parque. Pobrecillo. Fui despiadada con él, pero yo quería rosas. Alguien había regalado rosas el día anterior a Sapphire y ella se ofendió porque no eran las adecuadas. Me pareció muy refinado.
—¿No eran las adecuadas?
—Eran rosas pálidas. Él era un poco purista y decía que las flores tenía un significado y que las rosas pálidas eran una forma de decirle que la recordaría para siempre.
—¿Rosas pálidas para recordarla? —preguntó Ruggiero con sorna—. Creía que eran las rosas rojas...
—No, las rosas rojas indican amor apasionado para toda la vida. Las rosas pálidas indican un recuerdo sosegado.
—No lo había oído nunca.
—Ella tampoco y cuando él sacó un libro para demostrárselo, creí que Sapphire iba a explotar. Él sólo le duró un día, pero yo me quedé muy envidiosa. Las rosas eran románticas y las caléndulas del parque, una vulgaridad.
—A mí no me lo parece —replicó él inesperadamente—. ¿Cómo puede ser vulgar un color dorado tan intenso?
—Son muy corrientes —contestó ella sorprendida y encantada por ese arrebato poético—. Puedes arrancar caléndulas en cualquier sitio.
—¿La escasez es lo que hace que las cosas sean hermosas? —esa pregunta la sorprendió más todavía—. ¿Algo deja de ser hermoso porque es abundante? Tú misma eres bastante parecida a una caléndula.
—¿Quieres decir que soy corriente?

-No, que pareces hecha con oro.
Por una vez, ella se quedó muda. El la miraba con una interrogación en los ojos.
—Me encantaría saber lo que piensas en este momento —susurró él.
-Nunca hay secretos en mis pensamientos —contestó ella con el corazón desbocado.
-Sabes que eso no es verdad. Lo finges. Me acusaste de representar el papel de padre, de decir las palabras correctas por motivos equivocados, pero tú haces lo mismo. Representas el papel de la enfermera sensata, firme y digna de confianza sin vida interior propia.
—Que es como se espera que sea...
-Pero ya no me engañas. No lo olvides. Me has dejado ver esa vida interior y ahora no puedes expulsarme.
Era verdad que no podía expulsarlo, pero no como él pensaba.
—De acuerdo, has visto mi interior, así que mantén los secretos.
—Los mantendré ante cualquiera siempre que tú no los tengas conmigo.
Ella sacudió la cabeza y la melena le tapó la cara. El se la apartó y se quedó impresionado por algo que captó en su expresión. Parecía vulnerable y nerviosa. Ruggiero tomó aire entrecortadamente. Ella lo oyó y pensó, erróneamente, que era por desilusión. Pensó que era por Sapphire, que dijera él lo que dijese, ese espectro seguía acompañándolos; que le había apartado el pelo y había visto otra cara.
—Estás engañándote —le dijo ella con amargura—. No está muerta y nunca lo estará.
—No pensaba en ella...
—Era algo más que pensar. Estabas buscándola... aquí —Polly se señaló la cara.
-Polly, ¿adónde vas?
Ante su asombro, ella se había levantado y estaba saliendo a toda prisa del café.

—Síguela —lo apremió el hombre que estaba detrás de la barra—. Ya me pagarás.
—Gracias, Tino.
Ruggiero salió a la calle y miró a todos lados. Había desaparecido. La buscó por las tiendas que seguían abiertas, pero no la encontró. Corrió hasta el extremo opuesto de la calle, pero tampoco tuvo suerte. Era imposible, pero se había esfumado. Recorrió las calles adyacentes rebosantes de risas y cánticos que parecían burlarse de su desconcierto. Sacó el móvil, pero cayó en la cuenta de que no sabía el número de ella. Al cabo de una hora, volvió al café. Ella, seguramente, se habría ido a casa y tendría que llamar para saber si estaba allí, pero había una remota posibilidad de que hubiera vuelto al sitio donde todo había empezado. El bar estaba casi vacío.
—Toma lo que te debo —le dijo a Tino mientras dejaba unas monedas en la barra.
Entonces vio que Tino estaba señalando con la cabeza hacia un rincón. Miró y vio a una joven con el pelo rubio muy corto y una cabeza esbelta y elegante. Ella se volvió y lo miró como si lo analizara.
—Tú... tú... —tartamudeó Ruggiero.
Era una criatura de otro mundo, hermosa, llena de vida, con unos pómulos altos en los que no había reparado hasta entonces y un cuello de cisne. Ella se levantó y pasó junto a él para ir a la puerta. Lo miró por encima del hombro y salió. Él tomó aliento y fue detrás.
—¿Dónde te habías metido? —preguntó él mientras la agarraba del brazo—. No te vayas.
—Suéltame.
—¿Para que vuelvas a esfumarte? No pienso hacerlo. ¿Cómo desapareciste en el aire?
—Me metí allí —señaló una peluquería de hombres—. Era el único sitio donde nunca me buscarías.
-¡Es una peluquería de hombres!

-Lo sé. Creyeron que me había vuelto loca, pero yo les expliqué que quería que me lo cortaran muy corto; nada sofisticado.
-Pero, ¿eres tú? —él no podía dejar de mirarla.
—Sí, soy yo —Polly recalcó la última palabra.
-¿Quieres decir que he estado volviéndome loco mientras tú estabas cortándote el pelo? No podías haber elegido un momento más disparatado...
—Era el momento perfecto. Tendría que haberlo hecho hace mucho, pero tú me lo has dicho esta noche.
—¿Yo? No he dicho nada. Polly, ¿has tomado algo? No paras de decir despropósitos.
—Me refiero a cómo me has mirado, como si quisieras encontrar a Sapphire.
-¿Por qué tienes que meterla en esto? —Ruggiero la miró fijamente.
—Porque estaba allí. Lo vi en tu cara.
-Si la viste, fue porque tú la pusiste ahí —replicó él con tono airado—. ¿Por qué estás obsesionada con ella?
—No lo estoy. Tú estás obsesionado.
—Te lo dije, eso está zanjado.
—Efectivamente, me lo repites demasiado. ¿Puedes deshacerte de un espectro tan fácilmente?
-Podría si me dejaras.
Ella lo miró con los ojos fuera de las órbitas.
-¿Qué? —preguntó ella con un susurro.
-¿No lo entiendes? Es mucho más complicado de lo que te imaginas.
—¿Soy yo? ¿Es eso lo que está pasando?
-La sacas en todas las conversaciones —contestó Ruggiero con desesperación.
-Sólo porque tú...
—No, no me lo endoses a mí. Yo he luchado contra mi espectro, pero el tuyo sigue ahí y a lo mejor es más difícil de combatir porque te ha acompañado toda tu vida. Todas esas comparaciones que me has contado de las que siempre salías

malparada... Pero, ¿por qué pensabas eso? Tú eras la inteligente; te necesitaba tanto como tú a ella. ¿Quién hacía los deberes?
—Pero ella tenía la belleza y el encanto y...
-¡Qué paciencia hay que tener! Polly, ¿nadie te ha dicho que eres una MMM?
—¿Qué es eso?
—Una Maldita Mujer Machista. No sabías que existía, ¿verdad? Por lo menos he conseguido sorprenderte. Si a un hombre se le ocurre valorar a una mujer por su aspecto y no por su cerebro, lo ponen de vuelta y media si no lo denuncian. Pero tú has hecho exactamente eso. Polly, es un disparate. Eres una persona maravillosa; inteligente, graciosa y hermosa.
-No soy hermo...
-No sigas —la cortó él—. No digas que no eres hermosa o me enfadaré.
-No lo soy en comparación con ella...
-¿Por qué tienes que compararte siempre con ella? —intuyó la respuesta en su expresión y se indignó—. Ella no está aquí. Estamos nosotros dos solos. Te miro y te digo que eres impresionante. ¿Por qué me miras así?
—¿Cómo?
—Con incredulidad. ¡Al cuerno con todo!
La agarró de los hombros antes de que Polly supiera lo que iba a hacer y la besó en los labios. Sus brazos era como tenazas y los labios se movían sobre los de ella con avidez y rabia. Era un beso sin ternura. Era el beso de un hombre que quería tumbar un muro para demostrar su argumento. Además, la excitó como no lo había hecho nada en su vida. Intentó zafarse, pero no hizo falta porque él la soltó y retrocedió con un gruñido de furia.
—Perdóname —se disculpó aspereza—. Perdona... perdóname. Te prometí que no volvería a pasar. No quería romper mi palabra, pero... supongo que soy un soberbio.
-¿Un soberbio? —preguntó ella intentando que no le temblara la voz.

—La gente tiene que ver las cosas como yo. Si no, hago lo que sea para imponerme. Por eso me comporto tan mal, pero ¿lo has entendido?
—¿Qué?
-Que eres hermosa. ¿Te he convencido antes de que perdiera los papeles?
Estuvo tentada de contestar que no para que él intentara convencerla una y otra vez, pero el sentido común hizo acto de presencia.
-Me has convencido —contestó ella—. Una demostración práctica siempre viene bien.
-Estás enfadada conmigo.
—No.
-Sí. Puedo notarlo en tu voz, como si te preguntaras hasta dónde podrás aguantarme. No te preocupes, de ahora en adelante me portaré ejemplarmente.
Ruggiero volvió a acercarse un poco y Polly se dio cuenta de que seguía temblando casi tanto como ella misma.
—Nunca pensé que te parecieras a ella. Al menos, desde la primera vez que me equivoqué. Pero ahora... no te conozco en absoluto.
-Vamos a otra cosa.
—¿A cuál?
—¿Qué te parece esa cena que me prometiste? Me muero de hambre.
—Está bastante cerca...
Ya en la calle pasaron por una joyería y Ruggiero se fijó en algo que había en el escaparate. Entraron y le pidió al dueño que le enseñara un broche.
—Es una caléndula —le dijo a Polly.
—¿Ves? Te dije que están por todas partes. Una vulgaridad.
—Esta no. Es singular y valiosa. Perfecta para ti. Polly se dio cuenta de que la flor estaba hecha de oro y era muy cara.
-No puedo aceptarla... —balbució.
—Tienes que hacerlo. Podría estar hecha para ti.

El le puso el broche en el vestido y ella se dio cuenta de que le quedaba perfectamente, que resplandecía como si fuera una flor fascinante y no una normal y corriente.
La llevó a un restaurante muy pequeño donde el propietario también lo saludó por su nombre. Estaban tomando macarrones con salsa napolitana cuando Polly se frotó la cabeza como si estuviera cohibida.
-¿Qué te pasa? —le preguntó Ruggiero.
-Debo de tener un aspecto muy raro.
—No raro, pero sí un poco inquietante. Eres una mezcla de alguien que conozco y alguien que no había visto en mi vida. Estoy nervioso.
—No me extraña —bromeó ella—. Ni siquiera yo conozco a la recién llegada. Podría darnos más de una sorpresa a los dos.
—Pero mucho más le sorprenderá a Brian...
Ella estuvo a punto de preguntarle quién era Brian, pero cayó en la cuenta a tiempo.
—Está acostumbrado a mis excentricidades —replicó ella.
—¿De verdad? ¿Está preparado para cualquier cosa? ¿Es un hombre que no se sorprende por nada, dominante, que se pone el mundo por montera?
-Basta -le pidió ella entre risas.
-¿No es así? Ahora que lo dices, me lo imagino con gafas y una incipiente barriga.
-No hace falta que te lo imagines de ninguna manera -Polly intentó parecer firme.
-Nunca hablas de él. Para ser el hombre que ha conquistado tu amor apasionado, parece como si no te impresionara mucho.
Era como si el recuerdo del beso siguiera flotando en el aire. Afortunadamente, el camarero se acercó con el vino.
-Lacrima Christi del Vesubio -explicó Ruggiero mientras le servía un poco.
Polly, súbitamente, álargó una mano por encima de la mesa.
-Hola -dijo ella-, me llamo Penelope. Acabamos de conocemos.

-Entonces -Ruggiero le estrechó la mano-, Polly es el diminutivo de Penelope.
-Sí. De pequeña quisieron llamarme Penny, pero no me gustaba y me convertí en Polly.
-Me gusta Penelope. La esposa de Ulises, al que esperó durante veinte años. Penelope la fiel y juiciosa.
-¡Era una mema! Yo no iba a esperar veinte años sin recibir siquiera una postal.
-Entonces no había posta... -Ruggiero se calló al ver el brillo burlón en los ojos de ella.
-Pero yo siempre acababa siendo juiciosa aunque no quisiera serlo. En el colegio siempre estaba avisando a los demás de que sus tonterías acabarían causándoles problemas y cuando eso pasaba, hacía todo lo posible para rescatarlos. Siempre he querido ser alocada y disparatada. Lo he intentado con ganas, pero no me sale de forma natural. Pensé en todo tipo de profesiones: actriz, diseñadora de moda, intermediaria en mercados internacionales, cualquier cosa con tal de dominar el mundo...
-Ya hay mucha gente que hace eso -replicó él con una sonrisa mientras le rellenaba la copa-. Sé más original.
-Efectivamente, soy un felpudo muy bueno.
-¡Basta! Vuelves a hablar como una MMM y no voy a permitirlo.
Chocaron las copas y, por una vez, Sapphire había desaparecido.
-En cualquier caso -Polly resplandecía de felicidad-, esta noche seré Cenicienta en el baile.
-¿Está Cenicienta preparada para tomar postre? Polly cerró los ojos de placer al probar la tarta de almendras con canela y clavo.
-Muy bien -dijo Ruggiero con satisfacción-. Es lo que quería ver. Toma un poco más.
-Sí, por favor...
La armonía perfecta se mantuvo mientras tomaban el café y los licores.

-Hablando otra vez como enfermera, ¿qué tal te va en el trabajo? -preguntó Polly.
-Hay mucho que hacer. En estos momentos no soy muy querido después de destrozar el prototipo.
-No fue culpa tuya.
-No fue culpa de la moto. Iba muy bien hasta que perdí el control. Los mecánicos han repasado todo una y otra vez, pero ¿cómo voy a decirles que no se preocupen, que lo único que pasó fue que vi cosas que no estaban allí? No quiero que piensen que he perdido el juicio. Aunque sea verdad.
-Efectivamente, podría ser un problema —reconoció ella.
-Además, los posibles clientes podrían echarse atrás.
-¿Qué vas a decirles?
—Nada. Tendré que demostrárselo. Afortunadamente, el rodeo está cerca.
—¿Un rodeo? ¿Con motocicletas?
—Sí. Lo llamamos rodeo, pero es una reunión de motoristas. Vienen los mejores motoristas de Italia e incluso del mundo.
-¿Y montan tu moto? —preguntó ella.
Ruggiero no contestó, pero su expresión fue muy elocuente.
-¡No! —exclamó ella—. Rotundamente, no. Puedes olvidarlo inmediatamente.
—Es mi trabajo.
—Después de lo que pasó...
-Sobre todo, después de lo que pasó. Si se quedan con la idea de que la caída me asustó, la moto adquirirá mala fama.
-Querrás decir que tú adquirirás mala fama. Dirían que eres un gallina.
—Bueno, la verdad es que no me gustaría que se burlaran de mí.
—Que se burlen. Tienes cosas más importantes que tener en cuenta. Si tienes otra caída, puede pasarte cualquier cosa. ¿Cuántas veces crees que puede golpearse un hombre en la cabeza sin lesionarse el cerebro?
—¿Por qué no terminas la frase?

-¿Qué quieres decir?
—Estás deseando decir: «En el caso de que tenga cerebro».
-Estaba siendo amable —replicó ella con acidez.
-No hace falta en esta última vez que salimos juntos.
La armonía se convirtió en aspereza de un forma impresionante.
—En cualquier caso, ya lo has dicho tú por mí —Polly lo dijo con acritud.
-Muy bien, no tengo cerebro, así que no puede lesionarse. Polly, no exageres. No va a pasarme nada. Tendré mucho cuidado.
-!Ya! Nunca tienes cuidado.
—No lo sabes.
—Cualquiera que te conozca de cinco minutos lo sabe. Ruggiero, no vas a hacerlo, aunque tenga que ponerme delante de la moto.
-Ya no queda mucho de Cenicienta, ¿verdad?
—Cenicienta no tuvo que tratar con un hombre que se engaña con fantasías de bravucón y tiene menos sentido común que un mosquito, y eso es un insulto para los mosquitos.
Ruggiero se rió y Polly abandonó ese asunto para retomarlo en algún momento más propicio. Se levantaron para marcharse y Ruggiero se limitó a firmar la factura.
-A ver si lo adivino —comentó Polly mientras salían—. También eres dueño de la mitad de este restaurante y seguramente lo seas de otros cuantos.
-No de la mitad. De un cuarto por aquí y otro por allá. Me mantiene en contacto con mis amigos. ¿Qué pasa?
Polly había fruncido el ceño.
-Me preguntaba si serías dueño de algo entero.
-Que me acuerde... no. ¿Por qué? ¿Tiene importancia?
—Picoteas un poco en muchos sitios, pero nunca te arriesgas completamente. Eres reacio a comprometerte por completo. Siempre te cubres las espaldas.
—Te olvidas de que estaba dispuesto a comprometerme completamente con Sapphire.
—¿De verdad? ¿Estás seguro?
—¿Qué quieres decir?

-Que nunca se comprobó y puedes decir lo que quieras. Sé sincero, nunca lo sabremos.

-¿Realmente piensas eso de mí? —Ruggiero la miró fijamente.

—No, es lo que me pregunto de ti. Reprochas a Sapphire que no acudiera a ti cuando estaba enferma, pero quizá... —Polly se calló un instante—. Yo desperté el espectro, ¿verdad? Tienes razón. Lo hago tanto como tú o quizá más —Polly cerró los ojos—. Déjame —susurró a alguien invisible—. ¡Lárgate!

Polly se dio la vuelta y habría salido corriendo, pero él la agarró.

—No. No voy a dejar que te marches, podría no volver a verte.

—Quizá sea lo mejor. Casi he terminado mi trabajo. Suéltame.

—No —Ruggiero la atrajo hacia sí.

-Ruggiero. No... —el tono fue casi de súplica. La petición no lo disuadió. La besó en los labios para silenciarla y dijo todo lo que tenía que decir sin palabras. Sólo le quedaba olvidarse de los lamentos y entregarse al mayor placer que había conocido. Las luces estaban apagándose y cuando la llevó a una esquina todo estaba en penumbra.

-¿Crees que ahora estoy buscándola? ¿No captas la diferencia? —le preguntó Ruggiero.

—No lo sé.

—Líbrate de ella, Polly. Ninguno de los dos podrá hasta que te la quites de encima.

La besó una y otra vez como si buscara el beso que le llegara al corazón.

—A lo mejor no es posible —susurró ella.

—No digas eso.

—Tengo miedo. ¿Y tú?

—También.

Ella le devolvió el beso y tomó la iniciativa. No tenía experiencia, pero él estaba siguiendo su pauta y confiaba en ella, en el amor, como en todo lo demás. Sin embargó, Polly lo arrastraba por un sendero que podía ser el equivocado para los dos. El también lo sospechó.

—Tú puedes hacer frente a mi espectro, pero, ¿puedo hacer frente yo al tuyo?
—Calla.
—¿Puede Brian? —siguió él—. ¿Sabe que te pasas la vida haciendo comparaciones? ¿Sabe que cuando te besa tiene a dos mujeres entre los brazos?
-Olvídalo —le pidió ella.
-¿Lo has olvidado tú?
-Ahora no tiene cabida aquí. En este momento, nadie tiene cabida entre nosotros.
Polly se entregó al placer del momento e intentó creer que eso era lo único importante y que podría hacer que durara para siempre. Sin embargo, era una esperanza vana. Lo supo incluso en medio de tanta felicidad.
Las campanadas de una iglesia los devolvieron a la realidad y se separaron estremecidos por el deseo y el desconcierto.
—¿Has oído eso? —preguntó ella.
-Es un reloj. No le hagas caso.
—No puedo. Está dando las doce. Cenicienta tiene que irse.
—¿Por qué te ríes? —preguntó él.
—Me río de mí misma —contestó ella con un tono alterado—. Tendría que haberme acordado de que siempre llega la medianoche. La sensata Polly no es tan sensata.
—Me alegro —replicó él con tono áspero.
La miró a la cara y la luz de la luna dibujó sus rasgos con una perfección que él no había visto nunca. Se sintió arrebatado y habría vuelto a besarla, pero ella le puso las manos en el pecho.
-Es hora de volver a casa. El baile ha terminado.
—Pero me habrás dejado una zapatilla de cristal, ¿verdad?
Ella negó con la cabeza.
—La enfermera mandona ataca de nuevo.
Los dos sonrieron con tristeza mientras caminaban por las callejuelas.

CAPÍTULO 11

NO PODÍA olvidarse de que era vulgar, normal y corriente, se dijo Polly. Era típico de su vida que después de reivindicar su libertad cortándose el pelo, todo se volviera contra ella en forma de resfriado y fiebre.
-¿Puedes ocuparte de Matti? —le pidió a Hope—. No quiero acercarme a él.
Se llevaron la cuna de su cuarto y ella se metió en la cama, donde la cuidaron como a una reina. Todo el mundo pasó a interesarse por su salud, entre ellos, Ruggiero. Durante tres días se limitó a padecer. Le llevaban la comida a la habitación y entre comida y comida dormía un rato. Por fin se encontró mejor y empezó a levantarse de vez en cuando. Una vez se sentó junto a la ventana para ver a Ruggiero y Matti jugar. Pensó que estaban muy bien sin ella. Entonces, Hope señaló hacia la ventana y todo el mundo se volvió para saludarla con la mano.
Cuando estuvo segura de que no era una amenaza para nadie, bajó para reunirse con los demás.
-Has desaparecido demasiado tiempo —le dijo Ruggiero.
-O demasiado poco. Matti y tú os lleváis mejor cuando no estoy en medio.
—Le he enseñado tres palabras nuevas y Toni asegura que está enseñándole a llamarme «papá», aunque suena más a «patata». Pero no me importa que mi hijo me llame patata. Seguramente me llame cosas peores cuando sea mayor.
—Entonces, ahora que habéis establecido vínculos nuevos no correrás riesgos, ¿verdad?
—¿Riesgos?
-Supongo que serás un padre responsable y te olvidarás del rodeo.
-Es mañana.
—¿Vas a pilotar? —preguntó ella con angustia.
—No hay motivo para que no lo haga.
-Hay muchos motivos. Todavía no estás en forma. Si tienes otro accidente, podrías matarte. El niño ha perdido a su madre y

no se merece perder también a su padre. Sobre todo, cuando acaba de conocerlo.
—Lo he hecho otras veces. Nunca me había pasado nada hasta ese accidente tan extraño. Tengo la obligación con los empleados de demostrar que la moto es buena. Dependen de ello para ganarse la vida.
—Entonces, contrata a un piloto. Dijiste que habría muchos y me imagino que alguno estaría encantado de tener esa oportunidad.
-Tengo que ser yo —replicó él con firmeza—. Yo llevaba la moto cuando todo salió mal.
-Si las cosas salen mal otra vez...
Hope la oyó y entró en la conversación.
-Sabía que tenías esa reunión, pero no sabía que fueras a pilotar —intervino con tono de espanto—. No estás bien del todo. Que pilote otro.
—No me des órdenes, mamá —Ruggiero lo dijo con tono sereno—. Va por las dos.
Se marchó antes de que cualquiera de ellas pudiera replicar.
—Lo siento, cariño —se disculpó Hope con Polly—. No debería haber hablado. Tú lo habrías hecho mejor.
—No estaba haciéndolo mejor —Polly suspiró—. Está empeñado. No lo entiendo. Creía que estábamos apaciguándolo, que Matti estaba apaciguándolo. Pero, de repente, todo sale al revés. Juega con su hijo y le enseña palabras, pero no renuncia a sus caprichos para protegerlo. Podría...
Polly hizo el gesto de estrangularlo.
—Hazlo por las dos —le pidió Hope.
Polly supo que estaba dominada tanto por la decepción como por la rabia. Le había parecido que el trato sosegado entre Ruggiero y ella anunciaba un porvenir halagüeño entre él y Matti. Hasta que esa impresión se oscureció con la imagen de un hombre que sólo se preocupaba por sí mismo y sus antojos sin tener en cuenta a su hijo.
En ese momento, sólo estaban en Nápoles Toni, Hope y Polly, pero Hope se negó rotundamente a ir al rodeo.

-No, tú te quedarás de compras por los alrededores, como siempre —dijo Ruggiero.
-Esta vez, no —aseguró su madre—. Voy a quedarme para cuidar de tu hijo. Si te rompes la cabeza, allá tú.
Sin embargo, cuando iban a irse, Hope se dirigió a Polly.
—No lo pierdas de vista. Si le pasa algo, te ocuparás de él, ¿verdad?
—Claro, pero seguramente tenga razón y no pasará nada.
Intentó parecer tranquila, pero no podía expresar su temor: que volviera a pasar lo que había pasado una vez y que él viera algo que no estaba allí.
«Déjalo en paz», susurró ella para sus adentros, «no puedes conseguirlo. ¿Me has oído?».
No hubo respuesta. O bien Sapphire había admitido su derrota o estaba demasiado segura de su victoria como para discutir.
Un público cuidadosamente elegido llenaba las gradas. Posibles compradores, periodistas, todo el personal de la fábrica y amigos y familiares de la comunidad del motociclismo. Ruggiero estaba relajado entre ellos. Todos hablaban el mismo lenguaje, el lenguaje de la velocidad y el peligro. Llevaba demasiado tiempo alejado de ellos y entre personas que no entendían que jugarse la vida era la experiencia que daba intensidad a la existencia; que se apreciaba más cuando se arriesgaba.
Había diez pilotos. Entre ellos, Enrico, que había ganado más carreras que nadie esa temporada y que miraba la moto con avidez.
—Es demasiado pronto para que vuelvas a pilotar —le dijo Enrico persuasivamente a Ruggiero—. Descansa un poco más.
—Tengo que probar la moto. No voy a probarme a mí sino a la moto.
No era verdad. Tenía que ponerse a prueba, pero no podía reconocérselo a nadie. Cuando se puso el mono de cuero, notó que volvía a ser él mismo, quien quería ser y había estado a punto de dejar de ser.

Se oyó una ovación cuando cinco pilotos salieron para la primera carrera.. Él sabía que todos lo miraban, que se imaginaban que saldría disparado sobre su moto nueva y los dejaría rezagados. No había término medio; él actuaba así.
Se quedó un momento mirando alrededor. Desde allí podía ver el sitio donde la había vislumbrado. Entonces había sido distinto y la velocidad le había ayudado a crear la ilusión, pero en ese momento no necesitaba la velocidad para distinguir a la mujer que tenía delante. Se quedó muy quieto, con la mirada clavada en ese punto y entendiéndolo todo.
***
Toni llevó a Polly al circuito, la dejó allí y volvió a casa, como le había ordenado su mujer. Polly fue al mismo sitio donde había estado la otra vez. Los cinco pilotos ya estaban en la pista para disputar la primera carrera. Se oía un murmullo expectante entre el público. Ella no entendió las palabras, pero sí el significado. Entonces, antes de que pasara nada, sonó su teléfono móvil. Era Kyra Davies, una enfermera amiga suya. Kyra era algo mayor que ella y la había acompañado cuando Freda murió.
—Te llamo para decirte que me han nombrado jefa de planta en el hospital de St. Luke y que tengo dos plazas libres. Me encantaría que ocuparas una. ¿Dónde estás?
-Estoy en Italia.
—Pero volverás pronto, ¿verdad? Ven a verme y lo comentaremos.
-¿Puedo volver a llamarte? —Polly no apartaba la mirada de la pista.
-Claro. Recuerda que tengo un trabajo para ti cuando quieras.
Se oyó un griterío. Los pilotos habían salido. Todos parecían iguales con los monos de cuero y los cascos, pero Polly habría reconocido el cuerpo alto y esbelto de Ruggiero en cualquier sitio. «¡No lo hagas! ¡No lo hagas!» Se repitió ella para sus adentros. Lo vio acercarse a la moto, quedarse quieto y mirar alrededor. Su mirada se quedó fija en el sitio donde estaba ella.

Parecía absorto, clavado en el suelo, como si hubiera visto algo que se le hubiera revelado sólo a él.
La multitud dejó escapar un murmullo cuando se quitó el casco, se volvió hacia el hombre que tenía al lado y le dijo algo. El murmullo se convirtió en un clamor de decepción cuando Ruggiero hizo un gesto hacia la moto. El otro hombre levantó el puño con un gesto de alegría, pero Ruggiero ya estaba alejándose. Cruzó la pista hasta donde estaba Polly, con los ojos radiantes y el corazón desbocado.
—Enrico la montará. Se acabó.
—¿Por qué has cambiado de idea? —preguntó ella haciendo un esfuerzo para articular las palabras—. ¿La has visto?
—No. Te he visto a ti con Matti en brazos.
-Es lo que intentaste decirme, ¿verdad? —preguntó él.
Estaban en un pequeño restaurante. Después de hablar, Ruggiero fue a cambiarse y le dio tiempo a Polly para que llamara a Hope y le dijera que todo había salido bien. Luego, se fueron del circuito y buscaron un sitio donde sentarse a hablar.
—Intenté buscar las palabras, pero no existen —contestó ella.
—Tenía que darme cuenta solo. Lo he conseguido justo a tiempo. Te vi con Matti en brazos. Los dos me mirabais, pero él no estaba allí, ¿verdad?
—No, está en casa con tus padres, pero también estaba allí conmigo...
-Y conmigo —él asintió con la cabeza—. Por primera vez, he sentido que era mío.
-Tú también eres de él —le recordó Polly—. Si no, la cosa no saldría bien.
—Vámonos a casa —Ruggiero la agarró de la mano.
Hope y Toni los esperaban en los escalones con Matti entre los dos agarrado a una mano de cada uno. Bajaron despacio y lo soltaron cuando llegaron al suelo. Matti dio dos pasos vacilantes y se agarró a la pierna de su padre. Ruggiero se agachó y lo abrazó.

Polly se mantuvo rezagada e intercambió una mirada con Hope y Toni. Estaba tomando una decisión.

Esperó algunas horas para observar a Ruggiero y Matti, pero estaba segura. Todavía tenían que recorrer bastante camino, pero habían encontrado el punto de salida. Lo confirmó aún más cuando Ruggiero intentó ayudar a su hijo a andar, pero Matti lo apartó con impaciencia.

—Me recuerda a alguien —comentó Toni. Ruggiero asintió con la cabeza.

—Estabas todo el rato en el suelo —le recordó Hope.

—Pero él no se cae —replicó Ruggiero con orgullo.

En ese momento, Matti se cayó y se quedó sentado.

—Ha sido culpa mía —dijo Ruggiero en voz muy alta—. Ha trópezado con mis pies.

—Es hora de que el pequeño se acueste —dijo Hope por fin—. Polly, ¿lo devolvemos a tu habitación?

—No, que se quede contigo —contestó ella precipitadamente.

Subieron todos juntos, pero Polly se quedó en un segundo plano durante la ceremonia de acostarlo y mientras iba encajando las últimas piezas de su decisión. Luego, Ruggiero la encontró en el porche y se sentó con una sonrisa de satisfacción.

—Me alegro de que haya pasado. Eso me facilita las cosas —comentó ella.

—Hay algo en tu forma de decirlo que me pone muy nervioso.

—Tengo que ir a Londres un tiempo.

—¿Un tiempo? ¿Vas a volver?

—No lo sé. Tengo que alejarme de aquí y tú tienes que estar solo con Matti. Empiezo a ser un estorbo.

—Eso es una bobada. No habría llegado aquí sin tu ayuda.

—Pero ya has llegado y pasarás mejor a la siguiente fase si te sueltas de la mano de tu enfermera —Polly sonrió—. Si necesitas agarrarte de alguna mano, toma la de Matti. Los dos vais en la misma dirección.

—Matti te necesita —insistió él.

Ella esperó con cierta esperanza, pero Ruggiero no dijo que él la necesitaba.
-Creo que a Matti le irá muy bien sin mí. Ésta es su casa y la adora. Os quiere a Hope, a Toni y a ti.
—Va acostumbrándose a mí...
—No, estás conquistando su corazón. Es muy listo y es igual que su padre. Todo el mundo se da cuenta. Ese es el vínculo. Sólo tienes que aprovecharlo. Hoy has dado el primer gran paso.
-No estás haciéndolo muy bien, Polly —replicó Ruggiero con un tono raro y sin mirarla.
-¿Qué quieres decir? —preguntó ella.
—Estás haciendo lo mismo que me reprochaste una vez; recitas un guión. ¿Por qué no me dices el verdadero motivo?
Por un instante, ella creyó que había adivinado sus sentimientos y la provocaba para que los dijera. Aun así, ¿sería tan espantoso decirle que lo amaba? Sin embargo, él siguió.
—Me imagino que crees que tienes que volver con Brian.
—Claro —Polly resopló lentamente—. Es por Brian.
-Me encantaría saber qué ves en él. ¿No le preocupa que estés aquí?
-Ya te lo dije, es médico.
—Es verdad... está tan ocupado sirviendo a la humanidad que no tiene tiempo para ti. ¡ Que se vaya al infierno! Si te amara, estaría reclamándote a gritos.
-No todos los hombres demuestran sus sentimientos a gritos.
-Sólo los bárbaros como yo, ¿no?
—Yo no...
—Tienes razón. Te conté cómo me volví loco cuando Sapphire se esfumó en Londres. Vagué por las calles, no comí y la llamé a gritos. ¿Por qué no te llama a gritos?
—Entre otras cosas, porque sabe perfectamente dónde estoy —contestó ella sin inmutarse.
-¿Sabe con quién estás?
—Sabe que estoy con un paciente.

—¿Sabe algo de ese paciente? ¿Sabe lo unidos que estamos? ¿Sabe cuánto dependo de ti? ¿Sabe que te he besado? ¿Sabe que me has besado?
—No te besé —contestó ella inmediatamente—. No te empujé porque tus costillas...
-Fue mera profesionalidad de enfermera, ¿no? ¿Y los demás pacientes? ¿También...?
-¡Basta! —lo miró fijamente a los ojos—. No sigas.
—Perdóname —Ruggiero se sonrojó—. No quería decir eso.
—No vuelas a hablar de esto. Cuanto antes me marche, mejor.
Polly se marchó antes de que él pudiera decir nada más. Estaba alterada por los sentimientos encontrados; la aflicción, la tentación y el deseo se debatían con el miedo. El miedo era porque sabía lo cerca que había estado de ceder a lo que tenía que resistir. Ruggiero quería que se quedara por Matti, pero también porque su
temperamento la necesitaba. No era amor, pero podría haber sido suficiente para una mujer locamente enamorada. Excepto para Sapphire. El podía decir que lo había superado, pero no era tan sencillo. Su cuerpo estaba muerto, pero siempre estaría viva en el hijo que tenían, en los recuerdos que estarían vivos mientras lo estuviera él. Mientras eso fuera así, nunca podría ser realmente de ella. Lo que más la abrumaba era saber que si hubiera forzado las cosas, si hubiera dicho las palabras adecuadas, podría haberle arrancado una propuesta, pero nunca la haría. No quería medias tintas. Si no era suyo por completo, no deseaba nada de él. O todo o nada. Se marcharía de allí.
Hope se tomó con calma la noticia de su inminente marcha.
-Claro, tienes que volver un tiempo. Todo seguirá en su sitio cuando vuelvas.
-No sé si... No sé cómo saldrán las cosas.
-Volveremos a vernos —replicó Hope antes de darle un beso.
Lloró al despedirse de Matti, pero él no lo hizo. Ya dominaba el arte de meter las formas en sus agujeros y estaba deseando demostrárselo.

-Además, sabe que volverás pronto —afirmó Ruggiero en voz baja.
-A lo mejor. ¿Está mi equipaje en el coche?
—Sí, y yo estoy preparado para llevarte al aeropuerto si sigues queriendo irte.
No quería irse, quería quedarse con él toda la vida, quería amarlo y que él la amara, pero no la amaba y nunca la amaría.
-Sí —susurró ella—. Sigo queriendo irme.
Una vez en el aeropuerto, facturaron el equipaje y fueron a la sala de espera.
-Quédate —dijo él repentinamente—. No te vayas. Tu sitio está aquí.
Si le hubiera dicho que se quedara con él, lo habría hecho, pero «quédate» no era suficiente.
-No sé dónde está mi sitio. Tengo que encontrarlo.
—¿Irá él a buscarte?
—No, está...
—Ya, está muy ocupado —Ruggiero la interrumpió con tono de exasperación—. Entonces, lo que pueda ocurrir sólo será culpa suya.
La atrajo hacia sí y la besó en los labios. Polly cerró los ojos y se dejó llevar por última vez. En un sitio tan público, no pudo abrazarlo como hubiera querido, pero intentó transmitirle que su corazón se quedaba allí aunque el resto del cuerpo quizá no volviera nunca.
—Polly...
—Tengo que irme. Adiós.
-Volveremos a vernos pronto —Ruggiero seguía agarrándola de la mano.
-Adiós... adiós...
***
El apartamento parecía tener eco. El año que había pasado allí con su prima y Matti había sido espantoso en muchos sentidos, pero ya no estaban y era peor. El vacío la impresionó mucho más por el contraste con Villa Rinucci. Se dio cuenta de que no tenía a nadie. Su único familiar era Matti y se había

separado de él por su bien. Lo visitaría en Nápoles y la recibirían con los brazos abiertos, pero luego volvería y las puertas de la familia se cerrarían detrás de ella. Los echaba de menos a todos, no sólo a Ruggiero. Adoraba formar parte de esa familia grande y alegre.
No estaba enamorada de él; realmente, no lo estaba. Una vez decidido eso, era más fácil concentrarse en instalarse. Quitó el polvo, compró un poco de pescado con patatas, hizo una tetera y se sentó para leer el correo.
El silencio se hizo abrumador y la llamada de teléfono le pareció un alivio.
—¿Has tenido un buen viaje? —le preguntó Ruggiero.
-Sí, gracias.
-Matti estaba esperando a que llamaras para decir que habías llegado bien, pero como no llamabas he decidido hacerlo yo.
Se le hizo un nudo en la garganta, una mezcla de risa y llanto.
-Así que habéis tenido una charla...
—Él es el que más ha hablado. Quiere saber qué tal estás.
—Muy bien.
—¿Ha sido un vuelo tranquilo? Sabe que no te gusta volar y está preocupado.
—Dile que ha sido un vuelo muy tranquilo.
Polly oyó como se lo decía y que Matti soltaba una exclamación.
-Dice que se alegra —le transmitió Ruggiero.
—Dile que lo quiero.
-¿Por qué no se lo dices tú? Toma, Matti, pon la oreja aquí...
—¡ Aaaah!
—¿Eres tú, cariño? —preguntó ella.
—Sí, sí, sí, sí.
-Qué bien hablas. Eres un niño muy listo.
-¡Aaaaah!
-Dice que te quiere —le explicó Ruggiero—. Ella también quiere decírtelo. Toma, Matti.
—Te quiero —dijo ella con delicadeza—. Matti...

-Se ha bajado de mi regazo y se ha ido con mi madre —dijo Ruggiero.
-Tendría que estar acostado.
—Va a acostarlo ahora mismo.
—¿Y tú?
-Yo también iré.
—Muy bien. Buenas noches.
—Ciao.
—Ciao.
Polly colgó el teléfono y se quedó en penumbra hasta que se hizo la oscuridad.

CAPÍTULO 12

TIENES un carta —dijo Hope mientras entregaba un sobre a Ruggiero—. Es de Inglaterra.
Abrió el sobre mientras sus padres lo miraban con inquietud. Dentro había una carta y una foto de una lápida. Debajo se leía el nombre de la iglesia y el pueblo.
La encontré cuando volví. A lo mejor, algún día, Matti quiere tenerla. Háblale de ella. Recuerda lo que te dije; fue una buena madre y lo quiso con toda su alma hasta el último momento. Recuérdala así e intenta perdonarle todo lo demás.
Tu estimada Mandona.
-Lo dice como si no fuera a volver —comentó Hope.
-No creo que vuelva —confirmó Ruggiero.
—¿Vas a quedarte de brazos cruzados? —preguntó Hope con indignación—. ¿Por qué no le dijiste que se casara contigo?
—¿Te has olvidado de que está prometida?
—¡Bah! No irás a decirme que vas a achantarte por un pelele como ése.
—Mamá! —exclamó él con una sonrisa—. A veces me pareces completamente inmoral.
—Me acuerdo de cuando, si querías a una mujer, pasabas por encima de todo un regimiento de prometidos.
—A lo mejor ha llegado el momento de dejar de hacer esas cosas. Los demás también tienen sus derechos —soltó un gruñido—. Por fin lo he aprendido.

—No será de mí. Lo he intentado, pero nunca lo he conseguido.
—No... de ella. Cuando pienso en todo lo que he aprendido de ella, me parece la típica enfermera mandona. Pero... —se detuvo y sonrió levemente—... no era así.
-¿Cómo era? —le preguntó Hope con cariño.
-No lo sé. Incluso para mí es... No lo sé.
-¿Qué te cuenta por teléfono? La llamas todas las noches.
—Matti la llama todas las noches —la corrigió él—. Ellos hablan y yo meto baza de vez en cuando. Creo que no estaría cómoda hablando conmigo. Ha vuelto con su prometido... —Ruggiero suspiró—. No sé cómo será, pero parece muy centrada en él.
-¿Te lo ha dicho ella?
—No, sólo me dio algunos datos. Si me metía en ese terreno, ella me paraba los pies.
—Mmm...
—Mamá, puedes dar mucho significado a ese sonido.
—¿No se te ha ocurrido pensar que a lo mejor ese hombre no existe? A lo mejor sólo es un artificio que le viene muy bien.
—Ya. Al principio quise que se quedara con Matti, pero tuve que ceder cuando ella me habló de su prometido y llegué a pensar que se lo había inventado para callarme. Sin embargo, cuando volvió de Inglaterra contigo, ella lo llamó.
—¿Te lo dijo ella? —preguntó Hope con tono escéptico.
—No, pero la oí decir algo del hospital y como él trabaja en uno...
—Eso puede no querer decir nada. Sus amigos tuvieron que entregarnos a Matti precipitadamente porque habían ingresado a su hijo en un hospital. Quizá estuviera hablando con ellos...
—Tú me contaste que salió con él cuando estuvisteis allí.
—Dije que salió un par de horas. No sé con quién.
—Él estaba allí cuando llamé la otra noche.
—¿Te lo dijo ella? —preguntó Hope con asombro.
—No, pero oí que le preguntaba dónde guardaba los vasos.

—¿No crees que si hubiera sido su prometido lo sabría sin tener que preguntarlo?
—¿Tú crees...? No, puede haber muchas explicaciones.
—No lo sabrás hasta que vayas a comprobarlo.
Involuntariamente, le había tocado una fibra sensible. Volvió a verse en Londres buscando a alguien y la mera idea hizo que sintiera un terror gélido.
***
Esa noche no la llamó con la esperanza de que llamara ella. Sin embargo, el teléfono permaneció mudo. A la noche siguiente, comprobó que no podía llamar. El silencio de la noche anterior lo tenía atenazado de miedo. Pero reconocerlo fue una especie de liberación y, la noche siguiente, la llamó a su casa. Nadie contestó. La llamó al móvil, pero estaba desconectado. Llamó una y otra vez durante veinticuatro horas con el mismo resultado. Se había esfumado.
***
Hope le había dado su dirección. Tomó un taxi desde el aeropuerto hasta el edificio donde estaba su diminuto apartamento. Llegó a última hora de la tarde. Se bajó del taxi y miró a la ventana del segundo piso que según Hope era la suya. No pudo estar seguro, pero le pareció que la cortina se movía. Aprovechó que una persona salió del edificio y se coló. Subió hasta el segundo piso y llamó a la única puerta que vio.
La abrió el joven más atractivo que Ruggiero había visto en su vida. Tenía veintimuchos años, estaba despeinado y su rostro era muy alegre. Llevaba una toalla alrededor de la cintura, como si acabara de salir de la ducha.
-Hola, ¿qué desea? —preguntó él.
Ruggiero se sintió dominado por la furia. Era la misma voz que había oído de fondo por teléfono y ese joven parecía un dios griego.
-Nada, gracias —contestó con rabia—. Creo que me he equivocado de puerta.

-A lo mejor no. Acabo de mudarme y a lo mejor está buscando a... Ya voy, cariño...
El joven lo dijo por encima del hombro y Ruggiero comprendió que tenía que marcharse inmediatamente.
—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.
Sin embargo, no era su voz. Ruggiero se quedó clavado en el suelo por el alivio. Apareció una joven, vestida con un albornoz, pero no era Polly.
—Busco a Polly Hanson —consiguió decir Ruggiero.
—¡Ah! La mujer que vivía aquí —dijo la chica—. Se marchó hace unos días.
—Fue muy repentino —explicó el chico—. Ella quería mudarse y nosotros necesitábamos un sitio rápidamente, así que vinimos una noche a verlo.
-¿Quieres decir que no eres... Brian?
-¿Brian? No, me llamo Peter. No me suena ningún Brian. Polly no habló de ningún Brian, ¿verdad, Nora?
-Que yo sepa, no.
La furia que había dominado a Ruggiero fue disipándose.
—¿Dejó alguna dirección?
-Sólo habló de un hotel —contestó Nora—. Creo que era el Hunting Horn. Está cerca.
Un taxi lo llevó al hotel. Se dijo que no podía hacerse ilusiones. Que hubiera desaparecido y estuviera buscándola en un hotel, como la otra vez, no significaba que...
No estaba en el Hunting Horn.
—Se quedó tres días —le informó la recepcionista—. Lo siento, pero no dejó dicho a donde iba a ir. Sintió un escalofrío y la desesperación se adueñó de él. La historia se repetía e iba a arrastrarlo a un pozo sin fondo.
—Pruebe en el hospital St. Luke —le propuso la recepcionista—. Dijo que había trabajado allí y quizá haya vuelto.
—Muchas gracias.
Otro trayecto atroz en taxi. Intentó convencerse de que todo iba a ser distinto. Apareció el hospital, un edificio enorme, se bajó del taxi y entró casi corriendo. Por un instante, creyó que

había tenido suerte, el hombre del mostrador recordaba a Polly.
—Pasó por aquí hace unos días. Mire en... —le dijo uno de los departamentos y la planta.
Cuando llegó a esa planta, una enfermera de treinta y tantos años lo detuvo.
—Lo siento, pero no se admiten visitas hasta la tarde —le dijo con tono amable pero firme.
—Por favor, no vengo de visita. Busco a Polly Hanson.
—No está aquí.
Otra vez la oscuridad, un camino sinuoso que no llevaba a ninguna parte.
—Me han dicho que trabajaba aquí.
—Espero que lo haga pronto. La llamé a Italia e intenté convencerla porque necesitamos, enfermeras como ella, pero me dijo que tenía que hacer algo urgente antes de decidirlo.
—Entonces, ¿la conoce?
—Soy amiga suya. Me llamo Kyra Davies y llegué a conocerla bien cuando estuvo aquí... pero me refería a cuando su prima estaba muriéndose. Pero no sé por qué se lo cuento, no sé quién es usted.
—Soy el padre del hijo de su prima.
—¿De Matthew? Lo trajo para que viera a su madre los últimos días. La pusimos en una sala aparte para que pudieran estar juntos y tranquilos.
—¿Está aquí? —preguntó él mientras miraba alrededor.
—Sí. Está vacía, así que puede verla si quiere.
El buscador sonó cuando estaba abriendo la puerta de la sala.
—Creo que me buscan —comentó ella antes de dejarlo solo.
Era pequeña y estaba vacía, excepto por una cama iluminada por un rayo de sol. Ruggiero la miró fijamente e intentó comprender que era el sitio donde había muerto Sapphire. Hacía sólo unas semanas, ella había estado en esa cama y había mirado esa habitación. Intentó imaginársela, pero no vio nada. ¡Nada! Sin embargo, Polly estaba presente. Estaba sentada en la butaca y se inclinaba hacia la cama con Matti

en brazos para que su madre lo viera. Había estado hora tras hora, hasta el agotamiento, para que la madre y su hijo pudieran pasar esas horas juntos. ¿Cómo lo supo? Ella no se lo había contado, pero lo supo porque la conocía. Durante esos últimos momentos, cada célula de su cuerpo se había concentrado en ayudarlos y en ningún momento había pensado en sí misma.
—Polly, ¿sigues ahí? No te veo.
—Sí, cariño. No me muevo de aquí. Agarra mi mano.
—No te olvides... Encuéntralo... Dile lo de su hijo...
—Lo encontraré. Me ocuparé de que se conozcan.
—¿Dónde estás? No me sueltes...
—Estoy aquí. Abrázate a mí.
Atónito, Ruggiero miró alrededor. ¿Cómo podía oírlas si no estaban allí? Imposible. Sapphire no había existido. Sin embargo, Polly estaba allí. Estaría siempre en su corazón con los brazos extendidos, con una entrega incondicional, de la única forma que sabía vivir. El camino sinuoso había llegado al final; era esa pequeña habitación, donde un viaje había terminado y otro empezado.
—¿Le pasa algo? —le preguntó la enfermera desde la puerta.
—No —contestó él con alegría—. Nunca he estado mejor, pero tengo que hablar con ella.
—Dijo que tenía que marcharse unos días.
—¿Con Brian? —preguntó él casi sin respirar.
—¿Con quién?
—Su prometido.
—Polly no tiene prometido. Me contó que está enamorada de un hombre que no le corresponde —miró a Ruggiero con curiosidad pero, discretamente, no dijo nada más al respecto—. Creo que ha ido a Yorkshire, a su pueblo...
—Gracias, ahora podré encontrarla.
Tomó un tren al norte y un autobús que lo llevó al pueblo. Afortunadamente, lo dejó al lado de la iglesia. Estaba oscuro, pero gracias a la descripción de Polly pudo encontrar la tumba. Vio la lápida con el nombre de Freda y las fechas de su

nacimiento y muerte. La miró sólo un instante, estaba buscando otra cosa. Sin embargo, no había ni rastro de Polly. Aunque unas flores delataban que había pasado por allí.
Otra vez el camino interminable. Otra vez buscando algo que desaparecía por una esquina, hasta que no quedaran esquinas.
—No —se dijo a sí mismo—. Esta vez lo conseguiré.
Miró alrededor de la tumba y escudriñó en la penumbra hasta que encontró lo que buscaba. Estaba en el límite del cementerio y vio una floristería que estaba cerrando. Salió corriendo y sujetó la puerta antes de meterse en la negociación más trascendental de su vida.
***
Polly tardó dos días en visitar la casa donde había vivido de niña, la otra casa donde había convivido con sus tíos y el colegio donde había aprobado brillantemente los exámenes. También fue a ver a Freda. Quería decirle que había cumplido su promesa. Dejó las violetas y le dijo que volvería al día siguiente. Al día siguiente, llevó lirios para sustituir las violetas y se quedó un rato hablando de Matti.
—Te prometo que estará bien. Tenías razón al mandarlo con Ruggiero. Será un gran padre. Me marcho mañana, pero antes pasaré otra vez por aquí.
Efectivamente, fue a llevar más flores, pero cuando estaba cerca se quedó parada sin dar crédito a lo que veía. La tumba estaba repleta de caléndulas. Miró alrededor y comprobó que alguien había arrancado todas y las había dejado allí como un mensaje.
Entonces vio que las flores doradas tenían compañía. Un rincón de la tumba estaba lleno de rosas pálidas. Se vio en un pequeño restaurante de Nápoles hablando de flores y su significado. Las rosas pálidas como recuerdo sosegado. Terminada la pasión, quedaba el perdón y los mejores recuerdos. Sin embargo, la profusión de caléndulas enviaban un mensaje de amor, de aceptación y de libertad para seguir viviendo y amando.

Ruggiero apareció tan súbitamente, que supuso que había estado esperándola. Estaba sin afeitar y con la ropa arrugada, como si hubiera dormido en el suelo. Además, sus ojos rebosaban con una pregunta que lo angustiaba. Sin embargo, Polly la contestó antes de que pudiera formularla: abrió los brazos para que él la abrazara.
-¿Por qué me abandonaste? —preguntó Ruggiero con voz ronca—. ¿Dónde has estado?
-Tuve que marcharme. Tenía que saber si lo que tanto temía era real.
Él la besó en la boca.
—Debiste haber confiado en mí —dijo Ruggiero al cabo de un buen rato.
—No se trata de eso... No sabía qué sentías de verdad. Pensé que si me dejabas marchar, te darías cuenta de que era lo mejor para ti.
—¿Cómo iba a ser lo mejor para mí perderte? —preguntó él apasionadamente antes de adoptar un tono más sosegado—. Sin embargo, nunca pensaste que te dejaría marchar. Es imposible. En el fondo de tu corazón sabías todo lo que hay entre nosotros, ¿no?
Ella se dio cuenta de que tenía razón. En el fondo sabía que iría a buscarla porque la amaba. Él la conocía mejor que ella misma.
—Todo —repitió él—. Ahora y siempre. Tardamos en verlo, pero siempre estuvo allí.
Volvió a abrazarla con todas sus fuerzas, sin guardar nada para sí. Ninguno se movió durante un rato. Entonces, un grupo de colegiales apareció y fue en todas direcciones.
—Ven —dijo él mientras la llevaba hacia la pequeña iglesia.
Se sentaron tranquilamente en el porche, desde donde todavía podían ver las flores cargadas de esperanza.
-Tienes un aspecto espantoso —le dijo ella mientras le acariciaba la incipiente barba.
—He pasado la noche aquí. No podía arriesgarme a perderte otra vez. Sólo me fui unos minutos para recoger las rosas que

encargué en la floristería. He estado esperando, sin apartar la vista de la tumba. Estaba aterrado de que no volvieras.
—Tenía que despedirme de ella antes de decidir a dónde iría después.
—¿Con Brian? —preguntó él con rabia.
—No hay ningún Brian y tú lo sabes perfectamente.
-Quería oírtelo decir -gruñó él mientras la abrazaba con fuerza.
-Fue un instrumento para que te concentraras en Matti, pero me pareció útil, me ayudaba a que todo fuera impersonal. No quería que me consideraras una mujer. O quizá lo quisiera demasiado —añadió ella al ver que él arqueaba las cejas—. No sabía cuál de las dos cosas. Pensé que él se había desvanecido, pero tú lo mantenías presente.
—Estaba celoso. Podría haberlo estrangulado porque lo amabas. Notaba que cada vez estábamos más cerca y no sabía qué pensar. Cuando te marchaste, creí que habías vuelto con él.
—No quería ser una sustituta de Freda y temía no llegar a saber si lo era o no. Tenía que ser todo o nada.
El asintió con la cabeza.
—Creí que los dos tendríamos tiempo para pensar, pero cuando llegué a Inglaterra —Polly dejó es capar una risa vacilante—, me pasó algo espantoso. Tuve un ataque de sensatez.
—Qué raro. ¿Qué tiene que ver la sensatez con nosotros?
—Todo me pareció evidente. Tú tenías a Matti y no me necesitabas. Yo quería romper con el pasado, así que dejé el piso para que los nuevos inquilinos pudiera entrar. Recibí una oferta de trabajo del hospital.
—Lo sé. Estuve allí.
-¿Fuiste al hospital?
—Estuve en la habitación donde ella murió, pero sólo te vi a ti. Esté donde esté, sólo te veo a ti y será así toda mi vida. Pero no lo entendí al principio. La forma de conocernos... ella siempre estaba entre nosotros. Viví mucho tiempo desorientado. Si no hubieras aparecido, no sé qué habría sido de mí. Estaba

atrapado en una especie de locura y tú me libraste. Ya estoy libre. Es como si empezara otra vida.
—Sapphire...
-Freda —la corrigió él inmediatamente—. Sapphire no existió, pero ahora puedo estarle agradecido. Incluso puedo amar su recuerdo por el bien de Matti.
—Me alegro —dijo ella sinceramente—. Algún día lo traerás aquí...
-Lo traeremos y le hablaremos de ella.
Se quedaron un momento en silencio.
-También podríamos traer a nuestros hijos —añadió Ruggiero.
—¿Lo tienes pensado?
-Lo ha pensado Matti. Quiere hermanos. Es un Rinucci y le gustan las familias grandes.
—¿Te ha dicho todo eso? —le preguntó ella mientras apoyaba la cabeza en su hombro.
-Naturalmente. Nos entendemos perfectamente. También me dijo que si no te llevaba de vuelta, no me molestara en ir por allí. Lo dejó muy claro; tiró el cuenco de cereales contra la pared.

Se rieron y él le besó la mano.
-Prométeme que esta mano estará siempre entre las mías —susurró él.
—¿Para qué estés a salvo?
—No, para que me lleves por lo mejor de la vida. Incluso cuando hiciste que dejara de montar en moto, no me reprimiste, sólo me mostraste un camino mejor. Seguiremos ese camino y, mientras seas mi guía, sabré que puedo ir tranquilo.
Volvieron a la tumba y se quedaron un rato mirando las flores.
-Lo entiendes, ¿verdad? —preguntó él con un susurro.
—Sí. Gracias. No sólo por mis flores, sino también por las de ella.
—Ahora sé que tuvieron que llegar primero —Ruggiero sonrió—. Tú llevas la tuya —señaló el broche.
-Siempre lo llevo.

-Prométeme que lo llevarás siempre.
—Te lo prometo.
Polly se agachó y recogió dos flores, una de cada tipo, para guardarlas para siempre. Todo estaba zanjado; todo aclarado; todo perdonado. Ruggiero la besó con delicadeza y supo que todo lo demás tendría que esperar un poco, pero los dos podían esperar. Cuando se marcharon, no miraron atrás. No hizo falta, sabían que las flores resplandecían a la luz del sol.

* * *

No te pierdas el último libro de la serie
LOS HERMANOS RINUCCI: *La flor del amor* de Lucy Gordon

